

LA CHICA DEL CRILLÓN

JOAQUÍN
EDWARDS
BELLO



EDICIONES
UNIVERSIDAD DIEGO PORTALES

Joaquín Edwards Bello

LA CHICA DEL CRILLÓN

ORIGEN DE ESTE DIARIO

Hace poco llegó a La Nación una dama joven, de tez trigueña, boca bien dibujada y ojos de indefinible hermosura oriental; en toda ella había algo de palmera y de turpial; sin embargo, era chilénísima, y lo exótico de su aspecto venía a ser una de esas rarezas comunes en la naturaleza chilena, donde al pie de Los Andes se dan paisajes sevillanos.

Dejando un rollo de manuscritos sobre la mesa, dijo:

-Me han ocurrido cosas extraordinarias, las que confieso en este diario. No soy poetisa. Creo que mis confesiones constituyen una novela más interesante que aquellas que las niñas del Crillón leen en la cama, comiendo chocolates. Estúdiela, y si la cree buena, publíquela.

Iba a decir algo, cuando la bella desapareció. No la vi jamás, ni la he vuelto a ver. Es verdad que no frecuento los sitios donde va el gran mundo.

Después, leí el diario y quedé sinceramente estupefacto. Si la novela está ligada a la ciencia y a la sociología, ésta contiene un valor inapreciable. Se trata de nuestra época, vista en su entraña, aparte de la aridez de la estadística, del grisáceo abanderamiento de la política y de la confusión de pretensiones literarias. Tengo el deber de publicarlo, y lo hago sin reservas, desde el momento que la autora disfrazó su nombre y el de las personas que intervinieron directamente en su vida. De otra manera, el caso sería motivo de escándalo.

JOAQUÍN EDWARDS BELLO
Santiago, 1934.

¿MIS MEMORIAS?

Para el caso diré que me llamo Teresa Iturrigorriaga, y será la única mentira de mi narración. Uso un apellido vinoso y sin vino, es decir: soy aristócrata y sin plata. Vivo con mi padre enfermo y una vieja cocinera, a quienes mantengo.

Antes éramos ricos y habitábamos un palacete de la calle Dieciocho, en cuyo jardín cantaban los pájaros; ahora vivimos en el extremo de la calle Romero, y los arpegios aéreos han sido reemplazados por las actividades de los ratones en el entretecho. Nos rodean los cités y conventillos; las casas de adobes tienen parches, grietas, y se apoyan unas en otras como heridos después de la batalla. De noche se escucha el tamboreo de la cueca, pulso del arrabal. Yo no puedo decir a mis amigas dónde vivo y me veo impulsada a ocultar este domicilio. Se vive de apariencias, y la pobreza va estrechamente unida al prestigio. Esta calle tiene una parte buena y otra dudosa; nosotros vivimos justamente donde termina la una y comienza la otra, hacia la parte de Matucana. Decir que sufro de nuestra pobreza sería falso; la oscuridad es una prueba segura de que luego saldrá el sol. Vivir es esperar. Por las mañanas hago la compra, mezclándome a regatear entre las comadres. Después voy a zambullirme en los chismes asoleados del centro. Ningún santiaguino dejará de injuriar al centro, ni de ir dos veces al día. Nos conocemos desde pequeños, hasta saber cuántos lunares tenemos, y aún queremos conocernos más, hasta hastiarnos mutuamente y destruirnos. De tanto verse la gente cambia miradas rabiosas y saludos como escupos. Las señoras con hijas casaderas se vuelven

jabalíes. El centro es la selva, el campo de batalla, el infierno o el cielo. Pero no dejamos de ir jamás. Yo moriré centrera. Me quedo como boba mirando escaparates, donde los géneros son lindos y suaves, las blusas leves y aladas, los zapatos como bombones, y los sombreros tan pequeños y graciosos que parecen tapas de polveras; maquillaje hay tanto como para estucar la Universidad Católica. Se habla de crisis, pero al mismo tiempo se abren canódromos y bares, donde cabros y veteranos desafían al venenoso gin nacional. Este verano habrá flores a montones. Las epidemias se pegan como lapas a esta tierra de clima hostigoso de puro bueno; el cementerio florido se abre para tragar montones de apestados; es uno de los cementerios más hermosos del mundo, y se muestra a los turistas, así como el Teatro, el Hípico y el Club de la Unión. Con sus porteros, sus anchas puertas llenas de público, sus carritos para las maletas de cadáveres, y sus buzones para las tarjetas, parece una estación ferroviaria. Nunca se vio tanta gente en los teatros, en la Bolsa, en los bares y en el cementerio. Esto último proviene de que el piojo es apolítico: lo mismo ataca a un Errázuriz que a un Verdejo.

Mi vida se divide en dos fases: en la mañana salgo a comprar, de bata; después hago la comida o remiendo tiras. Las vecinas conocen mi escasa ropa y, cuando me ven pasar, hacen guiños y me llaman: la de la bata crema. No saben quién soy en la calle Romero. Al atardecer me quito la bata, me pongo el traje café o el negro y salgo de estos cités y conventillos para penetrar en el centro. Habrá muchas falsas señoritas como yo, que no quieren perder el brío del mundo y las costumbres sociales. En el centro vuelvo a ser la Teresa Iturrigorriaga, parienta de políticos, de cosecheros, de

abogados. Mis padres, mis abuelos, mis tatarabuelos fueron ricos, por eso sé hacerme la oligarca, aunque vivo al día, con todos los inconvenientes y ninguna de las ventajas de las ricas. No hay plata, pero me las arreglo y le digo al papá que trabajo a contrata en un departamento fiscal. El arrabal tiene también sus encantos; aquí los ojos de los pobres no tienen esos resplandores de odio que los alumbran en el centro, haciéndolos parecerse a los ojos de los lobos.

Me creen una de la multitud y me miran pasar sin pasión. Desde pequeña estuve predispuesta a lo humorístico. Huyo de las discusiones, cuyos resultados me parecen dudosos, y compro décimos de la lotería, que, al decir de papá, es lo único sobrenatural y lírico que va quedando. Mi apellido es demasiado aristócrata para que me den trabajo en estos tiempos; las revoluciones ideológicas han desacreditado a la clase alta, quitándole medios para demostrar que todavía sirve para algo. Largo sería contar cómo me las arreglo para vivir. Vender un bibelot comprado de ocasión es lo mejor que puedo hacer. La comida y los zapatos no están caros, pero la ropa, la casa y el maquillaje, por las nubes. Afortunadamente, soy lo bastante joven para poder pasarme de los procedimientos radicales de la coquetería, tales como el rimmel y los lápices Dorin. Las medias son mi obsesión. Cuando se hace vida de sociedad y se tiene a la vez un padre que mantener, la vida es dura.

¡Pobre papá! Después del ataque ha quedado diferente; su piel tomó un color tabaco; sus labios recuerdan rara vez una antigua costumbre de sonreír. La parálisis le atacó los nervios motores, lo cual llaman ataxia locomotriz. Lo obliga a andar a paso de parada. Castigo

refinado para él, que fue siempre francófilo, obligarlo en la vejez a marcar el paso prusiano.

El pobre papá no fue una cabeza fuerte, y ha debido tener aventuras, lo cual me explico por su viudez. Debo decir que mi madre murió tres años después de nacer yo. El papá procuró suplir a las consideraciones maternas, y aun ahora, cuando recuerda la venida al mundo de un nuevo vástago del tío Manuel, dice: "La guagüita que llegó de Europa". Recuerdo una vez, en el centro, me llevaba de la mano y se acercó a él una mujer, algo enojada a juzgar por sus gestos. Mi papá me miraba a hurtadillas y procuraba impedirme escuchar algunas palabras vehementes de esa mujer, acaso celosa. No me di bien cuenta. Otra vez, en uno de sus días de santo, me aprendí versos de memoria (tenía yo ocho años) y compré unos pasteles para llevarle. Al entrar con esos regalos en su cuarto, la empleada que me acompañaba no supo qué decir, mirando de uno a otro lado. El papá no estaba, y la cama, sin abrir, probaba que no llegó esa noche a casa. Pocos años después tuvo el ataque y la postración. Pasa recostado la mayor parte del tiempo, mirando vagamente con sus ojos de gato herido. A veces hace sus escapadas misteriosas, o conversa en la puerta con una dama, tan embozada, que nunca pude verle la nariz. Recibe poquísimo dinero. Yo hago creer, para ayudarlo, que estoy en algún Ministerio, a contrata. Si no fuera por la comisión en una casa que vendí hace poco, ya estaría pidiendo la presencia de una visitadora social. El negocio de compraventa se ha broceado y yo me pregunto qué será de mañana. Así vivimos, desde el día en que el papá tuvo su ataque y se arruinó. Rematamos la casa ¡y los muebles! Una mañana de junio, lloviendo, vi salir mi camita y mi peinador en una golondrina. De

ahí nos fuimos a la calle Catedral, y, no pudiendo pagar, hemos bajado a esta calle Romero.

Nuestra ruina empezó por un pleito de minas. Mi papá vendió la mina a un comerciante alemán de Concepción. La mina estaba agotada; al menos así creyó mi padre; pero el alemán comenzó a socavar debajo del agua y a sacar carbón submarino. Mi papá alega que él vendió sólo la parte de tierra, sin mencionar sus derechos submarinos, de manera que todo lo que el alemán saca del mar nos pertenece. En efecto, la escritura de venta no contiene nada respecto de los derechos marítimos. Con tanto Presidente que ha pasado por La Moneda, estamos desorientados, porque es necesario tener abogados presidenciales si uno quiere ganar pleitos. Estábamos seguros de ganar con el Presidente X, pero se fue al tacho, y sus abogados le cobran al papá lo que le adelantaron cuando eran presidenciales. Hemos propuesto transacciones al alemán, sin resultados, pues éste asegura que compró la mina por arriba y por abajo. Ahora el papá vive esperanzado en otro Gobierno, más amistoso y familiar, que permita anular el negocio. Debemos tres meses de casa, a doscientos. Apenas conservamos el armario de comedor, otro de luna, una mesa coja de álamo y cuatro sillas. Mi camita virginal, laboreada, se fue una mañana con mis sueños de rica. La reemplazó un filosófico catre de fierro. Reloj no tenemos, pero si nunca falta un tonto con fósforos, tampoco escasean los signos sonoros que nos advierten el paso fugitivo del tiempo. Me guío por el despertador de una obrera, que rompe a las seis de la mañana con un aire de Saltimbanqui. El primer ruido en la casa es el de mis pies en las tablas del suelo, cuando salto de la cama; me agrada tener todo muy aseado; voy de un lado a otro, a la cocina, al comedor, hago el fuego, vestida

con mi bata y zapatillas. La Rubilinda, una cocinera vieja, que conoció al papá desde joven y asistió a mi madre hasta su muerte, sufre de reumatismo. La consideramos como de la familia; le debemos algunos sueldos y no nos exige libreta de Seguro, de manera que yo tampoco me atrevo a exigirle nada. Es una viejita roja, pequeña, seca; sería huérfana en absoluto si no tuviera un hijo obrero, flaco, rojizo y algo viejo también, que viene a visitarla de tarde en tarde. Cuando llega el lechero, ella pone la leche a hervir y sirve el desayuno, que yo le llevo al papá a su cama; cuando puedo agregarle mantequilla y algún dulce, me lo agradece con una sonrisa. Esto ocurre a lo lejos; después salgo a comprar, contando con que nadie me conoce; procuro pagar al contado cuando puedo; no habiendo plata, como me ocurre al empezar este diario, pido a cuenta. Estoy habituándome en el barrio, con sus ruidos, sus personas y sus panoramas. Desde el patizuelo interior se divisan el San Cristóbal y el campanario de una iglesia cuyas señas se escuchan suavemente en un tono provinciano. La mayoría de los vecinos son obreros que se van al alba y regresan después de las doce; viven también, en la casa azul del frente, dos muchachas de miradas atrevidas y muy pintadas, con quienes suelen confundirme por mal de mis pecados; son bailarinas de un cabaret cercano; a las ocho en punto pasa un guatero gritando: "¡Guatitas!", y en el mismo instante el gato de una cartonera que vive al lado comienza a llamar, porque ella es amiga del guatero, que le suele dar desperdicios.

Sería feliz si no fuera por el constante sobresalto de la pobreza y la necesidad de conservar el misterio de este pobre domicilio. Hace pocos días pasé un bochorno. Iba a comprar, sin sombrero ni medias, como por aquí se

estila, cuando pasaron en su Ford, modelo 33, las Cepeda. Son muchachas ricas, hijas del corredor Cepeda. Saltaron de gusto por haberme sorprendido en esa facha; pusieron unas caras de cazadoras que vieran aparecer la presa. Están entrando en sociedad y procuran evitar las diferencias de nivel por el sistema de aplanar a las que tenemos sangre más antigua. Gozaron cuando me vieron, como gozaría el indio cuando descubría un guanaco. Sus miradas, provistas de garras, se me clavaron, pero sonreí, saludando como si tal cosa. ¿Qué buscaban en esta calle pobre?

*

Hoy fui al almacén, como de costumbre, y estaba escogiendo los artículos del día, cuando asomó su cara enojada la esposa del comerciante. Delante de las demás parroquianas, y con una voz de sargento, exclamó:

—Bueno. ¿Va a pagar hoy?

En plena turbación, sintiendo las mejillas ardientes, comencé a dar una excusa, pero ella me atajó, diciendo:

—Nosotros también tenemos que pagar la casa, la luz y el agua. Ya dije a usted que su cuenta pasaba de cien pesos y sólo podemos dar créditos hasta cincuenta.

—¡Vamos! ¡No grites! Dijo su marido, en tanto yo quedaba aplanada.

La esposa replicó:

—¿Vocear yo? ¡Vamos! Y después eres tú quien me lo echa en cara. ¿No ves que esta señorita sale en la tarde

vestida de seda y la seda está a ochenta pesos el metro? Además, tiene la costumbre de olvidarse de pagar.

—¡No sea grosera, señora! —exclamé.

—Mejor será que pague y busque otro almacén más fino. Este es muy modesto para usted. ¡Una Iturrigorriaga que va a los té danzantes no debiera clavar a los pobres!

A todo esto, las comadres, los niños que van buscando el veinte de pan o la cebolla en escabeche, me miraban emocionados. Salí perdiendo el paso, roja primero y pálida después, como persona que recibiera un latigazo. En esos momentos una haría cualquier barbaridad; crucé la calle, viéndolo todo a través de un velo de deshonra y humillación. Era inútil buscar otro almacenero, puesto que todo cuanto ella dijo se sabe y es mucha verdad. Me escabullí por la puerta y llegué a mi cuarto. El primer impulso de echarme en la cama y llorar fue pronto refrenado. ¿Para qué? Hace bastantes meses que resisto esta clase de bochornos, viviendo mi vida mixta de señorita y de pobretona. Es preciso tomar una resolución. La Rubilinda apareció en la puerta del comedor; una de sus manos estaba apoyada en la cintura y la otra en la mejilla derecha, lo cual denota en ella el mayor grado de consternación. No osaba interrogarme; me adivina. Nos conocemos demasiado para que el menor gesto valga por docenas de explicaciones.

—¿Limpió mis zapatos? A verlos. Mi vestido, mi sombrero.

En un periquete quedé lista; me puse rimmel y rouge hasta decir basta, sin escrúpulos, recordando que la princesa de Mónaco se puso colorete para ir a la guillotina.

—Mire—dije a la Rubilinda—. Dígale al papá que no llegué de las compras; sírvale un desayuno de leche sola, en tanto yo salgo por ahí. Me han negado el crédito en el almacén. Voy a casa de mi tía Carmela, y si no llego a las doce, prepare un almuerzo como pueda...

—¡Buena cosa, señorita! No hay más que pan de ayer.

—Lleve algo al Nuevo Tigre, aunque sean las tacitas de porcelana, y hágale un plato de carne, fuera de la sopa. Yo traeré lo que pueda.

Al decir esto último se debió notar en mi cara un gesto de angustia o de tristeza, o de ambas cosas a la vez. Penetrada de la verdad de nuestra situación, era inútil cavilar. Mi padre está baldado, incapaz de buscar nada y en malas relaciones con los parientes ricos. Además de esto, es indolente y orgulloso; lo fue siempre. Cuando tuvo plata la gastó de manera enfática, como si eso fuera a durar toda la vida, y ahora su orgullo y sus achaques le impiden rebajarse a salir a la calle. A pesar de mis cortos años, la orfandad de madre y esta vida a salto de mata me han aguzado las tendencias combativas que dormitan en todo ser viviente: salgo a buscar, afilándome las uñas, como saldrá de su guarida la pantera, y después, ¡qué felicidad será presentarme vestida con una seda más fina todavía, con pulseras y aros, y toda la batería femenina, para tirarle sus cien pesos a la bachicha repugnante del almacén! No sé por qué odio a estos extranjeros, cuya fuerza consiste en la

paciencia, en la falta de nervios, en esa frialdad de bueyes que tienen para limitarse y someterse a sus reglas: la vida nerviosa que producen los Andes no se ha despertado en ellos, y por eso nos dominan y estrujan de manera monótona y glacial, cebándose en nuestros defectos. ¡Y aquí vienen después a dárseles de caballeros, con el fruto de nuestra inquietud! Pensando así me lancé a la calle,

dispuesta a la lucha. Pero no bien hube llegado al pavimento cuando una ola de desesperanza producida por la luz fuerte del sol indiferente y del público que pasa me invadió. La crueldad implacable de la vida me asaltó en la forma de un caballo de carretela que caía extenuado; pataleó un momento, buscando la forma de levantarse, y al fin, viendo lo estéril de su esfuerzo, se entregó al destino. La gente pasaba. En las murallas había avisos y letreros: Perlán para los dientes; Viva Grove; Viva el nacismo; Viva el comunismo; Perlán es el mejor dentífrico...

No sabía de fijo adónde ir. Tomaba una resolución enérgica y la abandonaba pronto; así, pensé ir a casa del tío Manuel, pero recordé sus estrecheces, quizás tan grandes como las nuestras. Desistí. Luego se me ocurrió ir a calle Bandera, en casa del comerciante X, un último y desesperado recurso, porque me bastaba recordar la dureza de su mirada de avaro para sentirme amedrentada. Sin embargo, fui. Tomé el tranvía. Llegué hasta la esquina de Bandera y Alameda; vi a la gente corriendo a sus negocios, rígida, grave, ensimismada, y me acobardé. Di un corto paseo frente a la Universidad, pensando y repensando; de pronto me pareció que mis pies resbalaban; un poco de sudor sentí en el borde del sombrero, como si un hule frío me rozara la frente.

Comencé a ver la ciudad en forma de paisaje árido; cada hombre una roca, cada mujer un torrente o una fiera; cada calle un precipicio natural. Estaba vacía, sin sangre; las ideas corrientes comenzaban a abandonarme. Mucho rato pasé así, procurando encontrar un derrotero. Solamente el piropo algo picante que me echó un obrero sirvió para levantarme el ánimo, dándome la sensación de mi valor personal, del físico, que es una carta nada despreciable en la baraja de la vida. Ya estoy habituada a salir sin desayuno, y a correr de un lado a otro de la ciudad; habrá sirvientas o empleadas de tiendas y Ministerios que tienen su desayuno y sus comidas asegurados a horas fijas, pero son pájaros enjaulados. Mientras yo pueda, viviré libre, a salto de mata, aunque alguna tarde me ande rondando el fantasma de la fatiga, que comienza por una cosquilla en las piernas, como si subieran hormigas por entre las medias. En esos momentos, cuando el hambre golpea en el vientre, se levanta la tapa del mundo y una ve todo lo asqueroso que puede haber debajo. Más vale así; más vale encarar la vida tal como es. Soy una Iturrigorriaga ante todo, y no quiero perder mi rango; la idea de que estoy dando la gran batalla me hace optimista y fuerte. Peleo para vivir en el gran mundo, sin ensiuticarme, porque la siutiquería es una enfermedad de humillación y dura tres generaciones.

Pensando así, me acordé de Goyita, de la calle Molina, algunos kilómetros más lejos, por Alameda abajo y en línea vertical a nuestra calle, por el lado sur. La idea me reconfortó y eché a andar vivamente. No subiría si estuviera solo. Una vez me echó en la boca su aliento fétido de fumador de pipa, pretendiendo besarme. A mi edad, y delante de cualquier hombre. en un cuarto solo, una tiene el antiguo valor de la presa.

Cuando llegué a la casa, pregunté a la sirvienta si estaba la señora de Goyita. Me dijo que sí, y subí. Apareció ella primero y luego él, que es un moreno gordo, de barba fuerte. Fumaba su eterna pipa inglesa y tenía la paleta en la mano izquierda, con el pincel. Es pintor de oficio; antiguamente hacía marinas o paisajes con mucho gusto, pero ni los críticos ni los "palos gruesos" supieron apreciar ese arte sincero. Su historia es algo curiosa: Cierta día copió un cuadro de Goya; con este maestro siente remotas afinidades. Un cursi que llegó al estudio le ofreció doscientos pesos por la copia. Entonces nuestro pintor encontró su camino. Se dedicó a falsificar; según expresión propia: "explota la inagotable mina de la ignorancia y la vanidad humanas". Desde entonces pinta maestros antiguos; siempre tiene un stock de Goyas, Grecos, Morales, Watteaus, Corots. Su fuerte es copiar a Goya; por eso, los íntimos lo llaman Goyita. Él se pone furioso si se lo dicen en su cara; a ese sobrenombre aéreo y evocador, prefiere su terrestre nombre de pila: Terrado. Se hizo un especialista. Desde las verdes frondas de Providencia hasta las líneas clásicas de las avenidas del Club Hípico, no hay palacete de figurón ni hay gabinete de diplomático que no tenga su Terrado, digo, su Goya auténtico, o por lo menos, atribuido. Con esto satisface él la terrible y antigua costumbre de comer dos veces al día y de dormir en buen colchón y al mismo tiempo da a los nuevos ricos y a los nuevos diplomáticos la sensación de creerse expertos y sibaritas, aunque confundan un tapiz de petit point con una lata de petits pois .

El estudio de Goyita es una mezcla de riqueza y de bohemia; al lado de un infiernillo se ve un jarrón de

Sèvres; cerca de una peineta de pocos dientes, un saco de mujer proveniente de la Casa Cori. Junto a una ventana grande, que da al patio, estaba el atril, donde se notaba el diseño de una capea, o corrida de toros en un pueblo. El centro de la pieza lo ocupaba una cama turca, cubierta con una linda tela escocesa nueva. Goyita me miró con su aire de perdonavidas; echó la cabeza para atrás y, golpeando la pipa contra el atril, dijo:

—Perdone este desorden en que la recibo, señorita Iturrigorriaga. ¿Qué puedo ofrecerle?

—¿Tendría algún cuadro, algún cliente nuevo?

—¡Ay! La mina se ha broceado —exclamó.

Me pareció que estaba oyendo a mi propio padre; no he oído decir otra cosa en toda mi vida que esas cinco palabras cabalísticas del desastre: La mina se ha broceado.

—¡Ah, sí! —siguió diciendo Goyita—. Todo hubiera ido de perillas si no fuera por los inescrupulosos y los tontos que estiraron demasiado la cuerda. Hace pocos días, fui a visitar al diplomático Carpintero, uno de nuestros compradores más acreditados. Lo encontré envuelto en un terrible olor a trementina, sucio y con las manos metidas en algodones; parecía un genio infernal. Estaba limpiando un Divino Morales, y debajo, en la tela, había aparecido un paisaje de Peñaflor, firmado: Lidia Pérez. ¿Comprende la cosa? Yo iba a venderle un Goya y un Greco. Me puso hecho un trapo, me dijo que este era un país de brigantes.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Seguramente, algo feo. Terminó por arrojarme un algodón a la cabeza, y en cinco minutos bajé de un quinto piso hasta el Parque Forestal. ¡No hay derecho!

Siguió narrándome las últimas aventuras del negocio de antigüedades santiaguinas. Lo más curioso era el escándalo de la Agencia La Paloma, en Valparaíso. Goyita no decía Valparaíso, sino Incendiópolis, rindiendo tributo a la costumbre de poner apodos.

—¿No hay un solo comprador?

—Tengo uno en perspectiva: se trata de un turco de Melipilla, un turco de veras, llamado Abukader, el que, cansado de vender calzoncillos de tocuyo y camisetas afraneladas va a poner casa en la Avenida República. ¿Quiere tomar un copetín?

—No digo que no.

En ese momento entró la mujer de Goyita, que es una morenaza muy hacendosa; ella misma nos preparó el pisco sour, o rotting-sour, que a mí me sirvió de desayuno. No me hice de rogar. En el piélago moderno, nadie sabe de dónde llegará el auxilio para el S.O.S. del vientre. De los dos mil millones de habitantes que tiene esta bola llamada mundo, a lo menos mil quinientos millones vagan al garete, como nosotros. ¡Sabe Dios quién fue el primer Iturrigorriaga que vino a Chile! El caso es que yo, Teresa Iturrigorriaga, me he convertido en bajel pirata.

—¿Dice usted que ese turco...?

—Es hombre de grandes iniciativas, como que inventó el corsé tricolor para las chinongas, y ahora se retira de los negocios y se viene a la capital con sus diez millones de pitos, resuelto a casar a su hija Zulema, una turca que saca chispas cuando mira. Las huríes del Profeta son chinelas viejas a su lado. Según dice el padre, a Zulema le falta solamente un peyido, y viene buscando al pije santiaguino que quiera otorgárselo.

—¿Apellido? ¡No ser hombre!

—Pues bien: este turco va a amoblar su casa, y es el indicado para integrar el stock de Goyas de la última hornada. ¡A ver! ¡María! Pásame ese Goya que debe estar en la cocina, al lado del Morales y de una fuente de ensalada de patas.

La mujer de Goyita volvió trayendo un cuadro oscuro, "de la buena época" del maestro aragonés. Era una fiesta de chulos y marquesas, al borde del Manzanares.

—El negocio—siguió diciendo Goyita— vamos a hacerlo a medias. Usted, como hicimos en el caso del señor C.A., va a recibir al turco en su propia casa, y va a contarle el cuento de la familia venida a menos y obligada a vender los tesoros tradicionales. Le pasaremos tapices, fuentes, cuadros, mesas viejas; ¿qué le parece?

—Encantada—dije a Goyita, terminando el segundo pisco-sour.

Cuatro días más tarde llegaba Abukader a la capital y hacíamos el negocio, aunque de menos monta de lo que imaginábamos. La gente se ha puesto en guardia; la

susplicacia de los ricos ha crecido en relación directa de la agresividad de los hambrientos. ¡Pero sigo yendo al Crillón!

Cuando se pierde el trato del gran mundo, no se recupera jamás. Para no perder eso, lucho como fiera.

Octubre, jueves

Fue suprimida la Fiesta de los Estudiantes, a causa del exantemático. Era de los pocos estremecimientos alegres de la capital. La fiebre de la miseria avanza con su paso temblequeante. En las calles se ven caras hoscas, ruinas de fábricas, empujadas a la fosa común, y nosotras —chiquillas con gusto a leche— estamos felices de hacer la parodia de las flappers, de ahorrar la plata de la ropa blanca para tomar cocktails de pisco, para marearnos con cigarrillos malos y hacernos odiar, a la salida del cabaret, por los cesantes que toman nuestros abalorios por joyas verdaderas. La fiebre acecha a nuestra risa en la calle, en la plaza, en el tranvía. En la casa del lado ha muerto un niño; toda la noche se oyeron gritos y sollozos de mujer.

Domingo, octubre

Que atraigo a los extranjeros es incuestionable: Les gustaré por lo negra, por mi "carrocería foreque", como dice Pipo. Les agradaré por lo exótica, así como les gusta probar una trucha de Peñaflo. Docenas de chilenas se casan con diplomáticos. ¿No podré casarme yo con Gastón? Es un hombre maduro, representante de país sudamericano. Me habla en un tono que ningún compatriota sabe emplear, dándome siempre la impresión de que valgo un poco más de lo que aquí

creen. Es grande, saludable, y en sus ojos se reflejan panoramas y personas múltiples. ¡Lo que ha debido viajar y conocer! Una tarde me llevó por el camino de Apoquindo en su auto; vimos caer la noche en un olor a pasto y a humos de hierbas; los insectos enamorados zumbaban y el cielo tomaba un tinte anaranjado. La cordillera semejaba una cantidad de pirámides edificadas por una raza ciclópea, desaparecida; en los cerros más cercanos se divisaban las chozas de los inquilinos, que se acurrucaban para comer; las nubes, las pocas nubes aisladas, corrían como nacarados castillos, reflejando en sus flancos y almenas las luces del sol. La voluptuosidad de la tarde se mezcló a mi espíritu, en un sentimiento mixto de espanto y esperanzas, parecido a esa naturaleza, temible al fondo de la cordillera, y amable en los potreros, cerros y arboledas. Una onda subió por mi organismo, como si hubiera tomado un vino fuerte, coreando esa sinfonía de la tarde; mi cerebro se iluminó con el sentimiento de habersele destapado una parte que siempre estuvo hermética. Entonces, el cuerpo de Gastón, a mi lado, cobró un relieve terrible; lo sentí o creí sentirlo palpar. Una mirada, una palabra suya hubieran tenido en ese instante el poder más dominador sobre mi persona. Entonces me tomó una mano, sin mirarme, y yo estuve orgullosa al sentir que mi frágil cuerpo hacía temblar a su poderosa corpulencia. La oscuridad vino súbitamente, como una pantera que se descolgara del cielo, y el chofer nos condujo de regreso, con lentitud. Yo sentía que algo iba a revelármese, que algo iba a ocurrir de insólito y sublime, que mi cuerpo iba a volar en pedazos o a volverse líquido de repente, pero comenzaron a verse los primeros chalets, las primeras murallas de la ciudad; nuestras manos se desenlazarón y entramos en la desoladora educación, en la civilización y la mentira

de la capital. Todo había pasado como las imágenes falsas del sueño, y Gastón recobraba sus aires hipócritas de mundano. Me dijo adiós en el Parque Forestal, asegurando que no deseaba comprometerme. Ahí quedé, toda hecha sordera, ceguera, insensibilidad, esperando un tranvía lleno de gente fea y ajena, que me llevó por la Alameda abajo, donde bajé automáticamente, frente a Libertad, para tomar el camino de mi barrio y seguir la rutina de mi vida doble.

Durante la comida y en la velada, estuve ausente, sin oír lo que me decían, rehaciendo lo que ocurrió durante el paseo a Apoquindo. Podría contar hasta cuántas palabras pronunciamos y describir el tono en que fueron dichas.

¡Ilusiones! En la noche fui al Crillón y lo vi. Mi corazón golpeó en mi pecho; investigué sus gestos, sus miradas, y no vi más que educación, recato y protocolo. Lo que creí el comienzo de un cálido idilio, no era nada para él. Después, todo ha seguido su curso, y comienzo a habituarme a la frialdad glacial de la vida.

Entre los diplomáticos y la gente viajada, no se puede creer ni en lo que rezan: hasta su bondad, sus piropos, todo parece estudiado en libros.

ROTTING-SOUR-DANCING

Venga lo que venga, seguiré paseando. Todo, menos darme por vencida.

De los parientes, el único fiel que nos queda es el tío Manuel, de la parte paterna. Los otros murmuran y me citan de mal ejemplo. Una prima grandota, a quien llamo prima Carnera, aseguró que debían meterme en la Preciosa Sangre; otras me quitaron el saludo. Es que saben mi condición de pobre.

Yo me resigno a haber perdido la plata, lo cual no es tan grave como perder el trato social que no se recupera nunca.

Anoche fui al Crillón a los ocho. Los chilenos somos los mismos en todas partes: la Totó, la Pirula, la Yale, la Cotoca, la Chichí, la Rinrín, el Chañado, el Pocholo, el Pipo... Entremedio de nosotras, las viejas (aquí les decimos viejas desde los veinticinco) y algunas viudas que han puesto K.O. a varios maridos, y cuyos corazones son plantas admirables que florecen todas las semanas. Ojos terriblemente grandes y brillantes nos miran guardando lejanos rencores o deudas misteriosas, que nos harán pagar cruelmente; políticos que han desertado de sus partidos: gordos, ricos y cínicos; las lindas hijas de un funcionario chino, con sus cabellos tiesos como garras de laca, sobre las orejitas diminutas. Yanquis felices de poder tomar toda clase de tragos, como niños que hicieran la cimarra. Se ven políticos y especuladores enriquecidos demasiado rápidamente; nuevos ricos de turbia mirada comprenden que la buena sociedad de ayer se escandaliza de verlos solicitados de

todas partes; las damas encopetadas los llaman para pedirles datos seguros de Bolsa, y luego bailan con ellos, apoyando sus mejillas en sus hombros de cargadores.

El ansia de goces ha destruido las barreras y jerarquías sociales. No se requiere otra cosa que plata y desplante. Se bebe whisky o gin, cuya calidad de no importado sólo llega a saberse por las enfermedades fulgurantes que desata. Se falsifica de todo; los inteligentes se defienden tomando el rotting-sour, compuesto de pisco y limones.

Se ven trajes virados, con el bolsillo pañuelero a la derecha; hay niñas que se prestan vestidos unas a otras para variar. Mi ideal sería tener un vestido lamé argent y un novio diplomático, cuando no de la milicia. Me mira sin parar un joven chiquito, medio negro, que heredó de su padre y se está construyendo una garçonnière, o mejor dicho guarisapière, porque garçonnière quiere decir garçon, y él no es garçon, sino guarisapo. Todos tienen apodos; a un pechoño que se armó lo llaman el Buen Ladrón. Si le quitaran el pelambre a Santiago no quedaría nada; sería peor que las ruinas de Pompeya.

El peso a un penique y el control de cambio nos han hecho industriales. El país produce artículos buenos, especialmente de construcción: cemento, fierro, piedra; por eso se van las casas antiguas y los ranchos que parecían hechos de barro, zunchos de catres y tarros de parafina.

El aprendizaje de la industria no es tan fácil como parece: los cueros nacionales son curtidos con ácidos baratos, que hinchan los pies cuando toman la forma de calzado; los puros de a cuarenta y sesenta, lo mismo

que los licores fuertes, producen intoxicaciones fulgurantes; los polvos de talco sacan ronchas; el rimmel destruye las pestañas; los productos farmacéuticos aceleran la marcha a la Avenida de la Paz.

A todo esto, sigue la danza. Funcionarios hay que ganan trescientos mil por año; se abren canódromos y pollas de Beneficencia. La mezcla constante de miseria y riqueza alarma a los extranjeros; un elegante, vestido con paños de Tomé, parece que se acostara vestido... No deja de ir al Casino de Viña para darle su obligado tributo a Escudero . No se crea que me escandalizo; al contrario, una vida así me entusiasma; la humanidad es como el paisaje: variedad, torrentes, precipicios, ventisqueros y valles; abismos debajo de los colmillos de la cordillera; volcanes esperando su turno, como bandoleros solapados. Hace poco, todo el país se cubrió de cenizas; entretanto, las murallas trepidaban. En el verano voy a la estación a despedir a una que otra amiga que va para el mar, y solamente de ver a ese mundo feliz se me inflama la sangre; en el coche-salón se ven trajes como guantes, sombreros de París, maletas-neceseres; se me revela una vida quimérica; después, llego a mi cuarto y me pongo a suspirar. Por otra parte, creo estar en vísperas de ser feliz, sin que tenga el menor indicio. La señora Rubilar asegura que París es ahora más aburrido que Chile. Lo creo, y esas ricas, tan farsantes con su Europa, se pasaban en París leyendo El Mercurio, y aquí vienen a decir que somos un país plomo.

El patriotismo ha prescrito tragos nacionales a causa de la crisis. Se baila todo el tiempo y en cuanto hay un espacio libre: tango, paso doble, carioca. La música del jazz parece hecha de quebraciones en la cocina, de explosiones de gas y derrumbes de murallas; después

nos tiramos pelotillas de celuloide como salvajes. El tango es más serio, es un rito: se disminuyen las luces, y, como por arte de magia, comienzan a funcionar los pies; los hombres bailan apretando los dientes; aquellos que saben tomar a las mujeres y hacer linda pareja pueden llegar muy lejos. Los más sonados matrimonios salen de la pista de baile. Expertos bailarines dedicados a las viejas ricas suelen heredar fortunas de fábula. De repente se desaparece una cigarrera de oro de una mesa, cuando no un anillo de brillantes de un lavabo. Echan la culpa a los mozos, y aquí no ha pasado nada. A la salida los cesantes piden, y si no les dan, suelen hacer ¡cui! ¡cui! llevándose los dedos al cogote, amenazándonos con el degüello.

En el Crillón se habla de Europa, de amor y de piojos. La música del jazz es como el tambor de Santerre, que hace ruido para impedir que se oigan las palabras inútiles. Pipo es un muchacho que conozco desde los cinco años. Jugábamos en la Alameda, y a veces cree que este antecedente le da derechos para humillarme. Me mira también con ojos de tenorio, pero no será él "ese pecho fuerte donde falleceré de amor". Lo conocí guagua, pataleando en brazos del ama, y así no hay ilusión, aunque el guagua haya crecido, tenga espinillas y lea al Caballero Audaz. Me consta que Pipo me tomó para diversión cuando salí al mundo y estuve de moda. Ahora, consciente de que voy a menos, se dedica en serio a la mayor de las Cepeda, la Mabel Cepeda, flamante heredera de un corredor de Bolsa, cuyas expertas manos caen encima de todo negocio fructífero. El señor Cepeda y su pedante esposa han sido aceptados en nuestra sociedad a última hora, y saben mantenerse, aunque hace pocos años la gente se burlaba de ellos. Sus hijas no son feas ni tontas; al

contrario: la Mabel, novia de Pipo, es una adolescente de carne lechosa, labios encendidos y un perfil bíblico, de esos que salieron del lápiz de Doré. Es agradable, y no podría achacársele otro defecto que una excesiva susceptibilidad, propia a toda su familia. Por este defecto está siempre lista a la defensa, como si las palabras o gestos envolvieran solapadas alusiones u ofensas. Es común en nuestra sociedad esa clase de personas que parecen estar constantemente preparadas para repeler imaginarios ataques, y que, so capa de defenderse, suelen emprender crueles ofensivas. Mucho cuidadito con las palabras delante de ellas; ni se diga un chiste. Delante de esa gente susceptible pierdo mis dotes festivas, volviéndome pedante y grave. En todo caso, esas hijas de corredores afortunados, o de industriales opulentos, recién ingresadas en sociedad, como las Cepeda, valen más que Pipo, tipo clásico de mequetrefe santiaguino, a caza de negocios fáciles. Es de esos tontos que si pasean con un figurón, cambian de paso y distribuyen saludos protectores; hace bromas por teléfono; manda anónimos. Es preciso cuidarse de sus tretas; así, por ejemplo, cuando quiere poner un sobrenombre o decir mal de alguien, no tiene el valor de afrontar las consecuencias, y atribuye esos chismes a terceras personas. Algunas veces larga frases de doble sentido, y entonces yo me levanto. Odio las groserías. No es que quiera dárme las de inocente: yo sé que los niños no llegan de Europa, y también sé que el matrimonio es el pololeo continuado en la cama, pero no me gusta que me lo recuerden.

Precisamente, anoche tuve la desgracia de encontrar a Pipo y de tenerlo sentado a la misma mesa, frente al rotting. Pipo estaba de vena, contando historias chuscas. Decía que el sérum contra el exantemático se prepara

con excrementos de piojos enfermos, a los cuales, previamente, se ponen lavativas. También aseguró que no es el piojo el que enferma al hombre, sino viceversa.

En el instante de discutir tan delicado tema, entró Gastón, el diplomático, cuya costumbre de besar las manos de las damas no ha sido sacrificada todavía a la vulgaridad y al miedo al ridículo.

No puedo negar que su presencia me cambia el ánimo. En cuanto a él, es muy amable y me mira penetrándome hasta los huesos. Es él quien me da mayor realce y mérito.

La viuda se acercó a nuestra mesa, y también la admirable señora Rubilar. No se acercan por mí, ni por las B., ni por Pipo, sino por el diplomático.

La señora Rubilar trae al Crillón una ráfaga de elegancia desconocida. Es rica y filántropa, joven, llamativa. Aseguran que ha fundado una Protectora de señoritas pobres. Las alimenta, les hace dar clases por profesoras magníficas y las viste como princesas. Suele vérsela en compañía de sus protegidas, y la verdad es que las hace prosperar, y si no, que lo diga la rubita viñamarina, la Cristy B., una pobretona descolorida, que ella hizo educar, hasta convertirla en la más apetecible señorita; como si eso fuera poco, ayudó a unirla en matrimonio con un corredor de salitre. La señora Rubilar tiene un color de aurora, unos ojos sorprendentes y un talle magnífico, todo lo cual se realza por su gracia y su inteligencia. A su lado, las otras damas ricas parecen duras y farsantes. Aunque ha viajado por todo el mundo, nunca dice que nuestras fiestas son soporíferas.

Asegurar que Chile es un país aburrido se ha hecho un deber entre la gente cursi; por eso agradezco cuando la señora Rubilar alaba nuestras fiestas y costumbres. Hace pocos días, otra dama viajada aseguraba que la sociedad chilena parece un Kindergarten, por cuanto se ven solamente niños y la señora Rubilar, con su voz armoniosa, respondió:

—¿Hay algo más encantador que la niñez?

Para ella no hay mujeres feas ni hombres despreciables; sus ojos ardientes y deslumbradores denotan un intenso deseo de colaboración. Me mira siempre con tanta atención y simpatía, que me siento orgullosa de mí.

LA SEÑORA RUBILAR

Anoche me ocurrió algo que no podría explicarme ni en cien años, y que todavía me tiene intrigada. Fui al Lido, y me invitaron a la mesa donde estaba un diplomático chiriguano, la viuda B. y la señora Rubilar. El chiriguano es simpático, aunque algo cínico; anoche decía que ingresó a la diplomacia por dos razones: por ocio y para que no lo maten. Gastón es más grave e interesante que este chiriguano.

La señora Rubilar llevaba un traje color amarillo canario, collar de perlas y pulseras de zafiros. No me cansaría de oírla: sus palabras caen precisas y redondas como monedas de oro sobre mármol; su sonrisa discreta, su indulgencia, sus citas en idiomas extranjeros, que maneja a la perfección, me hacen pensar en un mundo nunca visto, en ciudades lejanas y en una vida donde todo será amable y regalado. Para cada tema tiene expresiones nuevas y no pedantes, sino tan naturales y originales como sus trajes, sus joyas y su peinado. Encuentra algo bonito en lo neto de un cuello (así dice ella), en las pestañas rectas de una morena, en los tobillos finos, en la expresión de los ojos; detalles que nunca nos llamaron la atención, cobran relieve, y aun a la señora viuda, que se aburre en Chile, le ha descubierto una belleza de odalisca.

Se acercan siempre a ella, la saludan y se quedan atraídos, engarzados en sus ardientes ojos. Uno de los muchachos aseguró que el señor arzobispo había condenado al Lido. La señora Rubilar, sin que denotara la menor sorpresa, declaró:

—Debe ser por las exageraciones que oye. Si él viniera aquí, cambiaría de opinión: no hay nada más inocente.

Cenar sí me gusta. Precisamente, la señora Rubilar pidió jamón y pollo frío. Trajeron en gran cantidad, tanta, que pensé en el papá. ¡Si pudiera llevarle algo! Después de dar unas vueltas de baile, la señora se ofreció a acompañarme en su auto hasta mi casa. Yo deseaba salir con ella, por el gusto de oírla y verla en otra intimidad más personal, pero me hubiera dado vergüenza que supiera dónde vivo. ¿Qué diría ella si llegara a los rascatierras de la calle Romero, hasta la puerta de mi rancho, donde a veces hay chiquillos durmiendo, como pajaritos helados?

—Ande, acompáñeme—volvió a decir.

Después de unos segundos, añadió:

—¿Le agrada Gastón?

—¿El diplomático? Mucho.

—Usted sabe lo que son. Como el picaflor—dijo ella, suspirando—. Ande, vamos a casa.

Por primera vez noté en esos ojos suaves y envolventes algo más que esa bondad universal: sentí en ellos un poder difícil de resistir, y accedí, pensando que podría hacerla quedarse en alguna calle próxima, para evitarme la vergüenza de que viera donde vivo. No sé por qué me di cuenta de que una vida nueva comenzaba para mí desde aquel instante; mi impresión fue de que me zambullía en dulces regiones submarinas, sobre todo cuando ella pagó y me hizo acompañarla. Mis ojos

debieron despedir rayos de felicidad durante el corto trayecto desde nuestra mesa hasta la puerta, donde el portero nos saludó quitándose la gorra. Entonces vi que un poderoso auto se deslizaba como un cisne por el asfalto bruñido.

Me hizo subir primero y, una vez dentro, me tomó la mano como a una criatura.

Yo he leído pocos libros, y en especial Las Mil y Una Noches. Pues bien: el estado de mis nervios debe de haber sido parecido al de Simbad cuando el pájaro Roc lo levantaba en sus alas para llevarlo a la isla encantada, y no me equivoqué, porque la señora Rubilar, con su voz de céfiro, dijo:

—Antes, vamos a ir a mi casa un momento, y después pasaré a dejarla.

Entornó los ojos al decir esto, llena de una gracia nueva; a cada instante descubría en ella desconocidos aspectos. Se apoyó familiarmente en mi brazo izquierdo.

Las calles cambiaron de pronto, y noté que el auto ya no se deslizaba como cisne, sino, al contrario, saltaba a ratos en un terreno desigual. Su cara, que a intervalos brillaba, de perfil, por algún foco de luz, se parecía en su alba fineza a una madona italiana. Sus labios halagadores y puros están casi siempre abiertos y sonrientes. Sin que hubiera motivos visibles, no puedo negar que yo iba presa del inquietante misterio, al punto que ella me preguntó si estaba molesta. ¿Qué podía temer, en efecto? Basta oír a la señora Rubilar para comprender que se ha rozado no solamente con las personas más conocidas de la sociedad, sino con la

espuma de la vida. Ella está en todas las comidas de las Embajadas. Sin embargo, mis manos estaban ardiendo, y un fluido nervioso recorría mis piernas y me daba calor en las mejillas. No atinaba a comprender para qué me querría esa mujer: acaso esperaba de mí un servicio para apuros de orden particular. Íbamos en dirección del barrio norte, por Independencia, en un sector de la ciudad apropiado para las aventuras. Recuerdo que pasamos por una calle al borde de la Escuela de Medicina, donde está la cantina "Quita Penas". De ahí seguimos poco más allá, siempre por un pavimento más rugoso que en el centro, y al fin llegamos. Yo bajé la primera, y noté que mis piernas estaban acalambradas, como si bajara del caballo después de un largo galope. Ella bajó luego, y dijo al chofer, que estaba de pie, con la gorra en la mano, que nos esperase.

Estábamos frente a un jardín, cerrado por una reja alta y oscura, al centro del cual se divisaba una poderosa casa de dos pisos, en cuyo extremo había un mirador. Se veía que no se trataba de un chalet, sino de esos palacios antiguos, de la época Concha y Toro. No recordaba haberlo visto antes. Era sólido y señorial. Ella me hizo acompañarla por el jardín. Ya estaba abierta la puerta de la casa, y adentro, en un vestíbulo amplio, de piso brillante, una empleada servía el té en tacitas de porcelana. Conforme a la costumbre santiaguina, después de elogiar las proporciones y la belleza del vestíbulo, me invitó a conocer la casa, sin vanidad, más bien a disgusto, como una persona que estuviera preocupada de otra cosa. Pasaba delante de los biombos de laca y los cuadros, diciéndome cosas que yo misma no podría retener, pendiente de algo vago y distante. Entramos en muchas estancias decoradas con un gusto exquisito, solitarias y enormes, en cuyos pisos

de parquet yo temí resbalar, como una huasa. Me llevó hasta su dormitorio, se quitó el vestido, diciendo que iba a ponerse otro, y, entonces, vi su busto gracioso, de chiquilla. Tomó una botella de Zonite, y con un algodón se mojó bajo los brazos. Me invitó a quitarme el vestido y hacer lo mismo, diciéndome que era el último invento de tocador, para evitar la transpiración de las axilas. Este refinamiento era totalmente nuevo para mí, y me intimidó. Ella misma se ofreció para desvestirme, pero a mí me dio una gran vergüenza la idea de que viera mi pobre ropa interior y mi vestido gastado bajo las mangas.

—Tenga confianza en mí; me recuerda a una hermanita—me dijo, sonriendo de la manera más tierna.

Pero yo, colorada de vergüenza, evité que viera mis tiras. Después de ponerse un traje de lana, me llevó al balcón de su alcoba, desde donde vimos el cementerio. Al mismo tiempo, un aroma de flores, de humo de yerbas y tierra mojada flotó en el aire. Me aseguró que era un barrio entretenido y variado. No la asustaban los muertos, sino al contrario.

"Las rosas de cementerio son las más perfumadas"... La vista era admirable. Parte del San Cristóbal se divisaba, plateado por la luna; más lejos, los techos de tejas y los patios dormidos, de esas casas de un solo piso, floridas y verdes, de un pálido verde luna. Más allá, los monumentos funerarios, dilatándose hasta perderse al pie de los cerros. Yo me hubiera quedado allí. Pensaba en el contraste de la podredumbre de los muertos con esa victoria de la carne que era ella en su belleza lechosa y vibrante. La distancia que mediaba entre la casa de la señora Rubilar y el Lido me la hacía

doblemente amiga y casi hermana. Me hubiera quedado toda la noche acodada en ese balcón, al lado de ella, escuchando los rumores de la ciudad, mezclados con el aullido lejano del campo, pero ella no podía retener su deseo de mostrarme la casa, y me sacó de la contemplación, tomándome del brazo y llevándome a ver otras cosas.

Llegamos frente a otra puerta de dos cuerpos, que ella abrió suavemente, como si temiera despertar a alguien y, en efecto, vi una pieza con muchas camas, de las cuales solamente dos estaban ocupadas. Una lamparilla de aceite, tamizada con pantalla celeste, iluminaba las caritas de dos chiquillas, como de dieciocho años, muy modositas, crespas y preciosas. El bracito de una de ellas pendía al lado derecho. En ese momento recordé la misión caritativa de la señora Rubilar, y pensé que serían pobrecillas abandonadas y recogidas por la protectora. Luego, era verdad: tenía escuela de niñas. No pude ocultar mi admiración por una obra tan encomiable, y antes de que mi impulso me llevara a darle un abrazo, ella, adivinándome, estampó un beso en mi mejilla.

Esto no impidió que quedara sumida en la mayor vaguedad de pensamientos. Las niñas virginales, con sus caritas tan suaves en esas ropas blancas, de hilo, cubiertas por sobrecamas iguales, semejaban muñecas mellizas; eran diferentes, sin embargo: la una fina y rubia, la otra más regordeta y oscura, sin llegar a morena, sino a trigueña. Los párpados de ambas eran sombreados y se diría que ocultaban ojos estupendos. La señora Rubilar me apretó las manos, me miró en los ojos, como si fuera a decirme una multitud de cosas, pero esquivó la vista y cerró la puerta.

—Es hora de partir—dije yo, no pudiendo reprimir un tic de familia.

Sin hacer caso de esta advertencia, se puso a explicarme su manera de hacer caridad con las niñas abandonadas. Era partidaria de la caridad previsora y anónima hasta donde se pueda, es decir, no quería que sus asiladas se dieran cuenta de que ella era su protectora y de lo mucho que le debían. Vivían junto a ella, simplemente, como amigas, y no les enseñaba, por cierto, a bordar pañitos. Dijo esto último con mucha intención, y añadió:

—Las casas malas están llenas de niñas que aprendieron a bordar.

La señora Rubilar las recogía cuando la pobreza de sus hogares constituía un peligro, y les enseñaba tareas vitales, como el arte de conversar, la música, el baile, el bridge, la manera de caminar y detenerse en el gran mundo. Pero, sobre todo, el baile y el bridge. ¡Hay que ver hasta dónde puede llegar una persona bailando bien y jugando el bridge! La criticaban por esto, pero ella perdonaba.

—¿A quién no critican?—dijo—. A todo el que hace algo lo acribillan a pullazos; de esta manera, los más felices son los que no hacen absolutamente nada. A mí me critican porque protejo a las chiquillas más o menos agraciadas. ¡Es verdad! Yo no puedo estar cerca de la gente fea o mediocre; me parece más útil y más higiénico ayudar a las personas bien conformadas, que no dedicarse a lavar el traste a chiquillos negros y granujientos, como hacen tantas señoritas; después,

cuando crecen, esos asilados son nuestros peores enemigos.

—¿Y estas chiquillas le agradecen?—pregunté, mirándola, bastante curiosa por saber su opinión.

—Desde luego—repuso la señora Rubilar—; tienen mayor cultura y bondad, porque la gente bonita e instruida es siempre más indulgente. Además, yo las quiero, y mi mayor placer será verlas triunfar en sociedad. Tienen la base primera, que es la forma humana: el molde.

—¡Cómo le agrada la belleza!

—Lo único feo que tolero cerca de mí es el marido. Un marido se acepta como una caja de fierro, como una carabina.

Diciendo esto, la señora Rubilar me apretó las manos y soltó la risa.

—¡La hallo única! —exclamé, sin poderme contener.

—Vamos abajo, a la biblioteca —añadió ella, dejando de reír.

En un extremo del pasillo, entre dos columnas de mármol, adornadas de estatuillas, estaba la biblioteca. Abrió ella, y no pudo reprimir una exclamación de sorpresa, porque dentro había un hombre sentado. Yo misma me sorprendí, y hasta tuve miedo, por la cara desagradable de ese individuo. Sin embargo, la señora Rubilar lo saludó como a un viejo conocido. La biblioteca era enorme, toda de madera laborada, y se veían

centenares de libros; el hombre debe de haber estado leyendo, porque había levantado la cabeza, y seguía mirándonos con su cara furiosa, sin saludarnos. Era un hombre pequeño, feo, de ojos pelados y de tufos canosos. Sus ojos, fríos y groseros, se revolvían en las órbitas, como los de un perro cuando otro le quita la comida. Su labio inferior, glotón y ordinario, quedó colgando.

La señora Rubilar se esforzó para disimular un comienzo de turbación; hizo ruido con los pies y procuró apaciguar a ese hombre, que era su marido, presentándose con todos mis títulos. Mis apellidos suenan siempre bien, pero esta vez no aplacaron la tempestad, y esa fiera miró para otro lado, rechazó la presentación y dijo a su esposa:

—¿Hasta cuándo me pones en ridículo?

Diciendo esto, desapareció sin mirarnos.

Poco después, la señora Rubilar pidió el auto y me acompañó hasta la esquina de Alameda y Libertad, donde me despedí y partí corriendo a la casa. El barrio a esa hora da miedo; los autos de la Estación Central parecen bandoleros esperando la ocasión. Dormí pesadamente, y a las diez me presenté a saludar a papá.

—¿Qué tienes? ¿Dónde estuviste? No me gusta tu cara. Ese cine hace mal a los nervios —me dijo, observándome atentamente.

Yo estaba aún bajo la obsesión de la señora Rubilar, y soy franca con mi padre, es decir, miento solamente

cuando es útil. En esta ocasión le conté parte de mis andanzas nocturnas, y le describí la casa y el barrio del cementerio. donde se dan tan olorosas flores y sabrosas naranjas.

—¿Rubilar? ¿La señora Rubilar? No te conviene esa amistad. Es rara —exclamó, incorporándose para hacer un esfuerzo penoso de garganta.

Al decir rara, su expresión quiso significar algo extraño, como carnero con dos patas.

Noviembre, primero

Ha comenzado la primavera de los muertos. El aire de la ciudad es denso y dulce; es un aire lechoso y lánguido, donde las cúpulas y arboledas se destacan con la divina sencillez que yo he creído soñar leyendo los cuentos de Bagdad. La modorra de las cosas me invade, venciendo al desaliento espiritual. Sin embargo, en medio de esta dulzura e inercia agradables, no podré ir al cementerio a poner flores en la tumba de la mamá, a causa de la epidemia. Ella está encerrada en la tumba de los Iturrigorriaga, por lo cual todos los años en esta fecha me encontraba entre la parentela rica: algunos son muy simpáticos, no lo niego; pero otros son del género moralista y me miraban de reajo, mientras yo, toda vestida de negro, arreglaba mis flores, encucillada, sin levantar la vista hacia ellos.

LA CASA

Hoy vino la patrona a cobrar la casa. Es molesto no estar seguro ni en el rancho donde se vive; el conejo tiene su agujero, el pájaro su nido, pero una no cuenta ni con el aplomo para dormir en lo propio. No pude negarme, porque me vio en la ventana. No me asustarían más diez forajidos que esta patrona; la sangre se me fue al estómago y me tiritó la espalda. Es una dama delgada y pálida, viuda de prestamista; no se le sacaría un peso con cloroformo.

—Yo no soy la Beneficencia —dijo, casi sin saludar—. Necesito saber cuándo va a pagarme.

La hice pasar al comedor, saludándola tan amable como pude. Comencé a hablar de minas; le conté el asunto de los pleitos y del alemán que nos compró los derechos. Poco a poco noté que se interesaba en mis razones. Fingí estar muy nerviosa, y exclamé:

—Porque, ya ve usted. Mi padre vendió la mina, pero no los derechos submarinos, de manera que todo el carbón yacente debajo del agua nos pertenece, y tendrán que pagarnos una indemnización.

Al oír esto, los labios de prestamista de la patrona se ablandaron. Entonces se me ocurrió darle el golpe de gracia. Le ofrecí una copa. En el armario hay dos botellas inéditas de gin: reliquias de la calle Dieciocho. Hice un menjurje con azúcar, agua y café frío, asegurándole, a ella, que no probó jamás los licores condenados, que era un cocktail. La pobre se pavoneó antes de sorber esa picardía a la moda. Era la primera vez en su vida. Cuando apuró todo el contenido no pudo

retener un gesto de repugnancia, pero estaba domesticada. Era mitad gin puro, como dinamita.

—En todo caso, me pagará el sábado —dijo antes de salir—. No puedo esperar más.

Bueno, quedamos en eso —le respondí, viéndola cómo se iba medio cucarra, agarrándose al filo de la pared con brazadas de nadadora.

En la otra puerta había dos vecinas, que escucharon algo de conversación y simpatizaron conmigo al saber que debo plata. La obrera que hace cajas de cartón conversa a veces y me cuenta sus pesares. Debe creermme bataclana, a juzgar por ciertas preguntas. En todo caso, saben que un misterio envuelve a mi persona y me miran con simpatía y curiosidad.

—¿Vino a cobrarle? —me preguntó.

—Sí. Pero no pude. Estoy a dos velas...

—¿Quién tiene plata ahora? —se dijo tristemente.

Así quedamos hablando un rato. Me he descubierto la virtud de inspirar confianza a los humildes, y me dejo arrastrar a una imprevista vocación para pobre, a pesar de mis tradiciones de rica. Siga la comedia. Mañana saldré pidiendo para los tuberculosos: me inscribieron entre las señoritas de la colecta. Tendré que remendar las medias.

COLECTA PARA LOS TUBERCULOSOS

Nada hay más conmovedor que una señorita que estuvo remendando en la noche su mejor par de medias y sale en la mañana a pedir plata, que no será para ella, con una alcancía. Este es mi caso en la colecta para los tuberculosos. Me correspondieron las calles centrales, pero no dejó de pasar algún obrero de la calle Romero que me reconociera, diciendo: "Esa es la de la bata crema". La gente conoce de memoria mi triste plumaje: en la calle Romero, la bata crema; en el centro, el vestido café. Empecé a conocer a amigas, a conversar, a bromear. Es bastante curiosa la impresión de una señorita, que la gente supone rica, recibiendo chauchas de los obreros. Son mejor educados que los jóvenes decentes, siempre en el mismo puesto de las esquinas como si no se hubieran movido desde la víspera. Dan deseos de pasar listas a voces cuando entramos en el círculo asoleado y vibrante del centro. Los vestidos claros de las mujeres, sus expresiones chillonas que caen al pasar, y la audacia de los hombres para mirar dan bríos internos. Hay un espíritu de centro,

como lo hay de plazas y alamedas. Una escucha piropos a las pantorrillas y también alusiones maliciosas. El más extraño sentimiento me embargaba al sentir que la alcancía se iba llenando de plata.

A las diez estaba borracha de sol, de palabras, de risas; había encontrado a una cantidad de conocidos.

A las once fui al Hotel Crillón, donde vive mi amigo el diplomático. Estaba precisamente en el vestíbulo y me pidió que lo acompañara hasta su cuarto. ¿Por qué no?

¿Acaso soy una tonta para tener miedo? Desde luego, es un hombre distante y muy preocupado de sí mismo para comprometerse en escándalos. Él iba adelante con paso ligero. Los pasadizos del hotel, lustrosos y blandos, donde se ven maletas de todos tamaños, incitan a viajar, a pensar en el ancho mundo y sus maravillas. Por fin entramos. Su habitación es amplia, confortable como un nido; sábanas de hilo, cortinas, paquetes, libros, sala de baño, salita de ropa. Muchas maletas pequeñas, un chal escocés, los bastoncillos del golf, y una maleta-armario enorme, toda llena de etiquetas internacionales: Berna, Madrid, El Cairo, Buenos Aires, París, Roma, todo mezclado. Abrió un cofrecillo y sacó un billete de cincuenta y lo metió en mi alcancía, "para los tuberculosos". En realidad dan para una, por cuanto las calles están plagadas de tuberculosos y nadie les da un cobre.

—¡Qué precioso tipo oriental tiene usted! ¡La debieran llamar Zoraida o Azufaifa!

Dicho esto, así, por afán de generosidad verbal, se puso a ir de un lado a otro de la pieza, temeroso de encontrarse frente a frente conmigo, y abrió sus muebles, de donde comenzó a sacar porcelanas, esmaltes, lámparas, tapices, cubiertos, comprados en remates famosos, porque los diplomáticos aprovechan nuestra crisis. Se ve que es de esos hombres para quienes nuestra sociedad no es más importante que un paisaje visto al pasar, como una montaña o puesta de sol. Cuando se aleje, escribiré impresiones de Santiago, a la ligera, en un diario frío y lejano, recordando como un favor a estas chiquillas como yo, medio huasitas, que toman rotting-sour y se queman los ojos con rimmel nacional. Entre él y yo sentía crecer la distancia, la

distancia triste y humillante. Me daban deseos de llorar; me vi obligada a mirar la calle y pensar en otra cosa. ¿Por qué me enamoré de este hombre?

—Está usted divina —dijo, tomándome la mano.

—¿Por qué me dice eso? ¡Suélteme! —exclamé, sin poderme contener—. Yo sé que usted se va pronto.

Se retiró de mi lado, intimidado y correcto. Miró la calle también. Se escuchaba el ruido rutinario y mortal de la vida: los autos, los tranvías, la gente. Sus ojos se hicieron tímidos y fríos; es de esos hombres que prefieren un paraguas bonito, una cómoda colonial o un caballo de carreras antes que una mujer.

—¡Teresita! Yo la recordaré siempre.

—No es verdad —le dije—. No es cierto lo que usted dice. No podrá quererme nunca; no me ha querido nunca.

Yo le hablé, encendida y fogosa, haciendo las cosas a la inversa, porque yo era fuego, y él ni siquiera estopa, pero tuvo un sobresalto súbito, una sorpresa de todo su cuerpo. Me miró de una manera muy curiosa, dando a entender que mi pregunta lo sorprendió sobremanera, como si el hecho de que yo lo amara fuera la mayor rareza del mundo. Me miraba todavía, con cierta humildad satisfecha de hombre amado, cuando le dije:

—¿Acaso cree usted que las chilenas no tenemos aquí, al lado izquierdo, una cosa que se llama corazón? ¿Por qué me llevó a Apoquindo y me dijo que me quería?

Se rió superiormente, y yo sentí frío por la espalda.

—¡Sí te quiero, Teresita! —exclamó.

—¡Mentiroso! Usted no puede querer a nadie, usted va y viene, usted...—no quise seguir.

—Golpean la puerta.

—¿Qué me importa a mí? Eso le interesa a usted —dije sollozando. Pero su facha tan fría, tan calculadora, me cortó el llanto de golpe. Fui al baño y me lavé la cara, mientras él recibía a un mozo. Cuando partió ese mozo me preguntó de una manera correcta y banal:

—¿Se va usted?

Salí sonándome fuertemente. No le contesté, y detrás de mí quedaron el vestíbulo, el cuarto, la diplomacia... Al llegar a la luz de la mampara creí que me desmayaba. Un vahído. El sol, el ruido de la calle. Luego todo volvió a su giro habitual y seguí pidiendo "para los tuberculosos". Ya eran cerca de las doce. Me soné varias veces. Seré amiga de Gastón, pero nada más; esos hombres no pueden querer a nadie, a nadie; tomará mujer algún día, no lo dudo; tomará mujer así como compra lámparas. Fui al Banco, y el director, solo en su oficina, me puso un billete de cien en la alcancía, el que no alcanzó a pasar y quedó asomado. Cuando salí, la tentación parecía decirme: "¡Anda, tonta, cógeme, nadie te ve!". Pero yo lo empujé para dentro, haciendo el tic de la familia, que consiste en suspirar y morderse el labio; ese tic lo hace mi papá todavía, y el tío Manuel, cuando algo les sale muy mal. Yo no cogí el billete: soy Iturrigorriaga, soy vinosa, soy soberbia. Es

plata para los tuberculosos, y yo la gastaría en medias de seda; hay una mujer en su rancho que espera este billete. "¡Anda, adentro, Satanás!", exclamé empujándolo en la alcancía. Sonaron las doce; fui a entregar la plata y un cesante me escupió. Me escupió y dijo: "¡Oligarca!". Seguí a la calle Romero, en carro.

Después fui a ver a mi padre en su cama. Aunque es el causante de la miseria en que nos encontramos, aseguro que no le guardo rencor; al contrario, lo considero igual a un niño. Dice que volverá a ser rico y me promete porvenires principescos, porque todo chileno tiene una mina de oro... en la mollera. No se le puede hablar en serio, ni mencionar sus prodigalidades; una sola vez lo hice y sentí que lo herí profundamente, terminando por arrodillarme y llorar en sus brazos.

Comí cualquiera cosa, y enseguida a trabajar, pensando en la manera de salir del despeñadero, porque estoy al borde de la caída al hoyo donde me espera el trabajo a jornal que chupa la sangre. Si no me salva un milagro, tendré que aceptar un empleo de dactilógrafa en esos Departamentos sociales que inventan los novelistas para tener papel del Gobierno y oficinas con calefacción para escribir sus leseras. Todo, menos aceptar las limosnas de parientes ricos; antes me casaría con un carabinero: desde que tienen piscina son buenos mozos. A pesar del esfuerzo que hago para demostrar holgura, noto que me miran con malicia, porque la pobreza es algo que irradia y se nota hasta en el cutis, como la viruela. En Santiago no hay secretos: ya saben algo de mí: las parientas me llaman loca y las amigas me aceptan en sus mesas, pero no me convidarían a sus casas. Es muy distinto de antes. A veces, voy a saludar a una señora, y, al llegar a dos pasos de mí, hace un corcovo y esquiva la cara.

Fuera de mi diplomático, nadie me saca a bailar. Y llega el verano eterno con sus calores que marchitan. No puedo dejar de pensar en el billete de la colecta, cuando quedó asomado y parecía decirme: "¡Tonta, por ti lo hago! ¡Cógeme! ".

DÍA SIGUIENTE

Desperté alegre esta mañana, bajo la impresión de un sueño; acto seguido pensé en la patrona y en mis asuntos. La alegría se transformó en negro pesar. Sin embargo, después de almuerzo la esperanza ha venido a asomarse de la manera más imprevista. Salí un rato; iba en dirección a la Casa Gemmelsmann, a buscar algo para vender, cuando encontré a la señora Rubilar. Me preguntó que a dónde iba y no pude mentirle.

Cuando me encuentra, sus ojos se animan, asimismo como el fuego cuando se propaga a una parte propicia. Me quedé mirando su vestido, su sombrero, su piel lisa y su boca de fino dibujo.

—Entremos aquí —me dijo, señalando una pastelería solitaria a esa hora.

—La verdad. Tengo tanto que hacer.

Ella pareció atisbar en mi acento alguna resistencia, basada en algo grave. Volvió la cara y pareció querer mirar algo lejano, así como un recuerdo desagradable.

—Usted busca algo. ¿No es verdad? Usted persigue algún negocio.

—No lo niego—respondí.

—Ande, venga. Voy a proporcionarle uno.

Entramos en la pastelería, por entrar. Ella pidió panimávida; yo, papaya. Tomó una posición cómoda y me dijo:

—Acaso la actitud de mi marido, la noche que estuvo en mi casa, la molestó.

Antes de que pudiera excusarme de esa suposición, ella prosiguió:

—Es un buen hombre; algo neurasténico. Todos los hombres lo son. Yo le admito esos rasgos de mal carácter y los olvido enseguida. Pocas veces recuerdo las cosas que dice. Él va al campo, trabaja en el campo. Un marido es el gerente de la mujer, es el trampolín.

Aunque ella es tan familiar, yo estaba turbada y respondía con monosílabos. En su rostro vagaba un airecillo zumbón. Más fuerte se veía ahí, bajo la luz del día; más fuerte; menos irreal que en sus hermosos trajes de noche. aunque no menos segura de sí misma. Continuó:

—Tenemos un chalet, en Providencia; es moderno y está situado en una de esas poblaciones que son los conventillos de los ricos. Yo no viviría ahí por nada.

—¿Por qué?

—Todo se sabe de un tabique a otro; la gente se aguaita; luego son tan desproporcionados; una mujer se asoma en una de esas ventanillas y su cara parece la luna llena; un perrito faldero se ve como terranova.

Soltamos la risa, y ella siguió:

—Se le podría vender a la señora Cepeda, la pedante; solamente..., tal vez no sería usted la indicada para este negocio...

—¿Por qué no?

—Es que yo ignoro las relaciones que ustedes mantienen. He oído que usted le puso un sobrenombre, muy gracioso por cierto, y ella podría estar sentida.

Salté en la silla y exclamé:

—Le juro a usted que no he puesto sobrenombre alguno a esa señora. Es algo rebuscada y emplea terminachos que ni ella entiende, pero cada uno es dueño, y no soy yo de las que ponen apodos.

—Pues es raro —dijo la señora Rubilar—. En el Crillón se comentó mucho, y celebramos su ingenio...

—¿Quién se lo contó?

—No recuerdo —dijo ella—, pero todos lo celebraron; la verdad, para una mujer como ella le va de perillas. Tiene usted una inventiva de primera.

Como hasta ese momento yo ignoraba la hazaña que me atribuían, quedé un rato pensativa. Luego pregunté:

—¿Qué sobrenombre le han puesto?

—¡Ah, cómo le gusta intrigarme! —dijo la señora Rubilar, riendo.

—Le juro que no sé. Dígalo.

—Es un poquito fuerte: le dicen Madame de Recamiércoles...

—¡Oh! Yo no hice eso. Son cosas de Pipo. Cuando quiere decir mal de alguien se vale de una infeliz como yo. Apuesto a que fue Pipo quien se lo puso.

—No puedo decirle quién ha sido.

Yo estaba tan segura de mi conciencia, que ni siquiera me di la pena de discutir eso y no tuve ningún escrúpulo en ofrecirme para vender la casa a la señora Cepeda. Ni me di el trabajo de desmentir con pasión, quizás a causa de un poquillo de orgullo que sentí por verme tildada de espiritual. Volví a pensar en la casa que estaba en venta, y pregunté:

—¿Cuánto pide por ella?

—Ciento ochenta mil —dijo la señora Rubilar—, al contado. Si saca más, es para usted, y no será difícil, porque en ciento ochenta mil va regalada.

El miraje del negocio me llenó de júbilo.

—¿Dónde vive la señora Cepeda?

—En la calle Compañía. Dígale que va de mi parte. Eso le agradará.

Después de decir esto, la señora Rubilar pagó y salimos. En la calle pasaba en ese instante una dama muy fea; nos miró de manera insolente, y luego nos quitó la cara,

sin saludar, denotando el desprecio. Fue un desprecio tan visible que no pudimos dejar de notarlo.

—Es fea, pobre y desgraciada. La única forma que tiene de demostrarse superior es su insolencia —dijo la señora Rubilar.

No di mayor importancia a eso y me despedí de ella, después de convenir en pasar por su casa la mañana siguiente para coger las llaves del chalet. Ni un minuto se me ocurrió pensar en la fama de ponedora de apodosos que tan injustamente me habían echado.

En cuanto a la señora Cepeda, puedo decir que la conozco de vista y no ignoro lo que de ella se murmura; le cuelgan anécdotas tan absurdas como decir que al whisky and soda lo llamó water-closet con seltz y al ray grass lo llamó foie gras. Lee mucho y siempre está incubando terminachos rarísimos que da risa oír; es de las que tienen enfermedades modernas. Comenzó a leer libros raros antes de pasar por Calleja, Molinare y Liborio Briebe. Apenas distinguen a Chile en su mapa y ya hablan de sicoanalítico y de Spengler. Es talquina, y ya sabemos que en el borde del Piduco se produce el triple extracto de lo repisiútico. El marido de la señora Cepeda puede pagar al contado rabioso; es corredor, estuvo en las Especies Valoradas y ahora es uno de los que manejan el Petróleo Surgente. En Chile no surge petróleo, pero es lo de menos, y ya se habla de crear un Departamento del Petróleo. La señora Cepeda presume de leída y navegada; es navegada y volada, como que llegó a Chile en la Panagra; por lo demás, se lo pasa citando a Estéfano y a Garañón.

La primera vez que hablé con ella me tomó una oreja y me dijo: "Esta oreja tan pequeña revela a una persona muy evolucionada". Después me latió con su siconalítica. Ha leído lo suficiente para hacerse intolerable. Yo le venderé el chalet al contado rabioso. Para presentarme a ella me aprenderé una frasecita bien repisiútica; llegaré a su casa con un peinado liso que valore mis orejas evolucionadas, y diré: "Tengo un chalecito que es el sursum corda de lo elegante".

EL NEGOCIO

Me levanté al alba, pensando en mi negocio. A las nueve emboqué la calle Compañía para sorprender en su casa a la señora Cepeda. Comprendo que en esas calles largas y blancas de tedio como un día de hambres, las esposas de los nuevos ricos suspiren por los aromas del Barrio Alto.

Poco antes de llegar a casa de esta dama, un hombre de elevada estatura, moreno, que estaba de pie en una esquina, me miró de manera cínica; sus ojos revelaron que había conectado el pensamiento con la barriga; después se puso a seguirme en forma tan descarada, que me volví para decirle en voz brusca:

—¡Vaya a ocuparse de sus nietos, venerable anciano!

Se retiró todo achunchado y seguí mi camino. La casa de la señora Cepeda está al lado de un incendio reciente; ella misma salió a recibirme, algo intrigada a causa de la hora. Vestía una bata de seda azul. No es fea, eso sí tiene una cara muy blanca, como huevo duro. Sus ojos son agradables y bonitos. Entré con un poquillo de nerviosidad, pero a las primeras palabras comprendí que, o ignoraba que le hubieran puesto tan feo sobrenombre, o no pasaba por su mente la idea de que yo fuese la autora. Le pregunté por sus hijas, que estaban ausentes, en Jahuel, y quedó muy halagada por mi visita. Es de esa clase media que todavía experimenta el sentido reverencial de los apellidos vascongados. Me preguntó que si era parienta de tal o cual figurón, que si era muy amiga de la señora Rubilar.

Al pensar en esto, vi que aparecía un mozo rubio, al que la señora Cepeda llamaba Esmít.

—Esmít —le dijo—, traiga mi desayuno completo, con toasts.

El mozo volvió al poco rato, deslizándose sin ruido, y dejó sobre la mesa un desayuno británico, donde se veían huevos a la copa.

—Soy hipertensa —dijo la señora— y el médico me prohibió el café. Por eso me desquito con posturas de gallina.

Debí poner cara larga, porque me ofreció un desayuno igual, que acepté ligerito, antes que cambiara de idea.

Esmít no tardó en traérmelo, y comí de buen apetito.

—¿De manera que la señora Rubilar la mandó aquí? Es muy interesante; eso sí, no sé..., no sé... qué vacío noto en ella... ¿Cómo supo que necesitaba casa?

—¡Ah, señora Cepeda!—exclamé—. Aquí todos nos conocemos.

Sonrió satisfecha y dijo:

—La gente bien sí, se conoce toda, porque nos vemos en el Lido, en Jahuel, en Zapallar...

Después de esto pareció que reflexionara en algo triste. Sus bonitos ojos se entornaron súbitamente condolidos.

—Nuestro apellido —dijo, como si eso la preocupara hasta hacerle daño— debiera escribirse Sánchez de Cepeda y Ahumada, como que es el mismo de Santa Teresa de Ávila, cuyos hermanos, es muy sabido, se radicaron en Chile. Ya ve: yo soy Cepeda también por el lado materno... y ahí está la santa. Dicen que se me parece.

—Es verdad —asentí, mirando el cuadro de la santa, que su larga mano me señaló. (Tenía su mismo óvalo de huevo duro).

Cada vez denotaba su extrema sensibilidad respecto a linaje y su dolor de no llevar apellido vinoso. Pocas veces he tenido la sensación de mi valor de ser Iturrigorriaga. Me sentía tan aristocrática como si fuera Médicis, y esto se lo debía a ella. Para calmarla le dije:

—Cepeda es un nombre magnífico.

—Sánchez de Cepeda —rectificó ella—, y cuando publique mi libro firmaré así para hacer pesar el rumor solemne de la historia...

—¿Poesías?

—No. Psicología y sociología —rectificó ella.

—A mí me encantan los versos: Nervio me deleita—le dije.

—¿Nervo? Cuando era niña me agradaba, pero ahora..., después de morder la manzana implacable de la ciencia...

—¿Qué?

—Amado Nervo integraba el complejo de Amiel, y la ilusión se me fue. Ahora, si leo a alguien es a Machado, el de más recia vergadura.

—¿Y las poetisas?

—Delmira Agostini era mi favorita. Pero tan desgarrada...

Ya estaba en su elemento y se lucía conmigo. Se levantó para tocar el timbre y pidió a su criada que le rociara el pañuelo con Mary Garden, el cual le fue presentado al poco rato en bandeja de plata.

Después dijo:

—Sí, es verdad. Deseo comprar casa en el Barrio Alto para cambiar de influencias telúricas; quiero chalet, pero no muy moderno, porque esa modernidad integra el síndrome del barroco. Llevaría mi propia sala de baño. No me separo de ella.

Yo estaba muy nerviosa y en guardia; había perdido mis dotes festivas, como siempre me ocurre entre la gente susceptible. Cuidaba bien de no reír, porque ella observaba a cada instante mis facciones. Se puso de pie y me mostró algunos cuadros: un Corot, un Morales. Yo conozco al joven autor personalmente, pero tuve la modestia de no decírselo. Le pedí que fuéramos juntas a ver el chalet, a lo cual accedió, y salimos a la calle, coincidiendo en la puerta con la llegada del poderoso auto niquelado, un Lincoln flamante que parecía andar suave como una dama, y se detenía sin ruido frente a nosotras. Largamos las amarras, avanzando hacia

Providencia, donde el dinero de los empréstitos reemplaza ventajosamente al salitre, haciendo surgir una ciudad pimpante de los terrenos baldíos y basurales antiguos. Al llegar a la Plaza Baquedano, ella dijo:

—Este será el epicentro de la capital.

Quiso aparecer algo irónico en mis ojos, pero los refrené, en tanto ella escrutaba mi asombro, diciendo:

—¡Qué dicha! ¡Cómo me agrada el abrazo del viento, mi compañero bohemio!

Muy pronto penetramos en la zona de los chalecitos, como juguetes modernos, de una arquitectura desconocida y juvenil, puestos ahí como un engaño para la vista; lucían todos los colores del arco iris, y en sus jardinillos se alzaban estáticas y enormes rosas, tan grandes como los jarrones y adornos de cemento. Son castillos en España, o sueños de empleados públicos que la jubilación hace congelarse en el aire. Los más grandes pertenecen a generales o ministros, o contratistas: los más pequeños, a capitanes, jefes de departamento o de sección. Las generalas arman grande alboroto si una coronela compra chalet más grande que el de ellas. En todo caso, el chalet que ofrecí a la señora Cepeda es más amplio y aislado. Está en una callecita perfumada y soñolienta; es digno de una funcionaria de Petróleo Surgente.

—¿Cuál es? —preguntó.

—Aquél —le dije, toda temblorosa, previendo una negativa.

A esa hora se veía muy fresco, silencioso, semejante al castillo de la Bella Durmiente.

—¿Tiene bow windsor? —preguntó.

—Ya lo creo, y usted puede mandar la ropa sucia hasta el patio de los empleados por un deslizador; tiene pila y sátiro echando agua.

Diciendo esto, bajamos del auto.

La señora Cepeda miró el conjunto, haciéndose visera con una mano. En ese instante la malhadada radiola del carnicero comenzó a tocar Tosca.

—¡Ay, qué siúticos! ¡ Tosca, y en la mañana!—exclamó, tapando sus oídos.

—La verdad que es muy impropio —le dije—. Gente sin tonalidad hay en todas partes.

—Sí, el defecto de estos chalecitos es su familiaridad. Me costará trabajo sincronizar con el barrio. Además, deben ser chismosos.

—¡No crea! Aquí, mucho menos que en el centro. Los vecinos son gente chic. Son la crema de la ot.

—Y al fin, a mí, ¿qué me da? —dijo la señora Cepeda—: "Yo estoy más allá del bien y del mal".

—Es muy justo. La chismografía alcanza a la gente ordinaria.

Después de reconocer desde la torre hasta el cimientito húmedo de la cueva, me preguntó:

—¿Y el precio?

Debo haberme puesto algo tímida y colorada, cuando le dije:

—El último, último, es ciento ochenta y tres mil..., mitad al contado.

—¿Ciento ochenta y tres? ¡Qué horror!

—Y, le diré, es barato. Toda la gente bien, la gente tip top, los diplomáticos, la empleomanía, el alto comercio, se radican en este barrio. Aun como negocio se puede comprar, porque la capital se ensancha para la cordillera: primeras aguas, primeras brisas. Vale cien pesos el metro, y valdrá mil...

—¿Quién vive al lado?

—Mi prima: la Tutuca Iturrigorriaga, recién casada. ¿No oyó usted de su casamiento?

Los ojos de la señora Cepeda fulguraron.

—¿Es verdad? ¡La Tutuca! ¿Y está aquí ahora? Tiene mucho sex appeal, y ¿será verdad que recibió soberbios regalos de boda?

—Eso dicen, y yo le vi un traje verde, de la Georgette. Una maravilla; costó tres mil pesos.

Reflexionó un momento y volvió a preguntar:

—¿Cómo va ese matrimonio? He oído que mal, ¿verdad? Es lo mismo en todas partes: agitaciones, intereses, caracteres disímiles.

Este último terminacho rebuscado me hizo rebuscarme yo misma algo nuevo y digno de ella.

—¿El amor? —le dije—. El amor cambia como la nube, como la ola, como la brisa...

Suspiré, satisfecha. ¿Acaso porque no he leído a su famoso Marañón, no seré capaz de improvisar?

—Así es —respondió. Y luego—: ¿Están aquí en Santiago?

—No. Partieron al fundo. Y, además, ella quiso comprar éste, pero lo encontró caro. Aquél es muy inferior, y costó diez mil menos —añadí, señalando el chalet de la Tutuca.

—¡Ah! —suspiró ella—. ¿De manera que quiso comprar éste?

—Así es.

—Vamos a casa. En ciento ochenta mil me parece algo caro—dijo secamente.

—¡Ah, no, señora! —dije, subiendo al auto—. Último precio, pero último, último.

En el trayecto a la casa permaneció silenciosa; yo iba en un estado de nervios difícil de describir, procurando al

mismo tiempo aparentar calma. Llegamos, y preguntó al portero que si había llegado su marido. Yo me imaginaba qué laya de hombre sería el señor Cepeda, de quien tanto oí hablar. Lo esperamos recorriendo la casa. Su dormitorio era regio, aunque algo rebuscado; la cama mullida, colosal, cubierta de sedas: Cortinajes espesos flameaban, por estar abierto el balcón. "¡Qué ridículo será tener dolor de muelas en camas endoseladas!", pensaba yo.

—Ya es tarde: la hora del gran déjeuner, y aún no asoma —exclamó ella.

Pero en ese mismo instante sonó la puerta y crujió la escalera. Era el marido. Subía lentamente, cuando de pronto casi doy un grito: el marido de la señora Cepeda era el mismo mamífero, el mismo insolente que esa mañana, en la calle Compañía, me echó un piropo invitándome no sé dónde. Cuando me vio, se le demudó el semblante; no atinaba; su sorpresa era tan grande como su miedo. Comprendí que lo tenía en mi poder, pero al mismo tiempo era indispensable temperar sus nervios, demostrándole que yo no me encontraba en su casa para confundirlo ni para delatarlo. Entonces, con mi tono más apaciguante y fino, le dije:

—Vine a proponer a su señora la compra de un chalet: ya lo vimos, y creo que está encantada. Yo soy Teresa Iturrigorriaga Iturrigorri.

—Mucho gusto de conocerla —dijo él, temblándole todavía la mano—. Yo conocí mucho a don Juan de Dios Iturrigorri, gran caballero, gran político, muy preparado.

Después añadió:

—Sí, sí. Hace mucho que deseábamos mudarnos a Providencia; a ésta no le prueba el temperamento de aquí.

Sonreímos. Él estaba ya recuperando su audacia, aunque yo lo miraba fijamente, dando a entender que debía someterse.

—Es un regalo —dije—. Ciento ochenta y tres mil.

La señora Cepeda lo llamó a su escritorio, excusándose de dejarme sola un instante. Después volvieron y noté que el marido había tomado alguna resolución.

—Ciento ochenta y dos mil—dijo

—No, no —saltó su esposa.

Yo di un corto paseo por la alfombra (estaba de pie) y, mirándolo frente a frente, recalcando la cifra, insistí:

—No puedo. La firma que represento es muy seria: ni un centavo menos de ciento ochenta y tres.

Como ella intentara otra vez una rebaja, él le dijo en tono de dignidad herida:

—No regatees, hija. Voy a echarle un vistazo, y queda terminado.

Salí de esa casa toda saturada de terminachos raros, como embelequia, barroco, sincronisante, síndrome, telefancia, retelúrica, en fin, ¡qué sé yo! ¡Y con qué gusto una habla con la cocinera cuando sale de la casa de una

filósofa! ¡Qué descanso! Almorcé rápidamente. No estaré segura hasta que no vea la platita. Todas esas oficinas de Bandera y Bolsa Negra son cuevas de Alí Babá. ¡Tres billetes de mil, treinta de cien, tres mil de uno! Al fin voy a poder comprar cosas nuevas, cosas lindas y suaves como lleva la señora Rubilar. Sin olor a pobre.

SACANDO LAS PRENDAS

Por fin, por fin, soy rica. Lo primero en mi programa consiste en sacar las prendas del empeño.

Habr  muchas personas para quienes el acto de empeñar rebaja y denigra; sin embargo, yo las har  reflexionar. Los objetos más hermosos y queridos, en una casita pequeña como la nuestra, se convierten, después de mucho palparlos y mirarlos, en simples objetos; nos fatigan; nos dan deseos de cambiarlos o de moverlos, como hacemos con nuestra cama. Cuando la pobreza nos obliga a empe arlos sufrimos un poco, aunque sin dejar de comprender la necesidad que esos objetos, como las personas, tienen de viajar.

Un mes, dos meses o tres permanecen alejados de nosotros, y luego...  qu  estremecimiento voluptuoso cuando vamos a rescatarlos o a esperarlos en la estación central del empeño! Llegan un poco molidos del viaje, impregnados de un olor a polvillo del camino de las cosas. Con el atado de papeletas, yo misma llegué a la "estación" del Nuevo Tigre, en la calle San Pablo, siempre atestada de viajeros y de deudos en calurosa despedida. Nos vuelven más gordos, más hermosos que cuando los dejamos. Las prendas que volvían de veranear eran:

Un espejo antiguo, de marco dorado; una guitarra; dos pares de sábanas; un tapado negro, usado; una docena de cuchillos de plaqué; una sobrecama en mal estado; cuatro tacitas de porcelana.

En el espejo, cruzado de antiguas vetas oscuras, se miró mi madre el día de su boda y poco antes de su muerte; mi padre se contempló la lengua y yo también miré mis rizos negros, mis ojos virginales y mis velos blancos de Primera Comunión; las tacitas, miradas al trasluz, tienen retratos de Napoleón y Josefina. Son de Sèvres. Soy rica. Ahora iré de un lado a otro, rodando, sin gastar zapatos ni transpirar. ¡Qué absurdo es el mundo! Los que van en auto son los que no tienen apuro. He comprado muchas cosas: una trampa para ratones, en primer lugar, porque la otra noche un ratón que se come las puertas me quedó mirando sin moverse. También compré una tela color llamarada y una bolsita; medias color vino; jabón, peineta. No tenía nada ya. ¡Y zapatos! Cuando me saqué los que llevo hace cuatro meses, me dieron ganas de llorar, pensando en los trotes que dimos juntos. ¡Adiós pobres chancletas! A las seis y media me puse en la puerta, esperando a la mujer de abajo para hacerle un regalito. Es la hora de su llegada, cuando viene acezando con sus tres pesos de las cajas de cartón. Su niñita está en casa: le han dado permiso, y esta mañana la vi jugando con el gato, muy abrazado a su cuello, porque el gato es la muñeca de las chiquillas pobres. En fin, yo tengo todavía de dónde sacar billes.... ¡en cambio para ellas todo ha terminado!

LO PRIMERO ES COMER

Una parte de la plata la dedicaremos a restaurar el organismo. Mi papá era de los que tenían el estómago de doble fondo y a veces le gusta recordarlo. Fui a la Vega a comprar un congrio grande como sirena; le miré bien las agallas, porque a veces se las pintan con anilina. Después fui a hacer el fuego: cuando una quiere prender la cocina, entonces comprende que todos los incendios son intencionales. Agarró el fuego después de un largo trabajo, y puse las ollas.

—Tenemos banquete —me dijo el papá, sobándose las manos—. ¿Por qué no invitas al tío Pedro?

—A ése no, de ninguna manera. Es "palo grueso".

El tío Pedro es hermano del tío Juan de Dios, muy rico y tacaño, de la parte materna. Yo no me atrevería, por nada del mundo, a invitarlo a almorzar desde que lo escuché discutir si las langostas de La Bahía eran mejores que las de Chez Henry.

—No, papá. Al tío Pedro no —volví a repetir—. En cambio, al tío Manuel, cuando quieras.

Dicho y hecho: mandé invitar a este último, que es un chileno, aunque se educó, según dice, en Inglaterra. El pobre es inútil y bueno como el papá. A las doce y media llegó. Lo único que le queda de Inglaterra son unos guantes viejos color patito y la manera de andar a lo gringo, que consiste en un balanceo de izquierda a derecha y un paso muy rápido, aunque no vaya a ninguna parte.

Me da pena considerar el derrumbe que ha ido sufriendo la familia. El habla del papá se ha vuelto estropajosa después del ataque; el ojo izquierdo le lagrimea y sus movimientos en general son torpes, al punto de que parece llevar imanes en los brazos y en los faldones del chaqué; bota mesas y floreros por donde pasa. El tío Manuel es de los que se complacen empleando expresiones nacionales, todo lo contrario de la señora Cepeda. Al verme de delantal me preguntó si les iba a servir la mesa. Parezco una ninfa mapochina de El Huaso Adán. Mi tío tiene mucha distinción natural, aunque se note su pobreza en la marchitez de su ropa y un aire tímido. Mirándolo, apenas se comprende cómo pudo malbaratar su fortuna. Estuvimos hablando del tío Juan de Dios, hermano de mi madre, cuya situación política es conocida. Yo le dije que nunca venía por casa, y la última vez que lo vi, hace cuatro años, el día de mi santo, me regaló dos pesos.

Mi papá y el tío Manuel estaban felices de encontrarse. Se entienden muy bien y manifiestan un apego conmovedor por el pasado. También largan chistes algo fósiles. Confieso mi incapacidad para comprender los chistes que desatan la carcajada salivosa y enfermiza del pobre papá. Tanto él como el tío Manuel son de la época en que Chile se creyó "la Inglaterra de Sudamérica". Mi abuelo, que era muy rico, quiso darles educación inglesa; los mandó a Cambridge, en Inglaterra, después de haberlos preparado en el Mac Kay, de Valparaíso. El resultado, según mi criterio, es que los convirtió en inútiles, por cuanto a su llegada a Chile habían dejado de ser chilenos, sin alcanzar a ser ingleses; ambos se habían acostumbrado a la vida de capitales europeas y se demostraron incapaces para la

administración del caudal y la mina que heredaron. El tío Manuel vendió su parte en la mina para comprar fundo y palacio en Santiago; después vendió el fundo y compró bonos hipotecarios del ocho. Nunca supo a qué atenerse. En cuanto a mi padre, puedo decir que casó algo viejo y medio arruinado; la mina estaba ya hipotecada hasta el máximo. Mi idea es que después de tomar algunas clases en Inglaterra se fueron a vivir en París. Más tarde, a su regreso en esta capital, fueron los hombres a la moda y los amigos terminaron por corromperlos. De esto hace buenos años. La mayoría de sus conocidos murieron. Lo cierto es que a mí no me seduce el tiempo pasado que él cree tan seductor.

Como notara en mis facciones que sus chistes no me producían alegría, dijo, tartamudeando:

—Eres de otra época.

Suspiró, desvió la vista y añadió, dirigiéndose al tío Manuel:

—Hace poco la llevé a la zarzuela, a La Verbena de la Paloma, y no le gustó. Con decirte que se puso a bostezar.

—Sí, es verdad, papá —le respondí—. No me agradan esas historias de chulos que viven en conventillos. La música sí es alegre.

—¿Y la ópera?

—Es muy arbitraria, pero no me desagrada.

—Si hubieras visto la sala del Teatro Municipal en esos años. El público tenía importancia entonces, y a las actrices podíamos verlas en la calle. Las conocíamos a ellas, y ellas nos conocían a nosotros también. ¡En cambio, ahora! ¡El cine!

Yo no respondí. El papá agregó, después de un rato:

—Nunca pude tragar a ese repulsivo Chevalier. ¡Triste cosa es sobrevivirnos, cuando tuvimos una magnífica oportunidad de morir con gloria en La Placilla!

Se sentaron a la mesa, conversando efusivamente, y apareció el triunfal congrio en su azafate, esparciendo un olorcillo capaz de resucitar a Lázaro. Era dominguero y sencillo el almuerzo; el sol jugaba en la mesa, dando colores de oro al mantel relavado; sencillo y limpio todo, porque yo cociné, y a mí no se me cae el pelo en la sopa como a esos cocineros anémicos del centro. Después puse el azafate de criadillas en sus canapés tostados.

Cuando llegó el cordero, rodeado de porotitos y callampas, ya eso pareció un derroche. El tío Manuel se había aflojado la camisa y la corbata. Se escuchaban los pasos de la cocinera, que estaba toda asustada de ver visita; acostumbrada a la pobreza, no sabía qué hacer con la mantequilla.

Mi papá es un hombre que se desdobra y, quitándole lo enamorado, es el moralista más serio del mundo. Levantaba el tono recordando sus tiempos, como un político que infla la voz para pegársela a todos, y decía:

—¡Qué decadencia! Ahora llaman a las novias cabras. ¡Cabras! ¿ha visto indecencia igual? En mi época las

llamábamos prendas, y, antes de hablar con ellas, nos perfumábamos la boca y nos aprendíamos el Pentateuco.

—Hoy todo es chabacano —dijo el tío Manuel, vaciando una copa de vino, que es la leche de los viejos.

De este tema desvió la conversación a lo poco que valía la vida del mundo actual con sus inventos e impuestos.

—Yo creo —dijo mi padre— que ocurrirán cosas terribles y vendrá el fin del mundo. No sería raro que llegaran habitantes de otro planeta, cuando menos lo pensemos —hizo el tic—. Desembarcarán de un dirigible desconocido y se pasearán por todas partes, saltando como arañas sobre nosotros, comiéndonos vivos.

—En efecto —exclamó el tío Manuel, alarmado.

Habíamos terminado de comer; las botellas eran ya cuerpos sin alma. Después del café cayó el silencio pesado de la digestión. Les di puros y los vi chupando de manera desesperada, porque el único defecto de los puros de Valparaíso es que no echan humo. Cuando se fue el tío Manuel, abracé al papá y le ofrecí plata con muchas precauciones, para no humillarlo. Es muy difícil hacerlo aceptar, porque fue espléndido y creyó haber nacido para esparcirla. Cuando acepta algo de mí, asegura sinceramente que es para capitalizarla y dármela el día de mi boda. En todo caso, el mejor remedio de los médicos no le haría tan saludable efecto como esas inyecciones de congrio y de plata. Es otra ventaja de ser pobres: los ricos todo lo tienen y no se les puede hacer regalos. Lo abracé, no encontrando qué decirle, y me saltaron lágrimas al sentir sus manos frías

en mi frente; esas manos paternas me recordaron la niñez, cuando tuve el tifus y me tomaba la temperatura. Al mismo tiempo me pareció ver mi pieza de la calle Dieciocho, con mi camita de Muzard, adornada de rosas y angelitos, que una tarde se llevaron en una golondrina.

—¿Te pagaron la traducción?—me preguntó.

—Sí, y estoy haciendo otra para el Departamento del Platino.

Luego, notando un brillo de ilusiones en sus ojos, tuve miedo de que estuviera pensando en una de sus escapadas, y añadí:

—Cuídese mucho, papá. Acuérdesse de lo que dijo el médico.

En efecto, el médico recomendó que no se expusiera a las agitaciones, y a mí, aparte, me aseguró que otro ataque sería fatal. El papá se molestó al oír mi advertencia, aunque procuró disimular un gesto fatuo de desprecio a la medicina. Poco después se quedaba dormido y fui a mirarme en el espejo, donde aparece casi siempre otra Teresa, a la que converso y es mi mejor amiga: "¡Anda! —me dije— ¡Anda, Teresa, ya eres rica y te darás gusto!".

VOLÓ EL PAJARITO

La cocinera vino a decirme que el papá estaba muy agitado y se había levantado. Su enfermedad es de esas que dañan a los nervios motores y obligan a andar a paso de parada, como si los pasara en revista el general. Es penoso ver a mi padre, tan flaco y marcando el paso prusiano. Cuando se levanta, su estado se pone de relieve.

No es que se encuentre agitado, como cree la cocinera. Lo que hay es que se siente mejor y una oleada de recuerdos ha venido a removerlo en su parálisis, así como el viento salobre de alta mar irá a estremecer el casco de un buque varado.

La ventana está abierta; en la calle los chiquillos pillaron una langosta y la amarraron de un hilo; se escucha cantar un canario y el cielo brilla como papel plateado. "No sean crueles", grito a los niños que martirizan a la langosta, pero no me hacen caso. Es un día enervante, más embriagador que diez cocktails, mirando al cielo, recuerdo los cerros; quisiera ver un cerro donde subía cuando era guagua en las vacaciones. Cada vez que veo un cielo así, como el de hoy, hinchado de salud, recuerdo esos cerros de la niñez, olorosos a arbustos y donde un viento suave nos invita al ensueño. Es este cielo el que altera al papá. Lo comprendo. Ya se cree capaz, y no sabe cuánta gana de llorar me da verlo con esa camisa pasada de moda, esa corbata plastrón y su traje negro. Al verlo vestido así, después de tanto tiempo que estuvo en la cama, me trae recuerdos de viejos días domingos en que salíamos a comprar empanadas después de misa. El papá se ha sentado en una silla

baja y su boca se ha regodeado como siempre cuando dice sus chistes medio pavos. Lo curioso es que cuando va a hacer una diablura se acuerda de Inglaterra.

—Yo vi el entierro de la reina Victoria. ¡Qué gran país! Lo que hizo su fuerza fue el respeto a Dios, al rey... y el espíritu práctico.

Me dio miedo oírlo hablar así. Después se puso de pie. mirándome bastante nervioso, y añadió:

—Voy a calafatearme.

Se tomó las solapas del chaqué corte aguilucho que se hizo para el Centenario, pero en ese mismo instante sus piernas flaquearon, sus ojos se empañaron, un profundo desaliento se grabó en sus labios y volvió a caer en la silla. Yo hice como que no me daba cuenta y fui a la ventana; ni siquiera me sentí capaz de mirarlo frente a frente. Entonces, a mis espaldas, comprendí que él hacía otro esfuerzo para ponerse de pie, lo que consiguió al fin. Me puse el sombrero para salir, comprendiendo cuánto podía molestarle mi presencia, y me despedí, procurando no demostrar la pena que me embargaba.

—Pida un té a la Rubilinda, mientras yo salgo un rato. Vendré a comer —le dije, antes de abandonarlo.

Se despidió; sus ojos estaban semicerrados, y sus labios apretados demostraban el esfuerzo de sus músculos para no darse por vencido.

Estaba colocado en dirección a la ventana, y al fin, venciéndose, abrió bien los ojos y miró a la calle como el

gato mira la jaula del canario. Siempre lo recordaré en esa postura, porque fue la última vez que lo vi en posesión de su habla. En efecto, anduve un rato por las calles, preocupada de mis compras; estaba muy nerviosa, sin saber a punto fijo la causa. En una tienda de zapatos tardaron en atenderme y eché a correr a la casa, justamente cuando la vendedora se dirigía a mí. Eran las ocho menos cuarto. En el acto, apenas hube pasado la puerta, comprendí la cosa; me di cuenta de golpe. La Rubilinda lloraba. Con razón el espíritu me avisó que pasaba algo grave.

Me dirigí al cuarto del papá, sin preguntar una palabra, y vi que estaba vacío, terriblemente vacío, como la cuenca de un ojo que se ha perdido. El papá había volado. Perdimos el apetito para comer; no nos hablamos durante largo rato. La Rubilinda rezaba. El médico me había dicho que, en ciertos casos, la parálisis desarrolla una traidora excitación, capaz de equivocar a algunos enfermos, que la toman por mejoría. Encima de la mesa había un papel escrito. Decía: Voy a pasar unos días de campo; no te afanes. Estoy muy contento.

Poco a poco fue embargándome la resignación; recé dos avemarías y me dije: "¡Qué grandes son sus ansias de volver, de aferrarse a sus viejos amores o pasiones, cuando todo lo deja por ellos!". Yo lo perdono, y en el fondo lo comprendo; lo dejo hacer su gusto, así como los médicos dejan comer los platos indigestos a los enfermos desahuciados. ¿Para qué llorar o desesperarme?

Pasé dos días sin salir, fuera de mis compras habituales en la mañana. El papá no da signo de vida; así ocurrió en su penúltima escapada; nada dice, hasta que llega

extenuado, pensativo, ansiando rehacer una salud quimérica que ya no volverá nunca.

¿Qué hacer? No puedo guardarle luto como a un muerto. Me ha llegado el vestido color llamarada y deseo lucirlo; me peinaré donde Potin; a veces estas desgracias caseras traen sus compensaciones: espero dar un golpe memorable.

¿QUÉ ES LA ELEGANCIA?

El triunfo que esperaba conseguir mediante el vestido nuevo se ha ido en humo. Estoy segura, juzgando por las miradas de las amigas, que el famoso vestido está lejos de ser una maravilla. No puedo conseguir esa elegancia que ambicionaba, y esto proviene de que la verdadera elegancia consiste en ponerse cosas caras y nuevas. Para esto es indispensable tener tanto gusto y plata como la señora Rubilar, porque ella sí está siempre flamante, atrayendo la curiosidad, la admiración y el deseo de imitarla. Además, la flor de la elegancia requiere el cultivo constante de un buen jardinero, y mi vida ha sido dura para que pueda ocuparme de ello. La mujer del gran mundo debe ser, en primer lugar, una egoísta perfecta, y una indolente, superficial, para poder dedicar tantas horas al peluquero, tantas al manicuro, tantas al dentista, a la moda y al baño. Conozco mujeres que duermen envaselinadas y fajadas, como las momias. Antes de ir al baile son capaces de no comer un día entero.

En esa forma, la vida es una falsificación, ausente de momentos auténticos de verdadera originalidad. Y si se casan, esas esclavas de su aspecto físico, ¿qué dirán los maridos? Comienzan a fatigarme estos afanes y estas personas. La señora Rubilar está sacando a otra chiquilla, y noto en sus miradas que me guarda algo de rencor porque no la he visitado ni le di las gracias. La señora Cepeda, alardeando siempre de su Garañón y su Froi. Está demasiado feliz con su chalet nuevo para que se acuerde de mí.

EL COCKTAIL-PARTY

Me hago dirigir las cartas al Crillón, y ayer tuve la sorpresa de recibir un convite de las señoritas Cepeda. Son las niñas de moda, por su belleza y su plata. La tarjeta en que estaba escrito mi nombre me trajo una ráfaga de pensamientos contradictorios, entre los cuales dominó el asombro de ser invitada. En efecto: desde que le vendí el chalet de Providencia, la señora Cepeda dejó de saludarme, lo cual no sé a qué atribuir; sus hijas, igualmente, han cambiado de maneras respecto a mí; a veces me acerco a su grupo y noto, en la suspensión súbita de sus palabras, que era yo el objeto de su conversación. Ya sabemos que las señoritas Cepeda son nuevas en nuestro gran mundo; su padre entró violentamente en sociedad, gracias a la especulación, y ellas llevan impresas en sus caras las etapas de la escabrosa ascensión. Sus dientes agudos, sus barbillas afiladas, conservan rasgos de pasiones violentas y de luchas solapadas. La sociedad moderna no resiste contra la gente que tiene plata para comprarse la entrada: primeramente, los acepta en el Club de la Unión; después, en el Golf, y más tarde en los salones donde se juega bridge. El señor Cepeda sabe hacerse útil a la gente aristocrática: les presta plata o les da buenos datos para especular, porque él juega en la Bolsa con naipes marcados; la señora fundó su Gota de Leche y sabe arrimarse por el lado de la terrible seriedad nacional, asistiendo a conferencias soporíferas y halagando a los pilares sociales, cuyo trato da un brillo especial. Además, el señor Cepeda juega bridge admirablemente. Es el único juego en que no hace trampa, y a veces se deja ganar por educación. Ya sabemos lo susceptible que es su familia; es frágil como

el cristal; la menor alusión frente a ellas puede adquirir una frondosidad extraordinaria; tampoco se pueden gastar bromas, por cuanto la gente, en su primera etapa, no sabe conocer el buen humor o la crítica impersonal: en toda expansión verbal cree adivinar imágenes alusivas o burlas directas.

La familia Cepeda es muy sentida: una sonrisa o una palabra que puedan prestarse a esta clase de dudas, provoca en su espíritu dramas profundos y reclaman venganzas terribles. El temor a sentirse menospreciadas es atávico y proviene del largo período de decadencia, donde incubaron el rencor. Ellas creen que yo experimento el orgullo de tener parientes oligarcas de buena cepa; creen que porque soy Iturrigorriaga debo despreciarlas y experimentar respecto a ellas la fuerza de mi grado social superior, como ellas experimentarían por mí, si ellas fueran Iturrigorriaga y yo fuera ellas, todo lo cual es falso, a menos que, sin quererlo, tenga yo arrestos de una oligarquía agonizante en mí.

El caso es que me invitaron, y, en el momento de leer su tarjeta, pensé en todo, menos en que pudiera haberlas herido en su vanidad de iniciadas. ¡Tontas! Ignoran que soy sol poniente y que su ayuda me haría elevarme de nuevo. ¿Por qué iría a provocarlas?

Me preparé para asistir, sin presentimientos, al malhadado cocktail, y me compré traje nuevo, que me costó sangre, en la Casa Venecia.

Las fiestas de la familia Cepeda comienzan a ser famosas en Santiago: se toma champagne todavía. Dan comidas rosadas y bailes de disfraces. La plata del

padre da para todo. El chalet ha sido agrandado y enjoyado.

Soy tan ingenua, que me prometí pasarlo en forma divina. La mayor parte de la tarde estuve ensayando posiciones y caritas ante el espejo; me hice una boca larga, porque ahora se está usando boca grande, parecida a la de los payasos; algunas se dibujan el corazón invertido, con el labio de arriba para abajo. Aun tuve la audacia de cambiar de peinado, haciéndome uno que admiré en las hijas del Ministro de China. Es un peinado sensacional, que se traen de la remota madre asiática; da al pelo una consistencia de caucho, y los tirabuzones, en forma arqueada hacia arriba, semejan garras de dragones o techos de pagodas. En fin: me puse rimmel y colorete hasta decir que m'eché con l'olla.

Estaba feliz de ir a un cocktail. A las siete partí, despidiéndome de la Rubilinda, que estuvo un rato conversándome de los ratones. Le habían comido el jabón Gringo.

Mientras hablaba con ella, no dejé de mirarme en el espejo, segura de que encontraría a Gastón en el cocktail. Por fin, después de afianzar bien el peinado con un sombrerito diminuto, parecido a tapa de polvera, ladeado en la cabeza, salí a la calle. Me hice conducir en auto a Providencia. Llegué un poco tarde.

En el recibimiento, los mozos me pidieron el abrigo, pero yo no tenía chal ni tapado que dejar. Me miré en otro espejo, y vi al fondo a las mujeres de preciosos vestidos, y a los hombres de trajes negros, bajo las luces. Al lado izquierdo, en una penumbra agradable, se veía el buffet.

Me toqué a ambos lados con las manos sobre las sienes, para tantear el peinado, y penetré en el campo de batalla. El jazz tocaba a la carga, detrás de unas flores. Lo primero que vi fue a la magnífica señora Cepeda, con su peinado alto y el aparatoso vestido perlado, de Patou; era como la generala de ese campo de batalla; en aproximándome a ella percibí una onda de perfumes exquisitos y violentos. La saludé, inclinándome, sin dejar de fijarme en su mirada dura e inquisitiva. No supe qué pensar. No puede creerse engañada por la venta del chalet, puesto que se lo di barato. Por lo demás, vi que todo en esa casa había sido transformado a gran costo. Sudaba plata por todos los poros.

¡Siempre la plata, la plata, dueña de todo!

La señora Cepeda tomó asiento; carece de gracia mundana, pero la suple con sus lecturas de libros raros; rodeada de escritores jóvenes y de políticos, en su sofá verde parecía una tigresa real en la selva. ¡Qué pronto se asimilan el gesto dominador cuando están doradas en libras esterlinas! Me sentí cohibida y empequeñecida. Esto me pasa siempre en las fiestas grandes. ¿Qué represento yo? Cada una que me saluda o habla conmigo me empequeñece, me quita algo de mi espíritu, y al fin me siento debilitada. Es que las ilusiones que nos forjamos sobre nosotros quedan muy por debajo de la realidad.

Cuando me acerqué a las señoritas Cepeda, las vi rodeadas de amigos y amigas. Estaban admirables y crueles. Al saludarlas, noté en sus expresiones un relámpago de inteligencia irónica que me onduló por la espalda. Fue algo así como una advertencia física; el

caso es que, después, permanecí un rato frente a ellas, y nadie, ni ellas, ni yo, ni Pipo, que es el novio de la mayor, atinamos a decir palabra. De pronto advertí al otro lado los ojos colaboradores de la señora Rubilar, y fui hacia ella. Entonces sí que volvió el aplomo a mi cuerpo, que ya empezaba a volverse líquido. Me elogió el traje y el peinado.

—Una linda bayadera —me dijo.

Yo le devolví el piropo, según es costumbre; sin embargo, nadie mentiría al decirle que tiene una frescura de lirio. Ella misma me llevó hacia mi diplomático Gastón y me dejó con él. Nada en el mundo podría agradecerle más que esto.

A pesar de su polar cortesía, el diplomático me turba; desearía arrancarle de cuajo el secreto de su reticencia, de su aislamiento. ¿Qué misterio hay en este hombre? Su corrección parece aprendida en la infancia y conservada a guisa de escudo. Aunque sonría con la mejor amabilidad, se le siente distante, o bien se le siente hacia adentro de sí mismo.

Al fin, la sensación que me produce es de tortura; si estuviera sola con él en un campo, le estrujaría las manos y le arrancaría su secreto; pero ahí, en un cocktail, no obstante todas las picardías y venenos modernos, permanecemos esclavos de nuestra educación y de nuestra dignidad de aldeanos disfrazados de vividores modernos. No somos otra cosa que huasos vestidos en las Galerías Lafayette, empaquetados y graves como tolomiros pascuenses.

Sería capaz de quererlo, y me agrada porque habla bien. Precisamente, a él le gusta todo lo contrario, y anota nuestras expresiones más vulgares. Si estuviéramos en el campo, con todas las velas sueltas, le diría que no es un cabro ligador, que su frialdad conmigo le llegará al mate y que amarlo será como pellizcar vidrio. ¡Pero estamos en un salón social!

Me creí muy interesante mientras conversaba con él de majaderías, porque en ese momento no pasaba inadvertida: mi vestido es de esos que muchas manos palparon en la Casa Venecia. Me creí muy interesante mientras estuve frente a mi diplomático; me creí triunfadora durante veinte minutos, y ahora, cuando recuerdo lo que pasó después, me pongo colorada, aunque esté sola y en la cama. Es un bochorno que aun ahora me altera la mano al recordarlo.

De vez en cuando, la vida nos da chicotazos para recordarnos que habitamos en la larga y angosta faja de envidia, que se llama Chile. Gastón se despidió amablemente, juntando los talones a la moda militar, y en el acto, como si brotara por escotillón, Pipo vino a sentarse a mi lado. No era el Pipo de siempre: sus ojos rojizos, hinchados, lo mismo que su tez pajiza, revelaban al hombre que comienza a beber y a trasnochar por costumbre; al mismo tiempo, vagaba en sus rasgos algo de venenoso. Se inició con frases desgarradas, muy lejos de la urbanidad del caballero que acababa de dejarme; en su acento noté que ocultaba una idea, una frase, alguna cosa premeditada. Debí salir en el acto, pero nadie es adivina, y quedé atontada, igual que el pajarillo fascinado por la culebra. Podría enumerar, sin una falla, a la gente que veía en ese instante; desde luego, los jóvenes de moda. El gordito E., que se ha

hecho una manera propia de gracejo, hablando a lo huaso y fingiéndose medio ingenuo. Con esta manera puede atreverse a las mayores audacias; dirá atrocidades de doble sentido y lo encontrarán cada día más gracioso. Otros de su círculo coleccionan gracias de almanaque y de zarzuela, las que largan con la seguridad de que ninguna oyente leyó nada. El éxito de algunos graciosos, como de algunos escritores de la alta sociedad, proviene de que se dirigen a un público de una ignorancia virginal, que no ha leído nada. Al fondo vi a la señora Rubilar, al parecer indiferente a todo, dejándose admirar su maravilloso vestido de Chanel y sus grandes ojos de retrato.

Las niñas Cepeda cambiaron una mirada rápida y decidora con Pipo, que se movió algo en su silla; luego, me miraron a mí con esos ojos provistos de garras. Noté en el ambiente ese sadismo solapado del alfilerazo. El instinto me avisó de un peligro. Pero no sabía qué, no podía adivinar qué clase de peligro me acechaba; había en la actitud de la gente un misterio inaccesible a mi inteligencia. De pronto, Pipo me llamó a un rincón apartado de la concurrencia. Nos sentamos y me dijo:

—Teresita, tengo algo que decirle. Me tocó en suerte, en rifa, decirle algo.

—¿Decirme algo? —pregunté, como si me hubiera mordido una araña. (Me decía "Teresita" sólo cuando quería hacerme daño).

—Sí. Echamos en suerte a ver quién le daría a usted un consejo de amigo, y me tocó a mí.

—¿Un consejo a mí? —volví a preguntar.

Al oír esto, y por el modo de decírmelo, la sangre me afluyó a la cara y mis pies se crisparon dentro de los zapatos nuevos. En repetidas ocasiones había notado que Pipo cuchicheaba de manera maligna cuando mi cuerpo se deslizaba cerca del suyo; la tensión de mis nervios era extrema. Mis ojos se nublaron ante la expectativa, pues estaba segura de oír algo malo, muy malo. Quedé silenciosa, esperando. Esto ocurrió en menos tiempo en que tardo en escribirlo.

—Usted me excusará —volvió a repetir Pipo, jugando con la servilleta de papel.

Aun cuando su boca, al hablar, permenecía casi junta, sus palabras me mordieron como si fueran colmillos que se clavarán en mi carne. Intenté retirarme, pero él me tomó por la manga, diciéndome:

—Siéntese.

Una onda de miedo recorrió mi cuerpo, porque su cara se puso tan repulsiva y fría como la del muchacho que ha cogido una mosca para sacarle las alas. Un deseo antiguo de destrucción no puede ocultarse cuando vuelve a habitar el espíritu. El caso es que no pude salir.

—¿Qué es lo que pasa? -pregunté, mirando a todos lados.

—He dado mi palabra de que se lo diré —replicó.

Estaba pillada sin remedio, y era forzoso escuchar lo que iba a decir. Miré otra vez alrededor y vi a la señora Rubilar, calmosa, magnífica en su colorido inalterable de

mármol trigueño. El diplomático, siempre frío, parecía ajeno a todo, en su rincón. Yo los miraba, buscando en ellos la única ayuda posible.

—Bueno, termine de una vez.

—Así me gusta —dijo él—. Usted es valiente. Voy a decírselo.

En su voz y ademanes había algo del médico, preparado para hacer una operación.

—Termine, por favor.

—Es que, bailando algunas veces..., no se trata de un defecto grave, sino de algo subsanable...Es decir, hay personas que traquetean, se agitan, transpiran, y luego, sin darse cuenta, despiden un olorillo...que, en sociedad... pueden prestarse a interpretaciones nada halagadoras... Es este defecto el que...

Yo no oía nada ya; estaba vacía, sin sentir. Mis ojos quedaron sólidos, fijos en él, convertidos en vidrio. Sus últimas palabras me arrancaron al única ala que me quedaba.

—Y contra esto —dijo— el remedio está en la mano, Teresita. A nadie le hace falta un poco de agua para lavarse. Agua y polvos de talco. Hay desodorantes.

Quedé destruida, consciente apenas de mi cuerpo y mis movimientos por una onda de vida, aparte de la voluntad. El asunto era tan inesperado como denigrante, y probaba un refinamiento de maldad. No se puede ultrajar a una niña, que recién empieza, de una manera

más cobarde; porque otros ultrajes se persiguen y se pagan. Éste permanece en categoría de burla y queda fuera de las leyes.

Eso era: me daban fama de cochina, y, no contentos con eso, me lo refregaban en la cara. Ninguna reflexión se me ocurrió en el instante inmediato de oír esas crueldades. Tuve el sentimiento de que volaba en pedazos, quedándome solamente una conciencia inflamada, en la agonía. Mi cuerpo ofendido tuvo una reacción lenta; la sangre quiso defenderme, agolpándose en mis órganos vitales, y también me puse a transpirar. La sola idea que me ocurrió fue salir de allí; ni un momento pensé en excusarme ni defenderme. ¿Para qué? El escándalo hubiera sido mayor. Perdí la noción del terreno, y comencé a salir. Solamente ellas, las Cepeda y sus íntimas, me miraban con hartura de fieras, demostrando que la burla fue fraguada por ellas. El resto del público era indiferente. Para él, todo estaba igual.

Salí sin saber dónde ponía los pies, y así llegué a la calle por fin. La señora Rubilar me esperaba en la puerta; se había dado cuenta de que algo inusitado me ocurría.

—¿Qué le pasa? —me preguntó—. La he visto salir de pronto, demudada, nerviosa. ¿Se siente mal?

—Sí, me siento mal —dije, inerte, pálida, vaciada.

—¿Qué ha sido?

—Mañana sabrá; todos sabrán.

—No haga caso de eso, nena —me dijo la señora Rubilar, pasándome su pañuelo por los ojos y las mejillas, como la Verónica. En su mirada pura se leía la aceptación serena de los males del pobre mundo, pero en ese instante no supe apreciar tanta bondad y, dejándola suspensa y triste, eché a andar, sin siquiera decirle adiós.

Eché a andar, atropellando a las gentes; pasaba las calles sin miedo a los autos, pensando en la escena tan estúpida y cruel. Conozco a Santiago, y sé que una mala fama no se borra jamás. Yo estaba marcada con el estigma de sucia. Lo divulgarían para deshacerse de mí, pues sé que si algo disgusta a la gente, es eso.

Me hirieron en mi vanidad, me hirieron muy hondo, y es posible que hasta el lector de estas líneas conozca mi caso, porque en Santiago las noticias que deprimen a alguien corren como aceite.

En cincuenta años más, las hijas de las señoritas de hoy contarán mi caso a sus hijas, recomendándoles que sean limpias y usen jabón. En todo caso, yo he quedado excluida de ese mundo, igual a esas niñas que, por un motivo vergonzoso, son expulsadas de los colegios y quedan marcadas con un estigma. Me han expulsado de su mundo, precisamente en la tarde en que me creí seductora. Estaba expulsada de mi esfera social; esto se había ido operando poco a poco; yo me había ido ensiuticando, porque primero se pierde el dinero, después el confort y, sin sentirse, vamos rodando a las condiciones insalubres, hasta oler mal, lo cual es la muerte para una mujer.

Un joven moderno, fumador y bebedor, no huele a rosas... Pero el hombre se lo permite todo; oler mal es uno de los derechos del hombre...

Al salir a la calle comprendí que mi vida de todos los días quedaba terminada, y era preciso comenzar otra. Sin embargo, las cosas, la gente, todo seguía igual.

Caminando entre el público indiferente de la noche, me veía lo mismo que si me desdoblara; me veía en el incidente, frente a Pipo, y, también, cuando me puse de pie para salir, caminando torpemente, entre los pilares y mesitas del salón, haciendo mi tic de familia, mi tic de Iturrigorriaga, mordíendome el labio de abajo y abriendo la boca, como pescado. Iba ultrajada, sin saber llevar el paso bajo los ojos de la gente. Me equivocaba de puerta, los pasos me parecían mil.

Así fui pensando, por la calle, cruzando de una vereda a otra, sin miedo a los autos, rehaciendo la crueldad de la escena. Así llegué a la Alameda y a la calle Libertad, por donde tomé derecho hasta mi casa; entré en mi cuarto y me tiré en la cama, vestida, igual a una coneja perseguida que llega a su cueva. Pero me puse de pie de un salto, porque tuve miedo de la soledad, del reposo, donde las ideas se aconcharían y mi desgracia comenzaría a crecer. Mi desaseo, una cosa al parecer tan sencilla y fácil de remediar, era la causa de mi drama. El desaseo. Parece que no fuera nada, y lo era todo en ese instante.

La nerviosidad de esos días, mi afán de buscar plata para alimentarnos, era la causa del descuido de mi persona. Al pensar así, levanté los brazos y aspiré el vaho caliente y triste de mi pobre cuerpo, presa de

violencia y fiebre. Era ahí, en esa parte de mi organismo—en las axilas—, donde se condensaba el ambiente delator de mis descuidos de higiene. Mis brazos levantados despidieron el calor penetrante de la maquinaria humana, del seno cansado y aporreado donde el pobre corazón se defiende; era parecido al vaho de las fabricanas del pueblo, que una encuentra en apreturas, en desfiles, en tranvías, en teatros baratos.

Llegó la cocinera a preguntarme si quería comer.

-Nada. Déjeme sola -le dije, atropellando la dignidad casera.

Quería no pensar, pero era inútil. Dejé deslizarse mi alma a un barranco. De pronto fui a la calle, sin sombrero; me detuve en la puerta y contemplé las estrellas. La noche era bonita; los chiquillos jugaban, gritando, en la calle; a lo lejos se escuchaba un tamboreo sordo y persistente, de cueca.

Yo era otra ya, enteramente otra; la vida iba a comenzar en distinta forma. Lo que no pudieron hacer los consejos de familia lo hizo el vaho natural de mi cuerpo, que me arrancó de la vida habitual.

Vi llegar a la vecina cartonera, pasiva y sumisa, igual a un caballo de carretón; venía de la fábrica, donde fue a entregar por tres pesos el fruto de su trabajo; venía encorvada. La saludé, y ella quedó suspensa por mi manera efusiva de abrazarla. Debió creerse borracha. La besé, entré tras ella en su cuarto, familiarmente, y me senté en su propia cama, debajo de la imagen de la Virgen.

-¡Soy muy desgraciada! -exclamé.

La pobre obrera no se asombró, porque la vida de los santos, el purgatorio y el cielo la envuelven en una atmósfera sobrenatural. No comprendía gran cosa en mi actitud; me miraba esperando nuevas excentricidades.

-Ahora seremos muy amigas. ¿No es cierto?

Le tomé las manos; acaricié sus sucios dedos, picados por la viruela de la costura, llevándolos a mis labios. Me miró como se mira a la persona que súbitamente se ha vuelto loca.

-No voy a entretenerla mucho..., usted tiene que trabajar -le dije. Me despedí

Hecho esto, volví a la casa y pedí a gritos el sombrero negro. Cuando a una le va mal se desquita cobardemente con los seres modestos, incapaces de hacernos daño. Así hice con la cocinera: luego de llamarla de malos modos le dije que fuera a acostarse y no se preocupara de mí. Me puse el sombrero y salí a la Alameda. Después de vagar sin rumbo por unas cuantas calles, el instinto animal que me dominaba me hizo recordar la casa donde nací y, sin saber cómo, de repente, me encontré en la calle Dieciocho frente a la verja y el jardín, tan conocido, de mi infancia; al fondo se divisaba la casa habitada por otros. Estaban comiendo. El jardín había cambiado, pero mi ventana, la enredadera, el banco de piedra eran los mismos.

El perfume del jardín y de la casa me era conocido y agradable: una mezcla de pinos, de flores, de madera

pintada y de hierba seca llegó a mis sentidos. Ahí estaba la enredadera de rosas que yo planté una mañana; hacía cinco años de eso. Ya cubría la muralla. En el quiosco jugué muchas veces con las amigas, unas hijas de general. Jugábamos a las visitas, metiéndonos bajo los asientos como conejos en sus agujeros. Las cortinas permanecían corridas, pero la amplia ventana del comedor, abierta en esa noche cálida, permitía ver la silueta de las personas que en ese momento engullían sin demostrar otra cosa que la más plácida bonanza. ¡Qué desgraciada soy! Sola, sin padre ni madre, vagando a la ventura, en tanto la gente, los pobres y los ricos, terminaban de comer en agradable sobremesa. Tuve deseos de ir al otro lado de Santiago, donde vive Gastón. Al pensarlo sentí un gusto amargo en la boca. ¿Y para qué? Anduve vagando por otras calles, mirando más el cielo que la tierra. La noche era estrellada, sin nubes; estrellas, estrellas, estrellas, y más lejos, polvareda de astros. Esta contemplación me reconfortó. Las ideas más extrañas, que no recordaba haber tenido jamás, comenzaron a afluir a mi cabeza cansada; en la plaza donde está la estatua de Ercilla, miré la bóveda estrellada, inclinando violentamente la cabeza hacia atrás, hasta sentir vértigo, y pensé: "Si todo fuera ilusión, si no hubiera nada, nada, nada". Pero una duda me asaltaba, diciéndome: "Siempre habría algo, porque hasta la nada es algo". Y eso no tiene fin, por cuanto detrás de las estrellas hay otra cosa, y más allá otra, y otra, hasta no acabar jamás. ¿Para qué sufrir si no sabemos el objeto de tanto trabajo y miseria? ¡Si me suicidara! El suicidio es el fin y sirve para dignificarse y explicarse. ¿Si fuera al canal San Carlos, donde se zambullen las penas santiaguinas y me arrojara a esas aguas barrosas?

Al día siguiente todo Santiago hablaría de mí y nadie podría pensar en un accidente, por cuanto dejaría una carta a la Rubilinda, advirtiéndole que ocultara la noticia al papá. La gente comentaría el caso de mil maneras, y ya no me verían más, nunca más; el centro no vería pasar ya más este cuerpo anhelante y afiebrado. Cuando el jazz del Lido electriza a las parejas yo estaría hinchada y verdosa en las aguas del canal. Al día siguiente, un arriero descubriría mi cuerpo; llegarían los carabineros: "Una mujer joven y al parecer decente". Después sabrían mi nombre y los diarios publicarían mi retrato, el retrato de Sivar, y debajo las frases hipócritas y falsas de siempre: "Nuestra sociedad está de duelo con el fallecimiento de la señorita Teresa Iturrigorriaga, ocurrido ayer. La nobleza de su corazón, su extremada juventud y las bellas prendas de carácter que la adornaban hacen doblemente cruel esta muerte. Los funerales se efectuarán hoy". El coche fúnebre saldría balanceándose, como he visto tantos, por la calle Romero. La cartonera, la Rubilinda, quedarían llorando, y detrás iría, en el coche negro, el tío Manuel solo, mordiéndose el labio con el tic de la familia. Los hombres, al pasar mi ataúd, se sacarían el sombrero. ¡Último paseo por Santiago, pasando por la Avenida de la Paz!

Al saber mi muerte las chiquillas Cepeda sentirían remordimiento. Toda la gente sentiría compasión por mí, al saber que alimentaba a un padre y a una sirvienta en el rancho de la calle Romero abajo. No teníamos baño por falta de plata.

Animada por este pensamiento, no dejé de vagar de un lado a otro durante la noche. Estaba segura de que nadie me haría daño al ver mi cara llena de algo así

como la muerte. Los ruidos de la noche, que a veces escuchamos en la cama, tenían un valor centuplicado: crujidos de trenes, saliendo semidormidos; pitos que se responden en las encrucijadas; campanillas fúnebres; voces apagadas; platos que rompen los fantasmas en las casas solitarias, y un ronquido uniforme, igual, como el trabajo de un herrero distante. Automóviles pasaban de vez en cuando con gente cantando adentro, y balanceándose, más llenos de alcohol que de bencina.

Así anduve de un lado a otro de la ciudad. De pronto regaron las calles unos murciélagos municipales; el cielo rompió en claridad rojiza que se fue haciendo dorada hacia la cordillera; los focos eléctricos murieron suavemente, parpadeando sin dolor, y la calle quedó envuelta en leche de cielo. Un murmullo material se escuchó en la ciudad; se abrió una puerta; silenciosa beata vestida de negro se deslizó a comulgar. La campana vibró; del cielo bajaba una luz, pálida primero, dorada luego, y de fuego al fin, semejando un beso largo y ardiente de la atmósfera a la tierra. Era el beso de la aurora que cada día estremece al mundo y lo levanta. Pasó un tranvía haciendo retemblar los adoquines. ¡Otro día! ¡Otra vez levantado el telón sobre el escenario de la grotesca farsa! ¡La vida! ¡Otro día! Y yo, afiebrada, sin dormir ni alimentarme, vagando herida como un zorzal. Miré a todos lados y vi que estaba desembocando en el barrio de la Estación Mapocho. Las cimas dentelladas de los Andes se divisaban en una pureza indescriptible; todo el barrio vibraba de vigor; mozos y mozas fuertes de la Vega llevaban hortalizas en las cabezas torunas; cocineras matutinas comenzaban a regatear y a sisar, murmurando de sus patronas; carretelas de mano, voceros, cachureros; hampa de alborada sacudía al barrio. Tanta actividad fue mi poderoso tónico,

llenándome de ese dulce engaño que se llama esperanza; tuve deseos de campo, de mercados, de meriendas, y mis heridas cicatrizaban haciéndome amar otra vez el misterio de vivir.

Entonces el paisaje se resumió para mí en un nombre: la señora Rubilar. Ella era la única persona de sociedad ante quien no me avergonzaría de presentarme con mi fama de sucia. Podría llegar a su casa, aunque ignoraba el nombre y el número. Era doblando la Escuela de Medicina. Ella estaría allí; ella me consolaría. A esa hora estaría levantada, vigilando a sus lindas discípulas. Estaría en el baño. Desde esa aventura, el baño crecía con un significado más personal y mortificante. ¿No me había dicho Pipo que yo debía bañarme, que a él lo habían comisionado para que me lo dijera? El baño, ¡caramba! Eso cuesta caro, porque una tina sin califón sirve solamente para lavar ropa. El baño completo, con gas, vale miles de pesos. Tenía hambre, y esta hambre me hizo penetrar en una cafetería, cosa que antes no hubiera hecho jamás, por respeto personal; pero en ese instante vencí los lejanos y vanidosos atavismos oligarcas de mi sangre y penetré en el antro nocturno, ya vacío a esa hora. Se respiraba un vaho de pobreza y tabaco; dos mujeres dormían vestidas. Pedí chocolate y huevos. Una vez reconfortada, tomé en derechura la calle Independencia y llegué frente a la quinta de la señora Rubilar. Un buen olor de campo se extendía por el aire; el sol no quemaba todavía; a través de la reja vi el pastito como un terciopelo perlado de rocío. La quinta despertaba apenas; no me atreví a entrar. Me quedé esperando algún signo humano; me puse a mirar a las palomas y a los chercanes, esas ratitas del aire, que pasan rampando entre las enredaderas. Una hora me estaría así.

A eso de las ocho salió una empleada; le pregunté si acaso estaba el marido de la señora Rubilar, porque, en caso de estar, no hubiera entrado. Me dijo que él no, pero su señora sí estaba. El marido "andaba" en el campo.

-Urgentemente deseo hablar con ella -agregué.

¿Qué me daba el valor para hacer esa locura? No lo sé: fue algo automático. A veces una se vuelve loca, y es preciso aprovechar; soy muy joven, pero ya sé que todo lo grande proviene de las decisiones tomadas en estado de locura. Cuando la empleada me dijo que pasara, no sentí ningún deseo de escaparme. Fui al loco destino.

Y la señora Rubilar estaba de pie en la puerta de su dormitorio, vestida de pijama verde sujeto a la cintura. No era la misma que viera pocos días antes, de noche, es decir, estaba tal vez menos bonita, aunque sin perder ese algo irreal. de mujer de ópera.

Su color era más marcado, su cuello más firme. Por descuido me vi en un espejo que estaba tras ella y encontré en mi cara afiebrada un aspecto vulgar y de payaso. Un rayo de sol jugaba a los pies de la señora Rubilar; una risa ligeramente irónica vagó en sus labios finos.

-¡Teresa Iturrigorriaga! -exclamó con su voz llena de tolerancia y de ilusiones, dando a entender que me esperaba y que era feliz de verme.

Nunca oí pronunciar mi nombre de manera tan redonda, tan firme y completa, que daba todo su magnífico valor

tradicional a un apellido. Al sentir retumbar de esa manera mi apellido me creí resguardada y confortable. Fue algo mágico, magnífico. Pronunció mi nombre demostrando esa complicidad gustosa con que se tratan gentes de la misma clase, cuando algo fatal les ha separado por una u otra causa. Para ella era yo una Iturrigorriaga ante todo, aunque llegara medio deshecha. Pensé en algún misterio de su carácter, en algo oculto de su vida que llevara prendido en el alma así como el imperceptible pliegue de preocupaciones en su frente. Por eso mi padre me prohibiría hablar con ella. Pero no quise pensar en mi padre. Me daba mucha pena y temor. Borré ese pensamiento.

Le pedí perdón por haberla molestado; le conté la burla de que fui objeto por parte de Pipo.

-¡Criatura! exclamó.

Por la ventana se veían el jardín, la calle, el cerro y los campos inmensos.

-Lo que me ocurrió es tan absurdo e imprevisto, que me ha desconcertado -le dije.

-¡Pobrecita! Eres demasiado joven y no estás acostumbrada a sufrir. Eso que te pasó no es nada -me tuteó sin querer.

-Sin embargo, es todo. No olvidarán nunca eso y quedaré con la fama -repliqué, mirando por la ventana al jardín.

-No diga eso. ¿Por qué no vino a verme antes? La esperaba -me dijo, visiblemente conmovida.

-¿Verdad?

El jardín era espléndido a esa hora, fresco, vibrante. Un picaflor permaneció estático frente a una campanilla; todo convidaba a mi vida nueva, fuera de mis angustias.

-¿Supo lo que me ocurrió? -pregunté, temblando de vergüenza.

-¡Tontita! Sí lo supe. Fue una de esas bromas estúpidas del tal Pipo.

Al decir esto su rostro era tan hermoso y tolerante, que me hizo recordar un grabado de Las Mil y Una Noches, donde se lee: "Camaralzaman se arrojó a los pies de la princesa Badoure".

-¿Fue una broma?-le pregunté.

-Sí, de las más comunes o estúpidas; usted la tomó en serio. Es muy susceptible.

-No. Soy como todo el mundo -dije, y me derrumbé llorando.

La señora Rubilar lloró un poquillo también; me tomó por la cintura y comenzó a besarme bajo los brazos, en las puras axilas, demostrando lo poco que las cosas de Pipo le importaban. Estaba entera en sus brazos; la besé conmovida de agradecimiento y vi sus ojos casi al blanco de la emoción, mojados y firmes al mismo tiempo.

-¡Criatura! ¡Criatura! Tan encantadora que eres, tan tierna; es la primera vez que has sufrido. La primera vez.

La puerta estaba cerrada. Golpearon en ella. Sólo entonces noté en los ojos de la señora Rubilar destellos de impaciencia cercanos al mal genio. Se levantó para dar una excusa con una voz de mayor volumen que hacía cambiar a sus ojos, volviéndolos duros como el acero. Según he notado, estas maneras las usa con sus empleadas. De pronto, cogiéndome la mano izquierda, como si fuera a decirme cosas que tuvo guardadas, me atrajo hacia ella.

Había recobrado su irreal dulzura.

-¡Teresa!-exclamó-. Usted ha venido aquí y me ha confiado sus penas. En adelante yo haré su vida, y no le pesará. Seremos muy amigas.

¿Quiere? Ahora va a quedarse todo el día en casa porque está muy excitada. Desde luego, va a darse un baño tibio que la calmará, y enseguida comerá algo. Después la dejaré bien obscurita para que duerma. ¿Qué le parece?

-Y la Rubilinda, la cocinera, ¿qué pensará? Está sola; mi padre partió -este pensamiento me lastimaba.

-Es verdad -dijo-. Vamos a mandar un aviso a su casa

Dicho y hecho: pasé a la sala de baño, que era algo romano, todo incrustado en el piso. Cerré bien y me introduje en el agua, donde permanecí hasta la grosería; las yemas de mis dedos estaban encarrujadas cuando salí de esa agua deliciosa y perfumada. No encontrando otra cosa, me puse una bata de ella y abrí la puerta. Mi

salvadora, muy nerviosa, me esperaba; nunca la vi en ese estado.

-Teruca -me dijo-. No sé qué idea. Tardó tanto. Estaba inquieta. Ya está su almuerquito. Su cara es otra; sus ojos se reposaron. Venga.

Ella misma me peinó un poco, ensayando diversas formas de peinado, y diciendo que yo tenía el tipo así y asá.

-Parece una princesa mora -me dijo, poniéndome de perfil y mirándome toda impregnada de seriedad.

-Lo mismo me dijo Gastón.

Rápidamente, como si estuviera lista para ello, preguntó:

-¿Le gusta Gastón?

-Es un hombre muy "evolucionado" -respondí, por decir, y me puse roja.

Se miró las uñas sonriendo, y declaró:

-Con los diplomáticos no se llega a nada concreto. Divagan..., luego se van.

Poco después varió de ideas:

-Va a comer aquí, solita, y después va a reposar bien reposada.

En ese instante entró una sirvienta vieja que me miró de arriba abajo, algo agresiva. (Acaso creyó que yo era una nueva pupila) . Colocó la bandeja en la mesa.

Había jamón, ensalada, un pollo asado entero y frutas. La bandeja era de plata o de plaqué muy fino, antiguo.

-Café no voy a darle, porque después va a dormir. Eso sí, se tomará media botella de vino. Eso le hará bien. Saldrá de aquí como nueva y déjese de pensar tonterías.

Me arrebujié en la bata y le dije:

-¿Y usted no come? Esto es para dos.

-No. Esto es para usted sola. Yo voy al comedor. Queda con toda confianza.

Salió. Nunca he comido mejor en mi vida. Así comen las estrellas del cine. Servilletas de encaje, mantel de hilo, copas verdes y platos Imperio. La habitación, de paredes pintadas, tenía lámparas de cristal y muebles llenos de cosas admirables. Me comí todo el pollo, y luego de hacerlo me dio vergüenza; me tomarían por hambrienta.

Después de almorzar llegó la señora Rubilar, siempre en pijama, acompañada de tres pupilas; dos eran las que vi la primera noche que estuve en su casa. Vestían muy bien; se inclinaron graciosamente para saludarme, como si estuvieran en la corte. Eran muy jovencitas, con tipo de muñecas.

Poniendo una cara que nunca le vi antes, la señora Rubilar se despidió de ellas diciendo:

-No dejen de ir a esa película; después vayan un rato al Zoo; el ejercicio de subir es muy saludable; mañana les haré la clase de maintien.

Se despidieron, haciendo igual reverencia las tres juntas, como coristas en el teatro.

-¡Qué encantadoras son! -exclamé.

La señora Rubilar bajó la voz:

-A veces me fastidian. Carecen de raza. Por ejemplo, usted, Teresa Iturrigorriaga, tiene la maquette, la materia prima. ¡Qué fácil será hacer de usted algo bueno! ¡En cambio ellas! ¿Se ha fijado en sus pescuezos, en sus tobillos? Es difícil hacer una dama de mundo cuando no hay esqueleto.

Bruscamente varió de cara y de tema. Cuando hablaba cosas de ciencia su cara era otra.

-Ahora va a reposar -dijo tomándome por el talle. Cada vez que me tomaba sus ojos se agrandaban y su voz se volvía íntima y humilde.

Sacando del armario una copa me hizo tomar cointreau; ella también.

-Tome, tome, no tenga miedo.

Yo estaba en un estado de dejadez, en una ausencia de voluntad, en un sopor agradable. De inclinar solamente la cabeza me hubiera dormido. Era como una excursión

submarina muy agradable. La señora Rubilar tenía visible apuro en verme durmiendo. Me quitó la bata.

-¡Ande! No le importe. Estamos solas.

Una onda eléctrica recorrió mi cuerpo desnudo, saliendo por los botones del pecho. Mi viejo escapulario tembló.

Me puso uno de sus pijamas del más suave contacto; echó en la cama gotas de azahar y la mulló de manera que yo entrara en ella. Me sumí en ese nidal soberano, almohadillado en sedas, plumas y lana, donde vagaba el perfume tranquilizador que me venció blandamente. La penumbra, la voz de ella, todo se fue desvaneciendo, hasta sentirme deslizar a un sueño de piedra. Sólo mucho más tarde debió ser cuando soñé que iba a caballo y que estaba nevando. Saltaba el caballo por un terreno desigual; yo iba montada "a lo hombre", y la silla me dolía haciéndome daño, un daño persistente y malicioso, como si fuera deseado; de pronto volaba con caballo y todo. Quedaba flotando en el azul, liviana y fluida como si me hubiera vuelto de gas, y multitud de grandes mariposas gruesas y palpables me traspasaban o se fundían en mis ojos, en mi boca gaseosa, en todo mi ser.

Cuando desperté, la habitación tenía una inconsistencia de vapor de agua; mis ojos pesaban. No supe dónde estaba, hasta un largo rato después, cuando vi a la señora Rubilar, enigmática y sonriente, sentada en la cama. Me miraba de una manera tan fraternal y segura, que me hizo nacer la idea de alguna broma hecha mientras yo dormía. Riendo le dije:

-¿He dicho algún disparate mientras dormía? Porque siempre hablo, y mi papá cuenta que, cuando tenía ocho años, le confesé medio soñando que había robado mermelada.

La señora Rubilar soltó a reír, llamándome criatura. Iba de un lado a otro, arreglándose el pelo, y noté que sus ojos habían perdido su sublimidad; en toda ella vagaba un sentimiento irónico y materialista de persona satisfecha que hizo la digestión de algunas ilusiones. De rato en rato me miraba en los ojos y volvía a reír, henchida de goce pasado, como si quisiera jugar o recordara alguna broma.

-¿No me haya escondido los zapatos? ¿Qué ha hecho?
-le pregunté.

No podía convencerme, al verle esa cara tan cómica, de que no me hubiera hecho alguna diablura. Sus ojos eran risueños, y sin embargo los sentía penetrar en partes de mis entrañas donde nada había penetrado antes.

-¡Criatura! -volvió a decirme, y encendió la luz, porque la noche había caído sobre el jardín. Se notaba que en la ciudad era de noche, por el rumor amortiguado de la calle. Mis miembros tardaban en despertar; me sentía feliz, pero estaba molida, más aún que antes de entrar a la cama.

Me preguntó:

-¿Se siente bien? ¿No le pesa haber venido?

-¡Qué ocurrencia! -exclamé.

La desgracia trae amistades. Yo estaba feliz de haber encontrado una amiga verdadera en medio de mis trabajos.

-No piense más en la estupidez de Pipo. Los hombres sí que debieran tener cuidado con sus bocas..., siempre tomando y fumando: a veces una no puede acercarse a ellos, ¡qué asco!

Temerosa de haber avivado mis recuerdos con esa frase imprudente, me llevó a mostrarme sus vestidos y me explicó lo que eran sus muebles: la cama exquisita donde reposé era Luis XV, decorada y forrada en cretonas antiguas. Me dio un vaso de agua y me dejó sola para que pudiera vestirme en toda confianza. Después se ofreció a prestarme libros y me llevó a la biblioteca, donde la primera noche de mi visita vi a su marido. Me prestó dos libros para niños, diciéndome que esa literatura infantil levanta el ánimo.

-¿Y su marido?-le pregunté por delicadeza.

-Está en el campo. Es trabajador. Usted sabe: el marido es una plataforma.

Dijo esto sin querer, en voz baja; luego me llevó a su pieza de costura, diciéndome que su casa era para vivir y no para la galería.

-Todo aquí es cómodo y vivido. Para gozar de Chile es preciso tener estas casas rodeadas de jardines y holgados patios. En cambio, los edificios modernos, divididos en departamentos, son conventillos de ricos; si usted ronca de noche lo saben enseguida. Yo no tengo

casa para lucirla en un remate; lo que compro es para gozarlo bien gozado.

Hablando así me mostraba armarios perfumados, atiborrados de ropas. Sacó un traje azul y lo envolvió ella misma, diciendo que me vendría como un guante. Me acompañó hasta la puerta y nos despedimos. Cuando llegué a casa encontré a la Rubilinda llorando. Todo lo hallé más pequeño y pobre.

-No haga más eso de salir sola de noche -me dijo-. Tantas cosas que pasan.

Me miraba a hurtadillas y no retenía el llanto.

La visita a la señora Rubilar me hizo bien; me ayudó a cambiar de ideas. El pensamiento del bochorno en el cocktail era demasiado torturante para que lo dejara asomarse y crecer en mi cabeza. Era inconcebible que una cosa así me hubiera pasado a mí. Acaso se trataba de una pesadilla. De todas maneras, no volvería más por esos lados. Poco a poco empecé a recobrar mi espíritu risueño; mis alas cortadas comenzaron a crecer. Aún habría mañanas triunfales y tardes claras en mi corazón.

LA CASA DE LA CALLE CAMILO

Esta mañana, desde las siete, esperaba una señora para hablar conmigo.

Creí que sería la señora Rubilar, quien ha venido otras veces con el pretexto de instalar un baño a gas, pero no era ella y quedé intrigada.

—¿Cómo es? —pregunté a la Rubilinda, que trajo el recado,

—Así —dijo, poniendo las manos a lo largo de sus caderas.

Fui a la puerta y vi a una dama gruesa y vulgar, no obstante estar vestida con el fondo del baúl. Su piel, sus carnes apelotonadas, de color subido, me recordaron la carne de frigidaire. La hice pasar y noté que estaba frente a una mujer muy nerviosa y que el acto que la trajo a mi casa constituía para ella una hazaña largo tiempo meditada.

Comenzó por hacer un discurso patético, entrecortado de suspiros como maullidos. Ese discurso penetró acerbamente en mis entrañas, por cuanto cada palabra revelaba la vida oculta del papá. Fue algo tan absurdo y angustioso como conmovedor. La existencia del autor de mis días iba quedando al desnudo, en forma inconcebible. Ella le decía "Pancho" a mi papá. No podía darse nada más teatral. Yo no sabía qué cara poner, pero ella estaba tan realmente conmovida que agaché la cabeza y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Además, esa escena me revelaba que el papá, o

"Pancho", alojaba en su casa y que sus males habían empeorado.

—Fue una tarde de otoño —continuó ella—. Yo era joven y tenía pololos por docenas. Pancho me agradó por su aspecto, su cara tan perfilada, su risa, que siempre fue inimitable, y su educación. Porque a educado nadie se la gana.

Para una hija, las revelaciones de esta clase son sorprendentes; por primera vez una piensa que el viejito también fue cabro ligador. Lo que más turbación producía en mi ánimo era el pensar que la risa de mi padre —que para mí fue siempre una manifestación de buen humor familiar en sus días felices— hubiera tenido para las mujeres un valor de simpatía amorosa. La evocación de su risa, traída por primera vez en tal forma, me recordaba que, al fin, era mi propia risa que yo heredé y que venía a ser una virtud de familia. Ella continuó:

—¡Ah señorita Teresa! Verlo y adorarlo fue todo uno. Nos comprendimos; él me saludó muy serio, refrenando esa risa, y me dijo: "No será cosa pasajera; será para siempre". Estábamos frente a la Casa Ortopédica Alemana y eran las cuatro de la tarde del 3 de octubre de 1920; un obrero gritaba: "¡Viva Arturo Alessandri Palma!". Lo recuerdo todo, hasta en sus menores detalles. Después, delante de la gente conocida que circulaba a esa hora, se fue conmigo; me llevó a la tienda de flores en la calle Ahumada, y me regaló un ramo de rosas blancas, tan lindas como no he vuelto a verlas nunca. Guardo el canastillo. Era tan respetuoso, tan correcto; nunca me vio en la calle sin quitarse el sombrero; siempre me daba la vereda. Cuando hacían

postre de membrillo en su casa me guardaba la mitad. He sufrido mucho con sus pérdidas, lo mismo que si fueran mías..., y también sufrí de no poder cuidarlo cuando le dio el paralis. Yo la conozco a usted, señorita Teresa; la quiero como cosa mía, la he seguido siempre en sus pasos; tengo sus retratos del Zig-Zag y del Mundo Social... Claro que mi posición ahora no me permitía darme a conocer, pero yo hubiera dado tanto por verla de cerca... Por eso..., por eso... ahora estoy aquí... Si su papá supiera que he venido... no me lo perdonaría...

Al decir esto sollozaba; se puso fea, roja, inflada; su cabellera se movió de sitio; sin embargo, su pena era tan de veras que me conmovió, y, sollozando junto con ella, presa de una duda punzante, pregunté:

—El papá..., ¿cómo está?

—¡Ay señorita Teresa!

—¡Qué! ¿Vive? ¿Cómo está? —exclamé, poniéndome de pie.

—Está vivo, pero algo mal. Perdió el habla.

—¿Otro ataque?

—No sé.

—¿Está en su casa?

—Sí, señorita Teresa —dijo ella, bajando la cabeza y llevándose el pañuelo a los ojos—. No crea que gasta

nada —añadió—. Yo corro con los gastos. Vivo en la calle Camilo, en casa propia.

—¿Ha visto médico?

—Un practicante, y también —en tono más bajo y avergonzada—, y también le llamé el confesor...

—¿Y qué?

—Estuvo fiel a las creencias de toda su vida, porque él cree en Dios, pero no en la confesión... usted sabe. Entonces le gritó al confesor: "¡He hecho de todo, menos asesinar y robar!". Después pidió al curita que se retirara, y él lo absorbió detrás de la puerta. Ha sido milagro, porque desde ese instante perdió el habla.

—¿Hay esperanzas?

—Sí, señorita. Es tan robusto.

—Vamos a su casa —le dije.

Me puse el sombrero y salimos. Eso de ir al lado de la amiga de mi padre era para mí otra sensación nueva. Por fin llegamos a la calle Camilo. La casa, de dos pisos, tenía un vestíbulo soberbio, todo de parquet, y retratos de Napoleón y Mussolini. Se veían asimismo oleografías de mujeres bañándose en lagos cristalinos entre un bosque. Por lo demás, era una casa silenciosa. La pobre mujer, siempre suspirando, me llevó a su cuarto. Vi la cama, enorme y mullida, donde una muñeca rubia reposaba sobre los almohadones. Me mostró retratos del papá, muy antiguos, con sombrero de pelo; después abrió un cofrecillo y extrajo recortes de diarios y

periódicos, referentes a nosotros y a los parientes. Esa mujer, sin revelarse hasta entonces, me había considerado como su hija. No podía dejar de agradecerle su interés. Después de mostrarme esas reliquias, tanto ella como yo recordamos al papá.

—¿Está muy mal?

—Va a verlo enseguida —me dijo.

Se puso de pie y me llevó por un pasadizo hasta otra pieza, que estaba en el extremo, al lado de un baño. Penetramos. Yo llevaba el alma en un hilo. Tenía miedo. Una pena salvaje, inmensa, se apoderó de mí al ver al pobre papá, sin habla ni movimientos; le habían hecho punciones y aplicado sinapismos. Vi un trapo manchado de sangre; la pieza era pequeña y arreglada; vagaba en ella un vaho de fiebre, de transpiraciones y de remedios

La señora lo abrazó, dejándose caer en la cama, con todo su peso, halagándolo y besándolo en forma inimaginable; yo le tomé la mano derecha y noté que los ojos del papá se revolvían como si hiciera un esfuerzo para conectarse con la lengua y hablar. De sus labios salió un ruido de quebrazón, como el cascanueces cuando rompe la corteza de la nuez. Comprendiendo que le dolía que yo hubiese descubierto su secreto, le aseguré que había osado ir para cuidarlo solamente y que pronto me marcharía a la casa. Esto pareció tranquilizarlo un poco. Lo mimé como a un niño, asegurándole que todo pasaría pronto, que el médico daba por segura su mejoría. ¿Me escuchaba solamente? No lo sé, pero lo cierto es que al primer movimiento de estupor sucedió en sus rasgos algo así como la paz o el cansancio. Se entregaba al destino, como el caballo que

cae en la calle, que patalea un rato y después queda inmóvil. Me quedé sola con él, en la penumbra, y permanecí a su lado, no sé cuánto tiempo, sentada en una silla, hasta que el sueño le venció. Se durmió por el lado derecho, vuelto hacia mí, con la cabeza inclinada en una mano.

No percibía ni un ruido, ni un paso, ni un cuchicheo siquiera. (En la calle Camilo no hay tranvías). ¡Qué casa tan extraña era ésa! Como a la una llegó la señora, que se llamaba Ismenia, en puntillas, y me dijo que el almuerzo para mí sola, estaba servido. Al mismo tiempo que me sacó de ese cuarto penumbroso me pedía disculpas anticipadas y puramente etiqueteras por la pobreza de su casa. En efecto, no tardé en darme cuenta de que allí todo era rumboso y extravagante; lejos de notar economías, en cada detalle advertía el lujo y despilfarro. El comedor, aunque pequeño, estaba ornado de hermosos muebles, y en la mesa, como en los aparadores, noté manteles bordados de lo más fino y coqueto, hasta la exageración. Las cortinas, de seda verde, aislaban a ese comedor, dándole al mismo tiempo una luz sedante y distinguida. Ella misma me sirvió, alegando que tenía por el instante a la mayordoma solamente. Desde la entrada hasta el café, esa comida revelaba una cocina dispendiosa y experta. La señora Ismenia me contemplaba por segundos, arrobada y lanzando suspiros de española. En una de sus entradas trajo un pañuelo de seda en su cajita. Me lo mostró en adoración, diciendo:

—Pancho me lo trajo para mi santo.

El hecho de ser tan querida por esta mujer, que fue la amiga de mi papá, no me dejaba indiferente. Notaba en

ella un tono rebuscado y respetuoso que no podía dejar de reconocer y agradecer. Me imaginaba la cantidad de veces que hablaría de mí con el papá, y los proyectos exagerados que harían sobre mi porvenir. Pensando en esto y con los ojos turbios de lágrimas, me levanté de mi asiento y permanecí abrazada a ella un buen rato.

El resto del día pasó sin grandes sorpresas, hasta eso de las seis de la tarde, hora en que vi llegar a dos muchachas excesivamente elegantes. Yo estaba en el comedor, leyendo un diario, en tanto el médico examinaba al papá, cuando ellas hicieron irrupción en el vestíbulo. Me saludaron con reverencias de princesas y se quedaron mirándome.

—Usted es la señorita Teresa Iturrigorriaga; la he visto en el Mundo Social —me dijo una de ellas.

Estaban asombradas y orgullosas, contentas de verme. Debo declarar que, a pesar de lo lindas y elegantes que eran, yo no recordaba haberlas visto ni en el Crillón ni en el Lido, ni en reuniones de sociedad. ¿Serían extranjeras? Mirando estaba sus lindos sombreros y vestidos, sus collares de grandes cuentas multicolores y sus aros venecianos, cuando llegó, casi corriendo, la señora Ismenia, las llamó aparte, se puso a cuchichear con ellas y las hizo retirarse. Después, muy formal, me dijo:

—Estas niñas son buenas, pero no son de su clase. Es mejor que no trate con ellas.

Como se ve, el misterio de la casa de la calle Camilo comenzaba a envolverme en una atmósfera de cuento

policial. Después de la advertencia, la señora Ismenia me hizo los honores de dueña de casa, diciendo:

—Le he reservado una pieza; es necesaria su permanencia aquí. Sin decírselo al papá, es bueno que esté cerca.

La pieza dedicada a mí tenía dos ventanas a la calle, herméticamente cerradas; una cama ancha, de bronce; un crucifijo, cuatro sillas, velador, armario de luna y alfombra colorada. Me sedujo la idea del cambio; mandé recado a la Rubilinda y resolví vivir allí todo el tiempo que la salud del papá lo requiriera.

—Aquí tiene la llave —me dijo la señora Ismenia—, para que se encierre bien y duerma tranquila. Tránquese por dentro, y si necesita algo, toque el timbre: yo vendré corriendo.

A las nueve me sirvieron una comida que parecía provenir de las sibaritas reconditeces del Embassy: crema de espárragos, pollito con callampas, asado y coliflor, postre, café, vinos. Yo adoro las callampas en mantequilla, al punto de soñar con ellas. Tenía apetito y, sin parar la atención, comí tan aprisa que me dio vergüenza. Dejé los platos limpios como si los lengüeteara.

Antes de acostarme, y algo mareada, fui a ver al papá. Estaba siempre en el mismo estado soporífero, cubierta la frente de un sudor viscoso, la boca semiabierta. Volví la cabeza para que no me viera llorar; me escondí tras de la puerta y no pude retener los sollozos. Cuando llegó la señora Ismenia a servirle de enfermera, me retiré a descansar. Cerré la puerta de mi cuarto, registré los

cajones del armario y velador, encontrando pedacitos de telas blancas y una goma para forrarse un dedo herido. Una vez hecho este registro, me acosté.

Durante las tres primeras horas dormí bien; desperté como a la una de la mañana, sintiendo tenaces ruidos sordos en la calle y en el piso bajo, interrumpidos por voces agudas, gritos y bocinas de autos. Esa casa estaba llena de actividades nocturnas; en la pieza del lado entraron dos personas, y alguien hizo "chist". Estuve aleteando como dos o tres horas, presa de un miedo febril, hasta que el sueño volvió a sosegar me. En la mañana, cuando desperté, el silencio era perfecto. Me vestí rápidamente y fui a ver al papá.

*

Cuarenta y ocho horas de vida llevo en esta casa estrambótica, sin que pueda penetrar su misterio. Durante las horas del día sus habitaciones permanecen herméticamente cerradas y silenciosas, con el pesado silencio del sueño. Me parece que he roto la costumbre de no almorzar; soy la única que almuerza. Las señoritas hablan conmigo a escondidas, como si cometieran un pecado, y solamente cuando la señora Ismenia sale. Me han prestado novelas muy hermosas; nunca leí libros así, porque, dicho sea de paso, en el Crillón la gente no lee nada, fuera de la señora Cepeda, con su Froi. Estas muchachas son extraordinariamente sentimentales; suspiran; leen; escriben versos; se depilan las cejas, ensimismadas, soñando con las heroínas de sus libros. Me han prestado El Sitio de la Rochela y Genoveva de Brabante. Nunca creí que se pudieran transmitir ideas tan lindas con los tipos de imprenta. Las niñas de esta casa, tan pulcras para hablar, tan respetuosas y tímidas

delante de mí, me intrigan de verdad. ¿Cómo es que, siendo tan educadas y bonitas, yo no las conocía? Se levantan tarde, eso sí, y tienen color lívido de Colombineas, superior a todo maquillaje. La señora Ismenia comienza a servir de enfermera solamente después de las cuatro. No he salido, ni pienso hacerlo; mandé pedir mi diario a la casa, junto con algo de ropa. Después de una aparente mejoría, el papá sigue decayendo. El día es delicioso; pero de noche esta casa se vuelve un castillo de ánimas y aparecidos; en sueños creo percibir una actividad sorda, como de un teatro o de un mar. Oigo ruido de ovaciones y gritos de guaguas enfermas.

Anoche, como sintiera constante ruido en la calle, abrí la ventana, no sin cierto trabajo, y un espectáculo extraño se ofreció a mi vista: la calle estaba iluminada por faros de automóviles, y en las casas cercanas, al frente y al lado, se veían muchachas jóvenes asomadas; pianolas y orquestas funcionaban alegremente. Un chofer se puso a llamarme, de manera familiar, como si fuera mi hermano, lo cual me obligó a cerrar rápidamente. Por lo demás, duermo bien y nadie me molesta. Esta tarde, a las seis, llamaron por teléfono desde un Ministerio, y oí a una de las muchachas que conversaba en camarada con uno de los funcionarios. Cuando estaba comiendo, la mayordoma entró en el comedor, y, pidiéndome perdón, abrió la alacena, de donde sacó la más opulenta ponchera de plaqué que vi en mi vida, llevándola en alto y con cuidado, como una alhaja.

Día siguiente

Me levanté al alba y entré en el comedor. La mesa estaba desordenada; en el suelo vi multitud de colillas de

tabacos selectos; en el mantel, restos de comida y copas sucias, algunas a medio vaciar; una silla estaba caída. Es seguro que hubo cocktailparty; la señora Ismenia, no obstante el cariño que exterioriza por el papá, recibe visitas de mucho programa. Es una gente especial. Encontré al practicante algo contrariado porque no pudo hacer comer al papá; creo que se acerca el fin. Ya no me conoce; sus ojos han perdido la expresión humana; su color es terroso, y la barba blanca, enmarañada, le hace otra cara, como la del abuelito, según vi en un antiguo retrato.

*

¡Pobre papá! Sigue mal. Anoche entraron personas en la pieza contigua y no pude dejar de enterarme de una escena increíble. Una mujer, a juzgar por las voces, comenzó a insultar a un caballero, y a darle de varillazos. Él pedía perdón. Salí para implorar auxilio en el mismo instante en que la mujer que le pegaba al caballero apareció en la puerta de su pieza, sonriendo, aunque algo excitada, del brazo de un joven nada mal parecido. Ya eran amigos. Al notar mi turbación, ella me preguntó:

—¿Se ha asustado? No hay para qué. Son caprichos.

Juraría que he visto en el Lido al joven que iba sonriendo del brazo de la mujer que acababa de insultarlo y azotarlo. Estaba algo avergonzado, aunque no por eso dejaba de sonreír.

¿Estaré viviendo en un manicomio?

Desenlace

Esta mañana, a las ocho, llegó la señora Rubilar. Vestía un traje sastre azul; sin joyas ni afeites. Su rostro denotaba profunda ansiedad. Miraba de un lado a otro, demostrando un desprecio cercano al asco. La mayordoma, que era la única persona en pie a esa hora, permanecía cerca de ella. Paseando por el vestíbulo, en tanto esperaba que yo acudiese, la señora Rubilar mostraba un continente desdeñoso a todo lo que veía a su alrededor; los muebles, la mayordoma y cuanta cosa estaba cerca se volvían vulgares y feos. Eso mismo he notado que ocurre en nuestra casa cuando ella llega: todo se empequeñece y vulgariza. A mí me daba vergüenza bajar a saludarla. Comprendía algo de mi situación ridícula, pero no hubo más remedio.

—¡Teresa! —exclamó—. ¡Qué niña es usted! Vamos pronto de esta casa y llevémonos al papá.

Se armó un gran barullo, y la mayordoma corrió a despertar a la señora Ismenia, en tanto yo seguía sin entender, conversando con la señora Rubilar.

—¿Qué? —le pregunté, súbitamente iluminada respecto a todo lo ocurrido, como si me despertara un rayo—. ¿Qué pasa? ¿Qué hay en esta casa?

Comprendí mi situación en un momento, pero procuré disimular para no demostrar mi candidez. Estaba tan preocupada de mi padre y de mí misma, que no fui capaz de entender el misterio de esa casa. La señora Rubilar volvió a gritar implacable.

—¡Vamos! ¡No sé cómo su padre pudo hacerla llegar hasta aquí!

—Mi padre está privado de voz —le dije.

—¡Vamos pronto!

Luego, inclinándose, me susurró al oído:

—Es la casa de las Pecho de Mármol, muy conocidas.
¡Casa mala!

Al hablar así, la señora Rubilar demostraba el más absoluto dominio de la situación, sin pensar un instante que yo pudiera negarme. Sin embargo, para evitar que me creyera en situación demasiado ridícula, y asimismo para que no me tomara por tonta, le repliqué:

—Sé donde estoy, y serán ellas lo que quieran, pero malas no. ¡Eso no!

Me miró sin poder ocultar su asombro, y, al ver la serenidad en mi cara, continuó en la tarea de probarme que debía abandonar esa casa en el acto. No quería explicaciones y ya se disponía a la mudanza inmediata, arrastrándome a su automóvil que la esperaba en la puerta. No había manera de resistir. Entre las dos sacamos al papá y lo colocamos en el coche, aprovechando que a esa hora no estaba en pie la patrona, pero nos equivocamos. Sentimos ruido, y la vimos aparecer andando a toda prisa. Era ella; venía demudada, dándose instantánea cuenta de que nos llevábamos a su amor.

Estaba vestida con una bata de casa, bastante vieja, y quizás por esto mismo perdió la compostura. Su rostro matinal, sin afeites, era horrible a la vista, todo al natural

de su dolor. Apostrofó secretamente a la señora Rubilar. Cuando comprendió que todo estaba perdido, puesto que yo, la hija, tenía mayores derechos que ella, se rindió, sin dejar de lanzar miradas de fuego a la culpable. Antes de salir, no podía menos que agradecerle las atenciones prodigadas en su casa, atenciones y exquisiteces inolvidables. La abracé, diciéndole:

—Despídame de las niñas. Un abrazo a cada una... y... muchas, muchas gracias...

Entonces la señora Ismenia, fea y lacrimosa, me dijo una sola frase que me hizo el efecto de nuestra muela cuando el dentista que la sacó la exhibe delante de nuestros ojos de manera orgullosa:

—La señora Rubilar es mala. ¡Cuidado con ella!

La más insoportable duda se operó en mi ánimo: ¿En qué quedábamos? ¿Quién era mala? ¿Quiénes? ¿Era mala la señora Rubilar o lo eran las chiquillas pálidas y sentimentales que leían El Sitio de la Rochela?

El camino en auto hasta la calle Romero fue penoso. No podíamos hablarnos ni mirarnos. El papá iba medio vertical, inmóvil y empaquetado como momia, en una especie de camilla. El auto avanzaba muy suavemente. Al llegar a la casa y meterme en mi cuarto, donde las moscas zumbaban, la señora Rubilar se puso a acariciarme, así como la gata que está criando se pone a lamer al cachorrito que le devuelven manoseado. Sin dejar de abrazarme, dijo:

—Estuviste sumamente expuesta.

Quedó en casa hasta la una de la tarde y me pidió que no dejara de verla, ofreciéndome al mismo tiempo los cuidados de su médico. Cuando se marchó, la casa me pareció rara, como si se hubiera empequeñecido.

DICIEMBRE VEINTICUATRO

Vísperas de Pascua. El papá enfermo y yo retirada de la circulación, como billete falso. No salgo. La señora Rubilar me ha enviado su médico y viene a verme a veces. El estado de papá sigue estacionario.

Enero.—Pasó la fiesta del Año Nuevo. Todo igual. No comprendo la felicidad del público para saludar a las cabalgatas del tiempo. Pasé el salto de un año a otro en la cama. El baño está instalado y me recuerda el bochorno cada vez que penetro en el agua. La cuenta de gas será enorme; por lo demás, me he vuelto enérgica; no tengo miedo a nada. Esto proviene del chicotazo sufrido. El doctor desespera de salvar al papá y yo pienso que los parientes y el público tendrán buen entretenimiento al conocer esta guarida donde vivimos, en el día que fallezca y no sea posible ocultarnos. Pienso en Gastón a cada instante; estalló una revolución en su tierra y no sería raro un cambio en la diplomacia.

Antiguamente recibíamos docenas de tarjetas de Pascua y Año Nuevo. Este año, fuera de un ramo de flores de la señora Rubilar, llegó una sola tarjeta, donde dice:

Los Almacenes García desean a usted felices Pascuas. Catres, zapatos, pijamas, frazadas...

El tiempo corre. No salgo. Siempre al lado de mi enfermo, contemplo el cielo y pienso en Gastón, haciendo torres de viento. Ha venido la señora Ismenia y la he recibido lo mejor que pude; la convidé a quedarse en casa, pero rehusó, dándose cuenta de nuestra

estrechez. El amor de esta señora por mi papá es sincero.

En unos minutos de escapada fui al almacén y pedí comunicación telefónica con el hotel donde vive Gastón, para oír siquiera su voz. Al escucharle a través del aparato sentí llenárseme la copa amarga del deseo. Era él; era su voz civilizada y dominadora; era su cuerpo el que estaba comunicado a mí por un hilo eléctrico. Este enchufe científico con el hombre de mis pensamientos me hizo temblar entera. Pregunté por su salud, sin decir mi nombre; luego, con voz tierna:

—¿Reconoce mi voz?

—¿La Lidia? —preguntó él, alborozado.

—No, no.

—¿María? ¡Usted es María! —exclamó en tono de triunfo.

—No, no —dije, deteniendo un sollozo

Y corté apenada. No se acuerda de mí.

Los celos muerden mis entrañas. Acaso me parezco a mi pobre madre. Murió de amor como la desdichada Elvira... ¿Quién será esa María a quien tanto recuerda? Gastón no me quiere.

LUTO

Mi padre murió hace cuatro días. No he tenido tiempo de escribir. Sigo haciendo este diario absurdo, en parte por aburrimiento y en parte para dar escape a mis dolores. Estaba en la cocina preparando un remedio, cuando me saltó el corazón. Adiviné que mi padre había muerto por un gran grito agudo, así como ruptura de locomotora que silbara antes de estallar. Fui en el acto y vi a la señora Ismenia postrada a los pies del lecho; después de gritar, palpaba el cadáver; lo estrujaba, si puede decirse, y luego mordía las sábanas, gritando: "¡No te mueras, mijito!" Después comenzó a hacer y a decir cosas tan excéntricas, que temí se hubiera vuelto loca. "¡Cuántas veces me decías que harías una señal desde el otro mundo!... Llévame contigo... sí..., llévame... Yo quiero irme..." Así decía la pobre mujer, andando de un lado a otro, sin coquetería de ninguna clase. Abandonó sus afeites y pelucas, dejando caer de golpe diez o quince años sobre su pobre cuerpo. Levantaba los brazos y se retorció las manos. Yo tenía vergüenza de no poder demostrar un dolor tan hondo. No soy buena actriz de mí misma; el golpe me produjo daño; sin embargo, fui incapaz de exteriorizar ni una muestra de él. Dicen que corre por las venas de los Iturrigorriaga sangre de la cacica impávida de Talagante. De todas maneras, mi dolor es diferente al de la señora Ismenia. Para demostrar que no tenía miedo se acostó al lado del cadáver como un perro; no ha querido comer nada. Eso sí, a ratos, bebe de mi terrible gin nacional.

—No se mate —le dije.

Ella me abrazó estrechamente, diciendo:

—Tú no sabes, ñatita. He perdido la ilusión de la vida.

No puedo negar que me siento, en parte, hija suya.

Dos horas después de muerto mi padre, llegaron agentes de funerales. Ya lo sabía todo Santiago. Comenzó para mí el suplicio protocolar de recibir a la gente, a los parientes que, a él y a mí, nos tienen por locos y desplazados. Los parientes ricos llegaban, sin poder ocultar la mucha cautela, con caras de perros apedreados. Los neumáticos domesticados de sus lujosos autos no habían rodado antes por la calle Romero. Los vecinos salían a mirar en las puertas. Ya conocieron el secreto: somos ricos arruinados. En la tarde llegó una corona enorme, escandalosa. La señora Ismenia hizo grabar en la cinta su nombre dorado, desafiante.

Una de las primeras personas de la familia que llegaron a la casa fue la prima Lucha, esa gorda, enorme y cuadrada, a la que llamo "mi prima Carnera". ¡Pobre prima Carnera! No puedo negar que comienzo a quererla. Entre ella y la señora Ismenia vistieron el cadáver de mi papá. ¡Pobre papito! Se le contaban los huesos. Yo no hubiera sido capaz de vestirlo. La prima Carnera se puso a rezar en alta voz, hincada junto al cadáver. Estamos comenzando a reconciliarnos. No me dice ni una palabra, pero se nota que le gusta verme vestida de negro, sin afeites, triste y rezando con el rosario en las manos. Es seguro que le agrada verme adolorida, y pensará que así soy chilena tradicional. Chile está más a tono con el dolor y la muerte. La felicidad es perseguida como traición. Basta que muera alguno en la familia para que descubramos la existencia

de un vasto mundo funerario y adivinemos el enorme sentido que la muerte tiene en esta ciudad, donde todo predispone para emprender el paso del río Aqueronte. Dicen que somos país de hospitales, de asilos, de asistencias, de boticas, de operaciones y de camillas. Por eso, el algodón, el olor a yodoformo, las cataplasmas y las vendas nos animan en forma extraordinaria. Además, nos reconcilian.

El papá quedó vestido con uno de los trajes que se usaron en su juventud. Le coloqué una cruz y un retratito de mi madre en el pecho.

Poco a poco la pieza mortuoria se llenó de gente. Cuando llegó el tío Juan de Dios Iturrigorriaga se produjo un revuelo de expectación. Nunca un hombre me ha mirado de manera tan glacial y escrutadora. Me atrincheré, armándome de todo mi valor para responder de manera calmosa. La casa es tan pequeña que estábamos amontonados unos sobre otros y no había manera de substraerse a sus miradas inquisidoras.

El tío Juan de Dios estaba preocupado en saber si mi padre había muerto como cristiano, lo cual era la condición para enterrarlo en el mausoleo de familia. Aunque rehusó la confesión, yo le dije que sí había muerto como cristiano, pensando que no mentía gran cosa y que, a veces, las mentiras, como ocurre en la medicina, son paliativos necesarios. Después él añadió:

—Le daremos entierro de primera. Yo arreglaré eso; usted no tiene de qué preocuparse.

—La pompa es innecesaria y antinatural para una persona que vivió tan pobremente —le repliqué.

Esta respuesta pareció contrariarlo. Mi tío Juan de Dios no hallaba dónde poner los ojos que no se sintiera herido: los paseaba del armario al techo, cuando no a la base de la puerta. Por fin los reposó en sus propios zapatos y pareció quedar más tranquilo. Yo estoy resuelta a no acceder a sus deseos de darle un entierro de lujo. Será una lección para esta gente que lo abandonó en vida y el día de la muerte se acerca sin otro objeto que mantener la farsa del pabellón de familia.

En ese mismo instante, y como para confundirme, se escuchó la carrera de un tropel de ratones en el entretecho. Quedé humillada y reaccioné, pensando responder a cualquier pregunta con cinismo y violencia. El tío Juan de Dios comenzó a rascarse las piernas a causa de las pulgas.

Las velas daban a la casa un aspecto tétrico. Algunas parientas se pusieron a rezar, hincadas a los pies del ataúd, y otras se dedicaron a conversar, cadavereando en mi cuarto o en el comedor, que servía de recibo. Esas viejitas santiaguinas vestidas de negro, que salen quién sabe de dónde, son expertas para tratar de los males que aquejan al triste mundo: la muerte las agranda, las ilumina. Todas ellas aseguraban haber conocido íntimamente a mi padre. Después, a media voz, hablaban de salofene, de paperas, de úlceras, de compresas, de tisanas, de punciones, de presión arterial, de operaciones equivocadas, de confesiones en artículo mortis, y del terrible doctor Serrucho, cuyo solo nombre hace temblar. Rememoraban las muertes de la semana, como si anduvieran de casa en casa buscando cadáveres. Así fue pasando el día del velorio, lleno de murmullos; también se asomaban obreras del barrio a

curiosear, abismadas al conocer nuestra relación directa con "palos gruesos" y jaibones.

En la noche llegó la señora Rubilar. Como si una pantera esbelta y felina se hubiera presentado en medio de buenas aves domésticas, su irrupción hizo enmudecer al corro fúnebre. Llevaba traje negro. Una mantilla de encaje de Inglaterra tamizaba su rostro de seráfica blancura. Me abrazó repetidas veces y mis parientes quedaron mudos de asombro al comprender, por nuestra manera de saludarnos, la intimidad que mantengo en mis relaciones con ella. Me dijo: "¡Pobrecita! ¡Qué golpe para ti!", y me pasó por la cara sus manos parecidas a las manos de la reina de Hungría, que curaban las llagas. Luego me llevó aparte y me habló al oído, consolándome. El tío Juan de Dios no estaba en ese instante, y lo lamento, por cuanto me creen venida a menos, y hubiera deseado mostrarle cuánto me quieren personas como la señora Rubilar. La prima Carnera se dio cuenta de este cariño y nos miraba de manera agradable y discreta.

EL ENTIERRO

Esta mañana, a las nueve y media, lo llevaron. No obstante mi resistencia, ellos decidieron un entierro de lujo, de esos que dan al último paseo en coche un aire de carnaval. Cuando el tío Juan de Dios salía, llevando una de las argollas del ataúd, tropezó en el agujero de la alfombra y casi cayó al suelo. Luego sentí partir a la fúnebre cabalgata; no pude ahogar un sollozo y me encontré en los negros brazos de la Rubilinda. Después me invadió el sopor. El olor de la fiebre y de las velas recién apagadas flotaba por la casa. El desenlace me producía un largo sentimiento de paz interna, lo mismo que si terminara de hacer un trabajo penoso y aburridor; había tolerado constantemente la idea de la muerte para que me afligiera demasiado. Al mismo tiempo experimentaba el goce raro de que hubieran descubierto la miseria en que vivimos. Yo sé que el tío Juan de Dios, después de pagar entierro de lujo, no volverá a verme, por ese miedo pánico que tienen los ricos a la parentela pobre. Si yo fuera orgullosa no podría quejarme, porque el entierro ha sido de lo más elegante: detrás del ataúd, y por consideraciones a mi horrible tío, iban esos viejos ceremoniosos que son los pilares del edificio social. Son esos caballeros gordos, con voces de pito, trabados para andar, como si tuvieran callos y juanetes; siempre se les ve en las conferencias, en las academias y banquetes oficiales. Mientras más guata tienen, más dispepsia y tontería, más alto los encumbran. No sé qué tendencia hay para admirar lo feo y lo viejo.

En cuanto se fue el entierro, y cuando por fin quedamos solas, la Rubilinda, que lloraba todavía, me trajo los diarios para que leyera los artículos necrológicos sobre

el papá, que eran muy elogiosos y recordaban que fue veterano del 91, educado en Inglaterra, agregado de Legación y bombero. Uno de esos diarios ponía: "Murió como buen cristiano, después de recibir los auxilios religiosos, este gran caballero de otra edad, que soportó sin quejarse las vicisitudes de la suerte y los padecimientos de una larga y dolorosa enfermedad". Otro recordaba que en el terremoto de 1906 estalló un incendio de vastas proporciones y que mi padre, haciendo gala de un arrojo temerario, salvó a una sexagenaria desde el tercer piso, quedando semiasfixiado durante algunos minutos.

¿Es posible? Nunca oí eso.

A las cinco de la tarde llegó la prima Carnera, vestida de manda, con un traje que la hace parecer monja. La muerte ha hecho que esta parienta cobre imperio sobre mí. No me desagrada. Al fin es de mi sangre; en medio de su moralidad y su beaterío, es también algo excéntrica: las beatas son excéntricas a su manera. Me mira fijamente; se ha sentado frente a mí; no me pierde gesto, y, a veces, mis ocurrencias la hacen reír de buena gana. Como me preguntara: "¿Quién era esa señora?", aludiendo a doña Ismenia, le respondí con descaro: "Es la Pecho de Mármol". Este gesto mío fue fruto del acholo, porque me intimidaba lo ridículo de mi casa. Ella lo comprendió así y ambas soltamos una carcajada que terminó por hacernos buenas camaradas.

En Santiago se hablan pestes de todo el que no sea viejo figurón o nulo, de tal manera que algunas veces experimentamos las mayores sorpresas, topándonos con personas buenas y simpáticas, a las que teníamos por malvadas. Yo creía que mi prima era hipócrita o

malintencionada, y ahora creo comprender que es buena y sencilla. Si creyéramos bueno a todo el mundo, nos equivocaríamos menos que creyéndolo malo. La prima es buena y servicial. ¿Por qué la odiaba yo? Me ha traído la Imitación de Cristo, un molde de dulce de membrillo y el Almanaque Cristiano. Todo lo que digo le hace gracia. Me puse a arreglar las cosas en el cuarto del papá, en lo cual ella me ayudó. Noté que alguno de los concurrentes se llevó los gemelos de oro y un paraguas. Toda la herencia que recibo consiste en un chaqué de Pinaud, unas polainas, un Buda, tres pares de zapatos, una caja de píldoras Hércules, y el libro de mi tío, titulado Anotaciones para un proyecto de codificación del Derecho Internacional.

—¿Qué libro es ése? —me pregunta la prima.

—Es un libro hipnótico. Cuando padezco insomnio leo dos páginas y me duermo a puños cerrados.

—¿Es posible que tenga un Buda en su dormitorio?

—Es de cartón —le digo— y, además, en religión soy ecléctica.

Esta frase de mi papá la hace reír.

No sé qué tengo, pero no puedo decir nada sin que la prima Carnera se retuerza riendo.

Después le digo que vayamos al cementerio, y ella decide acompañarme. Quiero ver cómo quedó el papá. Esto no me impidió que me pusiera colorete y rimmel. La prima Carnera no se pone nada. Siempre de negro, siempre gorda y fresca, como esas huasas zapallonas

que vienen a servir en los palacios de la Alameda. No le importa un bledo cultivar sus curvas desafiantes. No se avergüenza de estar a la moda de 1860. Se deja vivir como un vegetal lleno de oxígeno, que no se comerá nadie.

Hemos salido a la calle hacia la estación, donde tomamos el tranvía. Me agrada llevar a la prima Carnera por estos barrios pobres, llenos de ojos atrevidos. En el centro, tal vez nadie la mirará con deseo, a ella, tan conocida y víctima del prejuicio. Aquí, los obreros admiran sus redondeces.

Muchas veces, en la calle, yo también he sentido el deseo anónimo que pasa y me roza, que se infla como una harina amasada, vergonzante; es el piropo callejero, es el estímulo a esta flor humana necesitada de riego. Pero este sol, esta agua de arrabales, no sirven para las flores del centro, condenadas a marchitarse en su envase, por el convencionalismo. Las convenciones de sociedad nos ordenan no escuchar los piropos del arrabal, o rechazarlos como ultrajes; sin embargo, crecen y fermentan, formando al fin un solo sentimiento de orgullo y ansia, por lo que llevamos de apreciable y codiciado.

Pero, al llegar a nuestro mundo, esos piropos se terminan. Muchachas como yo y la prima Carnera están eliminadas del matrimonio standard, para cuya realización es preciso tener plata y ciertas medidas que acuerden con los peleles matrimoniales. Carecemos de porvenir nupcial dentro de la medida santiaguina. La prima Carnera y yo seremos como esa campana de Moscú que no repicó nunca.

El muchacho de sociedad carece de juicio personal; es frío, sin imaginación, incapaz de esos impulsos naturales, algo morbosos, como creo que han de ser en el verdadero amor. A causa de eso, quedan sin casarse en Santiago las chiquillas muy gordas, las muy narigonas, las muy altas, las que pasaron los treinta, y todas las que están fuera del tipo nupcial estilo "Vida Social", aunque sean capaces de colectar piropos espontáneos de los hombres del arrabal, los que serían felices si les dijéramos: "sí". En esto he pensado mientras iba al cementerio con la prima Carnera. Ni ella ni yo somos aptas para el casorio conveniente.

A pesar de todo, no puedo dejar de pensar en Gastón; una inmensa barrera nos separa. Sin embargo, la ilusión ha vuelto a brillar por ese nuevo pronunciamiento que estalló en su tierra. Es posible que lo alejen de la diplomacia y que se derrumbe en la pobreza..., y así..., los dos igualmente pobres, podríamos entendernos y casarnos. Estoy segura de que el nuevo Gobierno lo sacará de la diplomacia; en Santiago hay desterrados de la patria de Gastón que no lo pueden ver; ahora les tocará el turno a ellos, para ocupar su puesto, y Gastón quedará a tres dobles y un repique.

SE ARRIENDA PIEZA

Esta mañana, muy temprano, vino la prima Carnera. Habíamos convenido en ir a rezar al cementerio. No dejó de sorprenderse al encontrarme en pie, frente al desayuno. Me saludó con dulzura. Yo quise ofrendarle alguno de esos estímulos verbales tan frecuentes entre las personas del gran mundo; pero nada pudo salir de mi boca. No sé echar piropos por educación, y si los echo, suenan a moneda falsa, como la voz hueca de ese caballero que a todas las viejas feas les dice que tienen el "cutis de camelia". En todo caso, soy amable con ella, y comienzo a quererla; en cuanto entra en la casa, flota en el aire un aleteo religioso que me hace bien. Ella tiene la imaginación de una monja. Cree al mundo más erótico de lo que es; de mí tuvo mala idea, pero le ha bastado tratarme para comprender que soy una hojita flotando en las ondas del mundo. Sin perder tiempo, salimos, para aprovechar la madrugada.

Era la hora en que las sirvientas lavan los vestíbulos de mármol en los palacios. La ciudad mostraba un aspecto desconocido y fascinante. Era otra, y hacía el efecto de una capital fabulosamente rica. Esos palacios de las calles Dieciocho, Ejército y Alameda producen gran impresión. No viendo ni escuchando a la gente, una creería estar en París. Fuimos a pie hasta la calle Ahumada y ahí cogimos el tranvía Cementerio, charlando como cotorras. Es un verdadero paseo, que nada tiene de triste. Los mismos entierros y la gente funeraria en el camposanto exhalan un aire de renovación. El sentimiento religioso me bañó de tranquilidad. Las tumbas, los árboles, las flores, todo en el pueblo de los muertos hablaba de renovar; el papá

estaba tranquilo ya, todo lo tranquilo que se podrá estar en la aparatosa tumba de los Iturrigorriaga, al lado de mi madre; marchita estaba la enorme corona de la señora Ismenia, pero lo demás, todo cuanto lo rodeaba, era fresco, hasta las viudas y los deudos que se inclinaban al pie de otros mausoleos. Nada me daba más ímpetus para vivir que esas islas de los muertos. "No pierdas tu tiempo. ¡Apresúrate!", parecían decirme miles de susurros.

Salimos a la rotonda, ebrias de vida, y tomamos el tranvía sin hablarnos. Llegando a la casa me sentí acalorada y feliz; me quité el viejo abrigo de terciopelo, gastado como gato arestiniento, y le pregunté si era capaz de desafiar la suerte de mi olla. Dijo sí. Al ir de un lado a otro por la cocina y el comedor, me hice un desgarrón en el vestido, y ella, sin abandonar su calma, sacó su aguja, siempre lista en los pliegues de su blusa negra, y lo cosió. Después comimos lo que a mí más me agrada, sin siutiquerías de ninguna clase: huevos pasados por agua, en copa grande. Primero eché mantequilla, después pan picado, y encima los huevos, revolviendo todo con la cuchara; la prima hizo lo mismo, porque es una chilena como yo. En seguida, papas cocidas en plato soper, con un poco de zapallo y mantequilla, haciendo pebre con el tenedor. Ella me miraba embelesada, como pensando que me ha domesticado. Debe creer que cambié algo, cuando en realidad siempre fui así. La hago reír a cada instante.

—Me gusta mucho el zapallo —dijo ella.

—Lo que es a mí —le dije—, los huevos, cuando no los echo en la copa y hago el revoltijo, me parecen desabridos. Cuentan que el general Baquedano odiaba

los porotos delante de la gente, porque no los podía comer con el cuchillo.

Tres semanas han pasado desde la muerte del papá. La casa también está muerta; una casa sin hombre, aunque sea solamente para pelear y hacerlo rezongar, no es una casa. Me hace falta su presencia, hasta por el trabajo que me daba y que llegó a ser una rutina. La señora Ismenia viene algunas veces; suspira y se queda mirándome embobada, pues asegura que tengo los mismos ojos y la risa del finado. Cuando nadie viene a visitarme, la soledad de la casa se me hace intolerable. La Rubilinda, que suele pasar aletargada, me reveló que aún vive su imaginación, diciéndome simplemente:

—¿Por qué no arrienda la pieza vacía?

La primera vez esta idea me hizo temblar. No podía habituarme a ver a un desconocido en la cama que fue del papá. Sin embargo, todo tiene remedio; lo que parecía problema insoluble y tomaba contornos de profanación, fue resuelto por la misma Rubilinda.

—Pásese a la pieza del caballero y arriende la suya — me dijo.

Esta solución me recordó las filosofías de don Ramón Barros Luco, a quien el papá celebraba tanto.

Así hice. Me pasé al cuarto del papá, que es fresco en verano y abrigado en invierno. Tan admirable me ha parecido la idea, que di otro banquete de huevos, pebre y congrio frito a la prima Carnera. Engullendo esos guisos caseros, no catalogados en La Buena Mesa, nos pusimos de acuerdo en el precio y forma de arrendarla.

Las dos somos muy patriotas, pero cuando una chilena arrienda pieza, pone siempre: "Se prefiere extranjero". Es cuestión de prudencia. El aviso fue puesto en La Nación.

El primer día de publicado, al caer la tarde llegó un joven rubio, de rostro violento y ensimismado, revelador de desprecio. En efecto, me puse a conversar con él para entretenerme, y noté, a las primeras palabras, que se creía poseedor de la verdad eterna e indestructible. Era estudiante. No sé por qué, tengo horror a los estudiantes. Si estudiaran, no sería nada..., ¡pero opinan y quieren salvar al país! Ya hablan del tótem y del tabú, como la señora Cepeda. Los propios gobernantes son los culpables, por cuanto han celebrado la plaga de ediciones baratas de libros célebres, so pretexto de fomentar la cultura, y lo que fomentaron fue el guirigay, siendo ellos las más directas víctimas.

Desde el primer momento resolví no darle la pieza. ¡Ah, no! Meter a un estudiante en la casa me pondría nerviosa; se me figuraría tener un chingue. ¡Y con qué insolencia me trataría de vil burguesa a mí, que nunca leí otra cosa que Las Mil y Una Noches, y descubrí El Sitio de La Rochela, hace pocos meses, en la casa de la calle Camilo!

—Yo creo —le dije, después de conversar un rato— que le conviene una casa más intelectual. Ésta es muy poca cosa para usted. Además, a mí no me interesan Hitler ni Lenin, ni las reivindicaciones, ni los discursos de los padres de la patria. Soy redonda como un cero. Creo que a mi edad se debe vivir..., el amor, el sol, el ejercicio, los paseos... ¿No le parece?

El estudiante puso una mirada de lobo y declaró:

—No sé cómo alguien podría ser indiferente a la cuestión social. Yo, como hombre, estoy al servicio de la causa, de la patria.

—¿Por qué no ensaya montar a caballo? —le dije, insinuante, sin asomos de ironía—. A ustedes les hace falta galopar al sol.

—No sé qué tengan que ver los caballos con el estudio. ¿Es usted hípica?

—¡Ah! ¿Está de bromas? Así me gusta más la discusión. Lo he oído hablar un buen rato, y he contado tres veces la palabra oligarquía, dos veces las masas, una reivindicación y dos justicia social. En fin, usted es estudiante y le ocurre que no tiene otra cosa en qué entretenerse, pero cuando es un político el que dice dos veces en su discurso las palabras justicia social, yo pienso: "¿Qué irá a pedir en recompensa?".

—¿De manera que no cree en los hombres públicos?

—No es que no crea, sino que no me interesan. Es muy fea la política. Siempre me pareció inferior la gente cuyos sesos no les alcanzan sino para oír discursos y preocuparse de lo que piensan esos mamarrachos.

—Precisamente, queremos variarlos y producir políticos superiores. La política es la preocupación máxima de los hombres.

—De los inútiles e incapaces —rectifiqué.

—Precisamente, queremos destruir esa incapacidad, esa oligarquía de zánganos.

—Tomo nota: ha dicho otra vez oligarquía. ¿Qué significa eso?

—La oligarquía son los X, los B, los Z y los Iturrigorriaga...

—¿Los Iturrigorriaga? Yo soy Iturrigorriaga —le dije tristemente— y ya ve en qué condiciones de pobreza vivo. Soy una rica arruinada, y a veces me privo de comer para ponerme de seda.

—¿No le parece muy superficial esa manera de vivir?

—Es una fobia femenina, como la política para ustedes. Por otra parte, me parece odioso que los demagogos concentren su odio en nosotras. Algunas veces, los cesantes, mal aconsejados, arrojaron piojos a nuestros vestidos. En la noche de Pascua, se apostaron cerca del Club de la Unión para insultar a las señoras que entraban. ¿Es esa una manera de luchar por la redención del género humano? Y piense usted que muchas de esas niñas que van a bailar en el Crillón o en el Club son menos felices que las obreras. Yo no soy feliz.

Suspiré sin querer, y el estudiante se humanizó.

—El pueblo está desorientado —dijo—. Carece de directores.

—Porque, mire usted: a veces, yo voy de compras y escucho cantares en las casas, y veo a los obreros que

están comiendo en familia; otras veces, andando por estas calles, los veo cómo beben o bailan en los cabarets; y yo apenas he comido, y no me dan deseos de pegarles.

—Es muy distinto.

—Tal vez lo sea. Sin embargo, una mujer pobre no lleva en sus espaldas tanta carga de prejuicios como nosotras, y resuelve más libremente su cuestión...

—Sexual.

—Como usted quiera llamarla...

Al llegar a este punto, me puse colorada y temí haber dado alas al fondo de vanidad de todo hombre, haciéndolo creer en una indirecta. En vista de esto, puse cara de circunstancias y di término al debate declarando que, "por desgracia, la pieza está palabreada". En el fondo, le había dado conversación para expulsar las docenas de palabras que almaceno en mis soledades, y que a veces me ponen reventando de ganas de largarlas. Conversar es para mí una necesidad fisiológica imperiosa. En el fondo, no quiero dar la pieza a un muchado joven, ni tampoco a una mujer. ¡Ah, no! Quisiera a alguien que llegara en la noche y se marchara al amanecer. Arrendar es más difícil de lo que creí.

Enero 15.

Hay un sol que rebota y exaspera los nervios. Anoche no podía dormir y recurrí al infalible sistema de leer dos páginas del libro de mi tío grave, titulado Anotaciones para un proyecto de codificación del Derecho

Internacional. Comprendo que esta obra, útil entre todas, y humanitaria hasta conmover, le haya valido un puesto en la Academia y algunas condecoraciones sudamericanas.

A propósito de libros, he leído en La Nación que apareció la patilla de la señora Cepeda, titulada Método Práctico Para Curar por el Psicoanálisis, y como subtítulo dice: Paranoicos, esquizotímicos y esquizofrénicos. ¡Qué gusto de hablar así, Dios mío! ¿Por qué no llamar las cosas por su nombre? Son falsificadores de talento y pretenden ocultar la más penosa ausencia de gracia y de inventiva bajo una costra de datos, de cifras y de citas. Eso no es talento: es mugre de biblioteca para pasar por genios delante de los siúuticos. Un pueblo sin fantasía está muerto: no es más que caspa humana.

Ahora los lutos son elásticos; se siente el dolor más para adentro que en la ropa. Anoche fui al cine para ver la serial Nº 5 de El Duende Verde del Sud Express; es bien bonita. En el biógrafo una se encuentra frente a frente con los hombres más bonitos y agradables, y sólo por tres pesos. Cuando una sale a la calle, los hombres de carne y huesos parecen macacos. ¡Qué feos colores tienen los hombres de veras! Fuera de Gastón no encontré uno solo que me hiciera tuturutú. ¿Qué se habrá hecho Gastón? He comprado algunos libros para pasar el aburrimiento. A las ninfas románticas de la calle Camilo les debo mi afición reciente por la lectura. Compré novelas, libros de poesía francesa y revistas argentinas. ¡Qué agradable es leer al poeta Baudelaire! Pensar que la señora Cepeda lo creía de ahora, confundiéndolo con un caballero Popelaire, director de la Biblioteca de la Población Huemul. Por lo menos así

decía Pipo. Me aburro de manera terrible, y la plata, la poquísima plata de la venta de objetos paternos, se va acabando. ¿Qué haré después? Nunca se me ocurre otra cosa que buscar un puesto en el Petróleo Surgente o en el Departamento de Extensión Escultural. En fin, ya veremos. Nadie ha venido a verme en los últimos cinco días; ni siquiera han pasado candidatos a ver la pieza. ¡Mejor! Me horroriza la idea de arrendar a una mujer, que pasaría todo el día en casa; y también me espanta la idea de un hombre. San Francisco habla del hermano lobo, del hermano perro, del hermano ratón; todo eso está muy bien. ¡Pero el hermano hombre! ¡Eso sí que no!

Enero 17

Estoy excitada. Mi cuerpo es un horno, pero no tengo deseo de apagarlo. Como un gran abanico de plumas ha venido a hacerme compañía esta noche un sueño de amor. Estaba con Gastón en un jardín. La prima Carnera vino a verme muy temprano. Está siempre rolliza y caderuda, a pesar de sustentarse principalmente de gracia divina y de sermones contra el Lido y la manga corta. Por mucho que se esfuerza en parecer asceta y en tapar su epidermis con hábitos de penitencia, no ha conseguido domeñar las curvas de sus pantorrillas, ni de sus senos, que parecen mejor modelados por el potrillo de Verdejo que por la copa de Venus.

El sol no es moral ni inmoral; lo mismo sale para un santo que para el Cabro Eulalio. Satanás nos acecha hasta en un plato de huevos con espinacas, y ser santo de la barriga para abajo cuesta más trabajo, como solía decir mi pobre padre. ¿Qué misterio será esta vida humana? El hambre y el amor nos rigen solamente.

¿Será el alma inmortal? Dato seguro no brilla ninguno. En todo caso, la mujer tiene alma solamente desde el día en que una mayoría se la concedió en el Concilio de Macon. Antes de ese escrutinio espiritual no la tenía, y era seguramente más feliz. Estas ideas me vienen por la vista de la prima Carnera. Ya dije que estuvo a visitarme muy de mañana, trayendo santas intenciones de misionera. Vagaba por sus rasgos una blancura de sacristía; sus ojos, algo extáticos, parecían haber quedado fijos en la dulce emoción de integrar al Cristo. Es una mujer bastante más inteligente de lo que pudiera creerse. Sin haber aprendido tretas del gran mundo, tiene preciosas cualidades; se esfuerza para no discutir y expresa casi siempre sus sentimientos procurando no herir; tampoco pone puyas, y lo único desagradable en ella es que tiene tanta seguridad en su espíritu católico que no puede evitar en sus miradas cierta conmiseración afectuosa hacia mí, por no ser de su credo. Hoy este aspecto de ella se ha puesto de relieve en nuestra charla. Cuando llegó, yo estaba en la sala de baño, lavando mi ropa en la bañera, la que se veía colmada de agua sucia, en tanto yo sudaba, arremangada. A ella no le importa sorprenderme así, ni a mí tampoco me avergüenza el ser descubierta de esta manera por ella. Estoy segura de que no es escrupulosa ni amanerada; en su casa hay bastante estrechez desde que su madre confió sus negocios al hermano mayor, quien perdió en la Bolsa la mayor parte. A la señora Rubilar no le agradaría saber que uso el baño para esto; pero la prima, a causa de lo dicho, me miró denotando indiferencia o preocupación por asuntos más abstractos, y comenzamos a hablar. Carece de facilidad de palabras; se le van las expresiones con que pretende adornar su frase y queda cortada, denotando sufrir a causa de ello. Desearía catequizarme en forma a la vez

poética y científica —según he visto más tarde—, pero no encuentra los giros verbales destinados a traducir la sinceridad y vehemencia de sus pensamientos; en su cabeza deben brotar las buenas intenciones como los lirios al pie de los altares.

—Mañana iremos a la Catedral —me dijo.

—Si he de decir la verdad —le respondí—, a mí no me agradan las iglesias grandes, donde las beatas ricas entran como patronas. Los sermones dogmáticos me hielan, y recuerdo siempre a un cura rubio y enorme que me sacó de un templo a tirones porque llevaba manga corta. Desde entonces, sólo pensar en la penumbra de esas iglesias me da neurastenia.

La prima me miró un poco asustada al oír esto y me aseguró que mis ideas eran de mi padre, a quien ella llama "el tío Pancho". Por primera vez noté en su cara esa pesada gravedad de las beatas viejas que se creen infalibles e inteligentes. Esa cara me demostraba el antiguo desprecio que guardan ciertos miembros de nuestra familia hacia mi padre y a mí, teniéndonos por chiflados.

—Sí, es verdad —le dije—. Mi papá creía que lo dogmático no es cristiano.

Esta declaración le dio un relámpago de agilidad mental.

—No tomes esas ideas al pie de la letra —me dijo pausadamente—. La disciplina es necesaria en una casa; mucho más lo será en el catolicismo. Hay sacerdotes enérgicos y estrictos, pero también los hay suaves y alegres, en la Tierra como en el Cielo. Tú eres

religiosa en el fondo, como somos todos en nuestra familia: tu papá mismo, que hacía alarde de anticlerical, era un religioso al revés.

—Yo soy religiosa —le dije—, pero creo que se puede agradar a Dios alegrándose y disfrutando de sus obras.

Al oír esto quedó muy seria, buscando palabras; luego levantó su cartera negra, con ademán de abrirla, dejándola caer, arrepentida.

—El mundo defrauda siempre.

—Entonces, ¿qué debemos hacer? Hay que vivir lo mejor posible y meditar muy poco —le respondí.

—Al contrario: me parece que debemos meditar —arguyó ella—. El mundo defrauda, y la felicidad es un engaño; los ricos, los inteligentes, los poderosos, fracasan persiguiendo la felicidad. En cambio, si se dedicaran a Cristo, saldrían ganando. Ya ves cómo está el mundo: se suicidan los millonarios, otros van a la cárcel; los pueblos están en rebeldía porque no creen en la providencia. Si echamos una mirada a los periódicos, creemos que una ola de anarquía pasa por el mundo y que la obra de los siglos está condenada a desaparecer; sin embargo, eso que sale en los periódicos es la obra de unos cuantos que vociferan y se creen los únicos importantes, pero no es así: por debajo de ellos están los que trabajan y los que poseen la nobleza y la verdad; así sabrás que aquí mismo, en Santiago, cuarenta niñas de la mejor sociedad han profesado en los últimos meses. Un caballero millonario tiene dos únicas hijas, y una profesó. Recién salía a sociedad y ya el mundo le daba náuseas.

—¿La Pirula?

—Sí —dijo la prima Carnera suavemente—, y ahora se llama Sor Visitación. Su hermana también quiere ir de monja, y el papá, que está desesperado, pretendió hacerla cambiar de idea llevándola al extranjero en camarotes y trenes de lujo; la hizo conocer capitales y balnearios, pero ella se mantuvo inerte en medio de orquestas y bailarinas; ni los paisajes ni las maravillas de Europa la hicieron variar: cuando llegó a Chile reiteró sus deseos de ser monja.

Al decir esto pasó por sus ojos una niebla de felicidad, demostrando todo lo feliz que podía estar de sentirse en su manía. Y yo, que la escuchaba, no puse tanta atención en sus palabras, sino que, tomando otro curso, pensaba en su vida, en su familia, con una gran ternura, no sólo por ella, sino por todo el género humano. Vi sus dientes descuidados: uno encima de otro le afea la boca y revela el descuido de sus padres, y especialmente de su padre, el tío Ramón. Según he sabido, era un botarate. Pensé en las mujeres chilenas, muchas veces víctimas de la incuria, los vicios o la inferioridad de los hombres. Es posible que su estado de ánimo, sus manías de resignación a todo trance y su desprecio del mundo sean producto de una infancia triste.

Continuó hablando en el mismo tono un buen rato, hasta las doce pasadas. Adiviné que eran las doce por los ruidos rutinarios del barrio: sentí los pasos más apresurados de los obreros que vuelven a almorzar; del vendedor de helados con su carrito y su timbre, que llegaba vacío; de la cartonera, cuya puerta se cierra con un ruido especial, y el largo sonido de las sirenas en las

fábricas. La convidé a compartir mi almuerzo y ella aceptó como otras veces, sin dar aviso alguno a su casa, lo cual me comprueba el abandono en que la tienen su madre y hermanos. ¡Qué misterio cruel encerrará su vida!

Fui un instante hasta la cocina, y a mi regreso la encontré dispuesta a seguir inculcándose sus bondadosos sentimientos. Desde luego, comenzó a decirme que la vida era una prueba para nuestras almas, pero se trabucó, las palabras le faltaron y sacó un papel de la cartera, que no soltaba. Era un sermón del Padre A., y se puso a leerlo:

—“¿No ven el sentido de penitencia que tiene la vida? La frase valle de lágrimas no es figura literaria; la emplean los filósofos y poetas en una u otra forma. Todo nos empequeñece en el mundo: ¡Cuán presto se va el placer, cómo después de acordado da dolor!... Cuanto más aprendemos, más humillados nos sentimos. Lo único cierto es nuestra condición de castigados. Tenemos algunos miserables sentidos, tan sólo los indispensables para darnos la sensación de nuestra pequeñez. Desde luego, nuestra posición en el espacio ilimitado; el planeta donde nacimos, frente a las estrellas, a las nebulosas y los soles, es tan insignificante que el pensarlo produce vértigo. Ahora, si la posición de los millones de seres que pueblan la tierra es insignificante, ¡qué decir de nosotros los chilenos, colocados al pie de un abismo, limitados por un desierto al norte y las desoladas montañas de nieve al sur; por frente un océano sin fin, y a nuestras espaldas una cordillera cuyo solo aspecto produce espanto espiritual! Nos sentimos asaltados por el poder aterrador de lo infinito más que ningún otro pueblo de la tierra; Chile es

el Finis terrae. Por eso, con más fuerza que otros pueblos, detestamos la petulancia y buscamos en la paz cerrada de los claustros un bálsamo para huir del terror a los abismos que nos circundan, atemorizándonos y probando nuestra condición prenatal de pecadores. En los tiempos antiguos nuestra capital era un solo convento: de ahí los nombres de las calles: Claras, Monjitas, Teatinos, Compañía, Merced...".

Este discurso me anonadaba; me parecía enfermizo y senil, y el mismo rostro plácido de la prima, que lo repetía, era como un desmentido a la amargura que pretendía inculcarme. Pero ella prosiguió, doblando una hoja:

—"¿Existe humillación mayor que la necesidad de comer?"

—¿Por qué? —le dije, recobrando mi carácter festivo y oliendo el tufillo a papas fritas que llegaba de la cocina.

—"Porque nos llamamos cristianos, condenamos el asesinato y vivimos de él. Cada día estamos obligados a nutrirnos con los resultados de una matanza: bueyes, chanchos, corderos, pollos, hígados, riñones, entrañas de hermanos inferiores sin

habla. Ni siquiera los vegetarianos se libran, por cuanto cada hortaliza contiene vidas diminutas, las que miradas con microscopio muestran sus órganos parecidos a los nuestros..."

Guardó sus papeles en la sólida cartera y me miró frente a frente, plácida y escrutadora, midiendo el efecto que el terrible sermón produjo en mi ánimo.

—¿Según eso la vida es el acto de venganza que comete en nosotros un ser que no conocemos, y por pecados supuestos, que tampoco conocemos?

—No caigas en la fe al revés.

—En todo caso, según esa pintura, la vida es el purgatorio anticipado.

La prima se incomodó; pero yo no quería perder el hilo de una respuesta ya algo complicada por su magnitud y añadí de seguido:

—Si la vida consiste en devorar a quien puede más, y en humillarnos constantemente, entonces es muy probable que nuestro espíritu tenga una vida de otra forma, imperceptible para nuestro apetito, y que sirve de alimento cuando no de mano de obra a un amo ignorado, así como el gusano de seda, que no sabe para qué lo vigilan y cuidan.

La prima inclinó la cabeza y sus labios se plegaron tristemente. Comprendiendo con qué hondura pude herirla, le tomé la frente y la besé. El almuerzo estaba servido. Ella me agradeció este arranque y cambiamos de conversación. Quedamos de sobremesa hasta las tres de la tarde, hora en que se despidió, después de decirme que fuera a visitarla en su casa, lo cual me hizo recordar que hacía cinco o seis años que no veía a su madre ni al resto de su familia. Le prometí que iría en cuanto pudiera. Vivían todavía en la calle Ejército, a pesar de los desastres financieros y de la fuga de mi tío Ramón, que es el padre de ella, a quien continuaré llamando prima Carnera.

A eso de las cinco golpearon la puerta y vino la Rubilinda a decirme que "era la señora rubia". Así llamaba ella a la señora Ismenia, la que apareció en el comedor, que es donde recibo, toda vestida de negro y llena de velos como caballo de Forlivesi. Me dijo que pensaba retirarse del mundo, que había cerrado la casa de la calle Camilo y que dentro de poco tendría muchas novedades que contarme.

—Dígame, ¿había oído usted esa hazaña de mi padre en el incendio, durante el terremoto?

—Son mentiras de los reporters —dijo ella con firmeza—. Aunque no necesitaban inventar, por cuanto, si no es verdad eso, en cambio fue héroe de otras hazañas mucho mayores, que nadie conocerá nunca. Las hazañas que el público celebra son hazañas de público, en salsa de mentiras; las verdaderas hazañas personales no se saben nunca.

Después de decir esto con ojos vagos, de loca, añadió:

—¡Ríase, Teresita! ¡Ríase! Tiene la misma risa del papá.

Yo me reí. La vi que ocultaba la cara entre las manos y dos gruesos lagrimones resbalaban por su carne roja de frigidare.

—¡Ríase otra vez!

Entonces me salió una risa de conejo y ella se calmó. Se sentó en la vieja silla en que mi padre acostumbraba divagar y añadió, suspirando:

—Voy a retirarme del mundo, pero antes quiero hacerla feliz. Mi intención es traspasarle mis bienes. Si muriera uno de estos días, mi plata, que no es poca, aunque me esté mal el decirlo, pasaría a mis hermanos, que no me han querido nunca. Me han tratado con crueldad y desdén. Yo he luchado por la vida, como usted ha visto; mi negocio ha sido pensión de artistas.

Yo iba de asombro en asombro. Lo sobrenatural comenzaba a aletear a mi lado; no hallaba qué decir ni qué cara poner, pero, de estar sola, me hubiera puesto a saltar de gusto, igual a una chiquilla.

—¡Ah, sí! —rugió la señora Ismenia, volviendo a lloriquear—. Usted es hija de Pancho y lo cuidó. Toda mi plata y mis alhajitas serán para usted: tengo una lámpara de baccarat; poncheras y bandejas de plata; loza inglesa; sábanas de rico hilo que fueron de la Celimendi; unos aros de platino y brillantes, que le compré a la señora Coucirá, y, para que vea, también poseo jarrones de Sèvres que pertenecieron a los Cousiño. Una casa en la calle Camilo, una casita en la calle Granados y fundo en el ramal de San Rosendo. Además, acciones y bonos...

Quedé aterrada, hundida en placer y miedo a la vez, como si el techo se derrumbara. "¡Delira!", me dije. No obstante, la voz, los gestos de la corpulenta y apasionada dama eran naturales y sinceros, además de espiritualizados por las ojeadas maternas que sin cesar me clavaba. Cuanto decía era más verdad que un rayo de sol.

—¡Señora! —exclamé—. ¡No sabría cómo agradecerle!

Cuando una carece de imaginación, en los momentos solemnes y decisivos, cuando cada palabra precisa vale oro, no encuentra nada. Yo quedé impotente para hablar. En los discursos, la gente sin imaginación dice: "No tengo palabras para expresar..." Ante un paisaje hermoso, decimos que "es indescriptible". Yo dije: "No sé cómo agradecerle". Ninguna expresión emocionada o artística encontraron estos labios mortales, que están siempre chapurreando palabras, sin encontrar jamás el acento lírico en el instante oportuno. Tuve, eso sí, la buena ocurrencia de inclinarme y besar esas manos que han sabido crear hacienda. ¡Benditas manos frágiles y que pueden firmar cheques por cien mil pesos!

Se fue la señora Ismenia, suavemente, discreta, como se va el rayo de sol de la muralla, como ha de irse la Fortuna en sus ruedas aladas después de amadrinar a los mortales.

Quedé sola, presa de un sentimiento enorme y confuso. "Soy rica". ¡Oh palabras tremendas! Ingresaba de golpe en la masonería del dinero, de Don Dinero. Mi cuerpo temblaba alegremente, cual si azogue circulara por mi venas.

Delante del espejo bramé: "¡Soy rica!" Fui al cuarto de papá y prometí velas a la celestial Corte; luego hundí mi cabeza en el seno de la Rubilinda, respirando el aroma de sus secos sudores, con tanto amor cual si fueran rosas de Francia. Ella se quedó mirándome un rato; luego me preguntó:

—¿Será cierto? ¿No se habrá vuelto loca? La hallo media rara a l'ñora.

Me quedé mirándola como quien ve visiones y la víbora de la duda mordió mis carnes.

El pueblo, aporreado, vencido desde el fondo de los siglos, se niega a creer en bonanzas. Si le entregaran fardos de oro, creería encontrar dentro de ellos la engañifa y el fraude

*

Decir que soy "palo grueso" sería poco. Me siento viga y lingote. También he pasado sustos grandes. La señora Ismenia hizo todos los trámites; tuve que firmar papeles y verme con notarios. Pasé por un trance angustioso cuando las monjas del Buen Retiro dijeron que no podían recibirla. No dormí. Al alba, me levanté y fui a tocarle a la prima Carnera. Me notó que estaba sofocada. Fuimos juntas para donde las monjitas y, al fin, conseguimos que la tomaran de pensionista. Tengo en mi poder todas las joyas, la lámpara de cristal de baccarat, los encajes, la platería, abanicos, aros, collares, de todo. Tengo más de tres mil por mes, sin hacer nada; me libro del Departamento Escultural, del Petróleo Surgente, del impuesto a las vacas en funciones.

Ni sé lo que escribo. El diario se resiente a causa de mi sistema nervioso alterado. Tengo acciones de las Cervecerías Unidas, yo, que no puedo ver la cerveza. ¿Y Gastón? ¿Qué dirá Gastón? ¿Para qué me habré comprado cuatro trajes y un neceser? Siento olor a viaje en el aire. ¡De repente, las envelo, y hasta nunca! Me mandé hacer un traje amarillo.

¡Pobre papá! Yo, que pasé la vida de luto, puedo pagarme el lujo de hacer las cosas a la inversa.

A1 fin, fueron las historias del papá las que modelaron mi alma y mi vida. Estoy al margen de la sociedad y me abanico con su qué dirán. Me baño todos los días; ya no podrán echarme a la cara que huelo a descuido. Todo es cuestión de plata. Plata, plata y plata.

Cuando una va al Banco y pasa el cheque, y el cajero pregunta: "¿Cómo lo quiere?", y una responde: "Dos de a quinientos y el resto de a cincuenta", entonces sí que la vida es buena. Dan ganas de abrazar a todo el mundo, de salir trotando, de comer quesillos en el Naturista y darle un beso a Ismael Valdés. La mañana es linda; el mundo, liviano.

La plata remueve lo que hay de aventura en nuestro pasado: las rutas de oro, los piratas; Chañarcillo, el amor, el hambre...

Se ha desarrollado en mí un poderoso instinto de propiedad. Creo que la salud cuida a la salud y la plata cuida a la plata. El que más gasta es el pobre, y el más libertino es el tísico.

He ido a ver mis casas. Es prudente tantear el terreno y valorar el tesoro. Después de almuerzo y con un calor africano, he ido a la calle Camilo, donde está la mayor de mis fincas. Puse la llave en la cerradura, igual que si realizara un rito y me encontrara delante de la puerta del porvenir; ganas tuve de musitar el "ábrete Sésamo" de mis cuentos. Se abrió por fin, y mi sangre se puso a hervir deliciosamente, demostrándome cuán hondo es el deseo de la casa propia en todo ser viviente. ¡La casa!

Estaba vacía e impregnada del frescor agradable de las murallas lisas, donde uno que otro clavo y las sombras cuadradas en el papel revelan la vida que se fue. Las ninfas románticas habían huido para otros barrios, con sus libros, sus afeites, sus pijamas y sus bidés. Una mujer, pálida y seca, a cuya siga iban dos chiquillos tímidos, descalzos, apareció en el marco de la mampara. Era la cuidadora, dejada allí por la admirable señora Ismenia. Melosa, y toda ella reverencias, me fue mostrando la casa con la minuciosidad grave de un inventario, desde el salón, donde en otros tiempos las niñas sonreían a sus fugaces amadores, hasta la despensa y el gallinero, donde un gallo viejo y hambreado se daba ínfulas frente a tres gallinas que picoteaban la cal de las paredes.

—¿De manera que es usted la señorita dueña, la señorita Teresa?

—Sí, yo soy —dije, sin capacidad para disimular la entusiasta convicción—. Yo soy la dueña —añadí, tomando fuertemente, con mi mano derecha, la cruz de brillantes que pende de mi cuello y que es parte del legado.

Luego seguí visitando la casa. Me envolvía un aire de misterio; mis pasos perdían la consistencia, sonando a hueco, a irreal. Me dijo la cuidadora que una de las murallas del gallinero amenazaba desplomarse. Le di algo de plata para maíz y para su propia subsistencia, experimentando la primera importancia de ser patrona. Si hubiera habido un mueble horizontal cualquiera, cama turca, sofá o canapé, me habría descalzado y tendido para dormir "en lo mío", a pierna suelta. Había una desvencijada silla de junco, en lo que fue comedor, y

ahí, sentada, enteramente sola, recordando que las calles de la ciudad, a esa hora y en este mes, son un sudadero, dejé expandirse libremente mi sensación de propietaria, de novísima rica. Todo mío a mi alrededor. Todo mío.

—Mire —dije a la cuidadora—. Mate una gallina y envuélvala. Voy a comerla mañana en cazuela.

Me invadió asimismo el odio a los empleados públicos, a los parásitos y a los políticos, que viven a costillas de nosotros, los propietarios. ¡Pensar que me cobran impuestos! No habrá droga ni ebriedad parecidas a las de tener casa propia y renta. El estado de riqueza cambia hasta el alma y el aire que se respira. Después me marché con mi gallina, dando instrucciones y cerrando la puerta con cuidado extremo, como si acariciara la cerradura. Voy a hacerla pintar.

*

Fui con un contratista a la calle Camilo. Estuvo examinando los cimientos; en el patio encontró desperfectos; ha sido construido después, cuando el casco ya estaba hecho. Habrá que componer algo; en cuanto a los cimientos del cuerpo principal, los estuvo examinando un buen rato. Al fin, exclamó, sin denotar el menor afán de humorismo:

—Estos pilones aguantan más que un contribuyente.

Le pedí que me hiciera un presupuesto. En la tarde fui a La Nación y puse la siguiente carta, en la sección "De nuestros lectores":

Señor Director. Agradeceré a Ud. la bondad de publicar estas líneas.

Siendo la calle Camilo Henriquez una de las más prósperas y de porvenir en esta capital, no se comprende cómo las autoridades toleran ciertos establecimientos reñidos con la moral, y que dan espectáculos vergonzosos, sobre todo de noche.

Una vecina

Febrero 27

Yo no fui nunca mala; yo leía siempre Las Mil y Una Noches, ilustrada; un viejo libro de familia. Tanto me acostumbré a tales historias, que he llegado "a pensar en mil y una noches". Es decir: me posesioné en tal forma de sus personajes, que podría construir escenas al estilo, y hasta pretendo ser una heroína de dicho libro. Más de alguno me creería tonta si dijera que he frotado varias veces la lámpara de baccarat que me tocó en el lote de la señora Ismenia; la froto y pido cosas, asimismo como si fuera la lámpara de Aladino.

Mañana estrenaré un traje blanco y negro, un sombrero negro y cartera, como nunca tuve otra igual, para ver a Gastón. No sé dónde vive. Voy a averiguar en el hotel. La Princesa Esplendorosa fue a buscar al Príncipe Ecurridizo y le dijo: "¿Me reconoces? Tengo una fortuna, en dracmas y castillos, para sumergir a Bagdad".

*

No supieron decirme en el Crillón adónde se había ido. No dejó señas. He quedado triste pensando en él. Me figuro ver sus rasgos y escuchar su voz. Este hombre es mi manía. Creo que algunas veces nos llama la atención de un hombre, al que, a nuestra vez, hemos llamado la atención. Si este incidente ocurre coincidiendo con ciertos estados especiales de nuestro organismo, entonces no podremos olvidar jamás a ese hombre, y llega a ser para nosotras una obsesión, con sus ribetes de locura. El día que lo conocí yo estaba en uno de tales estados. Los médicos debe conocer algo de tan escabrosa materia.

Voy a preguntar en la Legación de su tierra, aunque debe de haberla abandonado, pues ya llegaron el nuevo ministro y personal adjunto. A pesar de ser rica, continuo pendiente de él; y digo "a pesar", bien segura de mis palabras, por cuanto para una pobre el futuro marido lo es todo; en cambio, para la rica es un accidente. La rica escoge y compra hombre a la manera de la señora Rubilar, como si se tratara de una combinación o de un paraguas. Yo sigo pensando en el casorio igual que si fuera una pobre. Es la mayor aventura humana, y sustraerse a ella implica cobardía, indolencia o fracaso. Mi ambición del momento y de todos los momentos, ahora, consiste en ir a Viña del Mar, en pleno veraneo, llena de ropa y de alhajas, con él, sin mirar ni saludar a nadie, en turista, y ponerme a jugar con toda calma, como vi hacer en la película Montecarlo; y pondré en mis labios el rouge importado de Coty, con la indiferencia exquisita de las mujeres familiarizadas con las cosas finas y celestiales. Echaré la pierna arriba haciendo crujir como la paja mis medias, con cuyo precio podría vivir un mes cualquiera familia de clase pobre. Desde mis zapatos hasta el último rizo de la nuca, trascenderé a

esa clase gloriosa, egoísta y brutal que es la espuma de la vida.

Creo en la crueldad de todo, desde el sol, que ha presidido crímenes y desigualdades desde millones de siglos, sin inmutarse.

Iré a Viña en carro-salón; pediré whisky and soda legítimo, traicionando por primera vez al cocktail nacional, prescrito patrióticamente por la crisis. Me haré reservar departamento en el hotel, como los jaibones.

La capital se está vaciando; desaparece su espuma; las calles se llenan de vagos; toman un aire vulgar, decadente. En mi barrio vaga un olor a guano, a basura y a vino barato. La vida, por aquí, es violenta y viciosa; las criaturas tienen aire cínico; parecen viejos y viejas; han perdido la riqueza fisiológica en el hambre y la prisa con que lo aprendieron todo; oír las discusiones de estas chiquillas descalzas produce escalofríos.

En la Alameda, a la luz del día, los rateros arrebatan paquetes, carteras, sombreros, a los transeúntes. Hace poco vi pasar preso, con grillos en las manos, a un muchachote macizo, desnudo de la cintura para arriba, todo ensangrentado. Convivimos en medio de la fiera humana, cuya ferocidad es de nuestra propia culpa. Se siente cómo hierve la población de los arrabales; si hasta ahora todo va bien, es porque me creen pobre como ellos. Anoche escuché gritos de mujer otra vez, en una pieza arrendada, al costado opuesto de donde vive la cartonera.

Me puse la bata y salí, sin arreglo de ninguna clase, para ver lo que pasaba. Desde muy temprano se veía ir y venir a las vecinas y vecinos, demostrando aire contrito.

A la primera que vi fue a mi vecina la cartonera. Puse en sus manos diez pesos, y me quedó mirando. Después me dijo estas palabras conmovedoras:

—Que sea siempre feliz. Para usted no hay clisi.

Quiso decir crisis.

La mujer que lloraba anoche no era la madre del niño muerto, cuyo cadáver ya estaban velando. Su cara demudada, sus ojos sin belleza alguna, sus mejillas rojas e infladas demostraban el paroxismo de la desesperación; una hermana que está empleada le había dado a cuidar el niño, y, como ella también tenía que trabajar, lo dejó solo toda una tarde, y el niño, atormentado por la sed, bebió en un jarro de agua de cuba. El dolor de la mujer consistía en el remordimiento y en que no hallaría cómo excusarse con la madre. Por eso, se retorció de dolor, gritando:

—¿Y qué me dirá ahora? ¡Qué me dirá! ¡por Diosito!

El cadáver del niño, iluminado por las velas, es horrible: tiene una cabeza enorme y deforme. Lo llamaban Danilo, como los príncipes de El Danubio Azul. ¡Esperanzas de madres!

Quise darle plata a ella, pero ni veía ni escuchaba. En el cuarto vi un cuadro del purgatorio, con unas llamas enormes, donde los penitentes se cuecen implorando a la Virgen.

A la una llegó el auto de la Asistencia para llevarse a la pobre mujer, alegando que está loca furiosa. Ella nos imploró pidiendo auxilio. Sus ojos se espantaron y se le salieron, como si viera al diablo, cuando los agentes la convidaron a subir; las mejillas flacas se le hundieron, y la boca, donde le quedan dos colmillos, quería morder. Se defendió como la bestia pillada que quisieran arrancar de su caliente madriguera. La pobre mujer nos miraba y venía gente de todas partes, y esos arroyos formaban un charco de curiosos, todo hecho de ojos negros, devorando a esa pobre.

Cuando la echaron en el coche, su cara estaba manchada de sangre y lágrimas: Sonaron las bocinas, como las trompetas del Juicio, y el coche se la llevó. ¡Papú.... papú..., papú!...

LA CASA DE MI TÍA

Ayer vino la prima Carnera a decirme que su mamá tenía deseos de hablar conmigo; en vista de eso me invitaba a almorzar. Estaríamos ella, sus dos hijas y una "gran figura" de la política. El primo ha salido a veranear.

Hoy, a la una menos cuarto, me puse el traje negro y encaminé mis pasos hacia allá, recordando las aprensiones que nos asaltan en el camino de los dentistas. La casa está situada en la tradicional calle Ejército, una parte bastante aristocrática,

cerca del templo de moda. La tía Carmela es viuda de un hermano de mi padre y justifica plenamente el aforismo que dice: "En toda beata santiaguina hay una Quintrala que duerme". Católica, es de esas que hacen del catolicismo un arma ofensiva; se ceban en cualquier flaqueza humana o torpeza, como ser en la blasfemia de un pobre diputado, digno de la caridad cristiana. El hecho ocurrió recientemente, y mi tía no perdió la ocasión de sumergir al pobre diputado en una ola de desprecios e injurias, por medio de una carta que dio a la prensa.

La santa dama divide sus cariños entre el confesor y el médico de moda; el confesor le extrae guijarros del alma; el médico le saca piedras del hígado. Así va viviendo limpiamente.

Mi tío, según oí decir, fue hombre débil de carácter y bonachón. Ella lo succionó. Mi tío tuvo, como muchos caballeros santiaguinos, la manía de los remates; remataba de todo: dentaduras postizas o cóndores

disecados. Le daba lo mismo subastar un guardapelo de la esposa de un oidor que la escupidera de un notario. Compró un galpón en la Avenida Matta para meter todo eso; el galpón se incendió —sin seguros— y mi tío murió de la barriga.

La mejor persona de la familia es la que he dado en llamar prima Carnera. Es Iturrigorriaga pura. Se parece al grabado antiguo del antepasado marino que, al decir de mi padre, estuvo en el sitio de Tolón y en la batalla de Trafalgar.

Mi tía Carmela es alta, seca, de ojos lánguidos, sin expresión; la barbilla corta y brutal; su paso firme; comienza a despuntarle el bigotillo. Vista por detrás, en las mañanas, a la salida de misa, metida en el levitón negro, tranqueando decidida en sus zapatos dreadnought, parece cura. Cualquier gesto espontáneo o juvenil cerca de ella queda segado en botón. En su dormitorio tétrico hay siempre un jarro de agua de matico, junto a la pileta de agua bendita cruzada de palmas; encima, un retrato de S.S. León XIII; la cama, especie de catafalco, es dura y estrecha; los muebles oscuros, secos; las sillas de jacarandá, como la cómoda, tapadas con lienzos blancos, cual cadáveres amortajados. El salón es antiguo, estilo colonial, sin ser estudiado ni hecho así ex profeso; se ven retratos de antepasados, candelabros, cornucopias y sillas fraileras de cuero pintado al fuego. Las únicas personas que recibe en dicho salón, tapizado de rojo, son su confesor y el doctor Aravena, que está de moda a causa de las presiones arteriales, y cuya amistad se pelean las señoras jaibonas. Tres veces al mes abren el salón para barrerlo y saturarlo de incienso. En las noches reza el rosario en una capilla que fue bendecida por Monseñor

Fontecilla, en compañía de sus hijos, de las sirvientas y del viejo cochero del "americano", porque mi tía, como don Ramón Santelices, conservó su coche americano, forrado de tela verde oscura, con un pito para llamar al cochero y enchufe auricular. Por lo demás, esos coches americanos son cómodos y están impregnados de moral pasada.

Nuestra familia se derrumba en la decadencia por cualquier lado que se la mire; el hecho de tener un tío figurón y rentista en la política, como es don Juan de Dios, no quiere decir gran cosa, porque en América los hombres no valen ni son respetados sino por sus negocios. Los Iturrigorriaga han dejado de ser ruedas con dientes dentro de la maquinaria social; son adornos, o tuercas, en el mejor de los casos. Nuestra bisabuela, doña Mencía Iturbe de Iturrigorriaga, legó la mayoría de sus bienes al Arzobispado; una de las cláusulas de su bullado testamento mandaba construir un Internado para Damas Vergonzantes; otra cláusula mandaba crear un Sanatorio para Tuberculosos. Ni una ni otra fundación vieron la luz, sin que ninguno de nuestros parientes osara protestar, por cuanto eso no es de buen tono. Un eminente conservador, al decir de mi padre, cobró porcentajes en la administración de esos bienes, y el resto se hizo humo. Solía decir mi padre que el confesor de doña Mencía colocaba debajo del lecho de la buena anciana un organillo de los antiguos, que tocaba el Ave María de Gounod, haciéndola creer que eran armonías cantadas por escuadrones de ángeles dispuestos en ronda sobre su lecho, listos para llevársela de sopetón al cielo, sin pasarla por los engorrosos trámites de antecámaras tan desagradables como el purgatorio. Entiendo que en cierta época las damas santiaguinas fueron impregnadas de un terrorífico miedo colectivo al

infierno; los escrúpulos previos a la confesión produjeron en ellas serios trastornos nerviosos; se narraron casos espeluznantes de pecadoras que dejaron de confesar alguna falta y sufrieron castigos tremendos. Decían que, mirada desde lejos, una mujer confesándose dejaba ver los sapos y culebras de fuego escapando de su boca; pero, si un solo pecado quedaba dentro, entonces todas esas alimañas volvían a integrar el cuerpo impuro, entrándosele nuevamente por la boca, las orejas y las narices.

De esos tiempos espantosos es la tía Carmela, a cuya mansión fui al almorzar. Mi papá solía ridiculizarla; no creía en los pechoños; decía que Darwin hizo bien en colgar una cola de macaco en las espaldas de la petulancia humana, creída de origen divino. Mi tía es bastante dura para juzgar a la gente. De cualquier persona un poquillo desequilibrada dice: "Es una basura".

A la una en punto llegaba a la puerta de la cita y tocaba el timbre. En la calle había multitud de hombres y mujeres provistos de tarros; era el día del reparto de limosnas católicas en la casa: quince pobres recibían sopas de pan y veinte centavos en efectivo. Esta aglomeración, frente a la fachada lisa, donde se ve la antigua cañería del gas con formas de cruces y de estrellas, da a la casa de un solo piso el aspecto de un edificio público, entre cuartel y cabildo.

Me abrió la puerta un sirviente viejo, encorvado, aplastado, sin voluntad. Su rostro mostraba grandes ojeras azulosas y surcos negros; tenía todo su aspecto algo de cadáver. En muchas casas abundan estos cadáveres vivos. Después apareció una sirvienta, seca

también y sorda. Me hizo pasar a una salita agradable y fresca. Ahí vi la primera serie de retratos de familia, donde no faltaba uno que otro Iturrigorriaga. El tipo de esta familia, aunque me esté mal el decirlo, es distinguido y hermoso. El marino Sebastián de Iturrigorriaga, el primero que llegó a Chile en La Virgen de Begoña, velero de su propiedad, era grueso, de ojos claros, frente amplia, narigón y orejudo. Se radicó en Concepción y fue agente de la firma Mendiburu, "los Rothschild del Sur". Se casó con una maucha y quedamos emparentados con los Sotas, Urrutias, Benaventes y Manzanos del Piduco al Bío-Bío. De allá vinieron a Santiago, a figurar en la política.

No tardaron en presentarse a saludarme la prima Carnera, cuyos detalles físicos ya conocemos, y la menor, llamada Mencía, en recuerdo de la abuela; es una chiquilla agraciada que bordea los veinte setiembreros. Es fuerte, sin ser gruesa; blanca, de cabellera castaña y negros ojos redondos, no tan expresivos ni inteligentes como los de su hermana. No me veía de mucho tiempo atrás y seguramente la intrigó mi prosperidad, por cuanto sus ojos curiosos y brillantes me valoraban de hito en hito, resbalando del sombrero hasta los zapatos, después de detenerse maravillados en mi cruz de brillantes. En el acto le tomé simpatía; hablamos simplemente del calor y del veraneo. Ellas irán a pasar algunas semanas en cualquier hacienda, vagamente de la familia, una de las piltrafas restantes de la provincia que nuestros bisabuelos poseyeron en las márgenes del Bío-Bío, "el Rhin de los bárbaros chilenos". Cuando entró la tía Carmela me puse de pie y me pareció pequeña; es verdad que había pasado sin verla algunos años; soy más alta que ella, y me lo dijo:

—Si te encontrara en la calle no te hubiera reconocido.

Ella atribuye nuestro alejamiento al carácter huraño que distinguió a mi padre; yo lo atribuyo a las diferencias de posición social por el dinero. El comedor, adonde pasamos en seguida, está situado al fondo de un pasadizo sombrío, sin ventanas, con una sola puerta grande, que permaneció abierta. Hay dentro dos cuadros religiosos, sombríos como la pieza, y unos platos de metal en la pared, con motivos campestres en relieve. El conjunto es oscuro y estrecho. Cuando invitan a una parienta desplazada como yo, quiere decir que desean saber o pedir alguna cosa. En las actitudes de mi tía notaba la impaciencia por saber algo. No obstante, sus miradas eran glaciales. Desdoblábamos las servilletas cuando sonó el timbre, se escucharon pasos y apareció el hombre eminente en el umbral. La tía le gratificó con una de sus sonrisas forzadas e instantáneas; me presentaron. Él apenas me honró con ojeada rápida. Su cráneo ha de estar repleto de cosas trascendentales para dar importancia a las minucias. Quedé entre la tía y la prima Carnera, cuya vecindad a mi derecha era reconfortante y cálida. El caballero se puso la servilleta a la moda antigua, en el cuello, como hacen en el cine los actores viejos en papeles de rústicos. Este detalle, lejos de chocarme, me reconfortó, por recordarme a mi padre. ¡Pobre papá! Era de la generación del cuello duro, de las camisas de dormir largas y de la zarzuela. Nunca pudo tragar al cine.

—¿Saben quién murió esta mañana? —interrogó el caballero en cuanto se hubo sentado.

—¿Quién?

—Don Javier Parra.

El anuncio de una muerte es siempre un excelente aperitivo en las comidas. La cara de mi tía se animó; las primas se acomodaron para escuchar.

—¡Pobre! Lo vi hace algunos días y por cierto estaba bastante escuálido.

—Cuando el hombre adelgaza del tongo es mala señal. Se nos va por escotillón. Era un esqueleto.

—¿Cuánto deja?

—No se sabe todavía, pero parece que exageran mucho su fortuna.

—En todo caso el fundo sin hipoteca...

—Era un hombre muy metódico. Eso sí, los impuestos a las herencias, y las particiones... Ya conoce usted lo que será eso...

—¿Qué enfermedad padecía?

—El hígado. Parece que le sacaron un litro de pus...

La sirvienta pasó la cazuela. Sirvieron primero a mi tía, luego al caballero, después a mí. A pesar del largo tiempo que permanecí ausente de las relaciones con los parientes, mi tía denotaba sin esfuerzo la idea insignificante que de mí tenía. Ni me interrogaban ni me dirigían la palabra. En general, la gente no respeta otra

cosa que los títulos, la figuración social espectacular, los cargos que desempeñamos. ¿Cómo podía esperar yo una consideración cualquiera? Sin embargo, la familiaridad despectiva, tan visible para conmigo, hizo que me pusiera en guardia y que reuniera mis fuerzas en vista de una ofensiva.

Siguieron hablando de enfermedades.

—Dicen que la Clarisa Torres fue operada de almorranas.

—Así he oído. Los Torres, ya se sabe, todos padecen de eso —dijo el caballero, sin levantar la vista de su plato.

—Lo terrible para ella fue que no pudieron anestesiarla, y daba alaridos.

—Mi médico no anestesia jamás a las personas de más de cuarenta años, salvo cuando hay peligro de muerte.

En ese momento la sirvienta entraba la corvina fría con mayonesa y tomates. Sobra decir que la mayonesa me pareció un montón de pus coagulada y los tomates tomaron la forma de enormes almorranas. Tuve que hacer un serio esfuerzo para cambiar tan nauseabundas ideas y poder llevarme a la boca esos manjares.

En ese instante, el caballero, como quien hace un enorme servicio, me interrogó lo mismo que si fuera una criatura, preguntándome si era hija de Pancho Iturrigorriaga. Le dije que sí. Sonrió un rato.

—Es increíble. Me parece estarlo viendo soltero, cuando llegó de Londres. Era muy simpático Pancho.

Me da rabia el tonito que emplea todo el mundo para hablar del papá. Ese almuerzo era tétrico. El vino estaba acaparado por mi tía y el caballero. Como no me ofrecieron, yo le dije a la sirvienta:

—Haga el favor de servirme vino.

Una bomba hubiera hecho menos efecto. Me miraron consternados. La misma criada parecía esperar una orden tácita de su ama, antes de resolverse a romper las reglas de la fortaleza. Por fin, me sirvió tres dedos del néctar de las bodegas católicas, a las cuales creo tener perfecto derecho ¿Soy o no soy vinosa? ¿No existen acaso el Iturrigorriaga "reservado" y el "especial"?

Yo estaba dispuesta a demostrar que, si tengo aspecto de mosca muerta, en cambio puedo dar sorpresas de avispa. ¿Somos o no somos? En esa casa todo era sumisión al general en jefe (mi tía), pero yo estaba dispuesta a dar el asalto. Mi cara debía tener algo agresivo, lo cierto es que la conversación se desvió de los temas médicos y se radicó en mi persona.

Era de esas casas espantosas donde diariamente, y cuando no hay testigos, sirven un solo bistec, de filete o de punta de ganso, a la dueña de casa, mientras los chiquillos se quedan saboreando. La copa de vino, que apuré de un sorbo, me dio valor para vengarme en nombre de mis pobres primos.

—¿Y tú? ¿Vas a veranear? —me preguntó la tía, duramente.

—Sí, voy a veranear —dije, saboreándome.

—¿A qué parte?

—A Viña del Mar.

—¿Con quién vas? —preguntó mi tía, visiblemente asombrada y nerviosa.

—Sola, o con la empleada; aún no he resuelto.

Este pequeño tiroteo, precursor de la batalla, fue extraordinariamente vivo y de cierta emoción. Fue algo así como un tanteo y equivalía a preguntarme si serían verdad los rumores que corrían sobre la donación o el traspaso con que la suerte me había favorecido. Durante el tiroteo, las miradas estaban fijas en mí. Los cubiertos pararon de funcionar, lo menos dos minutos. Yo esperaba anhelante la vuelta a la carga, que no tardaría en producirse. A todo esto, la tía se puso a examinarme la cruz de brillantes, que fue de mi bienhechora madrina o mamá adoptiva, doña Ismenia.

Bajando nuevamente la vista sobre el plato, volvió ella a decir:

—Está tan carísimo el veraneo en Viña. Un chalecito por la temporada vale cinco mil pesos. ¡Ahora los hoteles! ¿A qué hotel vas tú?

—Al nuevo: al O'Higgins. Hice reservar un departamento.

Me miraron desconcertados. Ya no sabían si estaban oyendo la verdad o si se encontraban frente a una insana. Solamente la prima Carnera conservaba

confianza en mis palabras: me conocía. Se produjo un silencio abrumador de cinco minutos; la digestión de mi tía estaba paralizada. La prima menor tenía el aire de presenciar un escándalo. Revolviéndose como leona en la jaula, mi tía volvió a preguntar:

—Pero entonces... ¿es cierto lo de esa donación?

—Ya lo creo que es cierto.

Suspiró entonces; iba a hablar otra vez, pero miró a sus hijas y la voz se apagó.

Era shocking preguntar ciertas cosas delante de esos angelitos. Comíamos el asado, y luego llegó el postre de duraznos. Yo estaba más conforme porque ya no me consideraban como a una pobre ave, y aun, a hurtadillas, observaban mi enorme y gozosa satisfacción. De tener la cartera a mano me hubiera dado rouge, pero la dejé en el vestíbulo. Creo que al caballero comenzaba a hacerle gracia mi actitud; por lo menos no dejaba de sonreír discretamente. La madre y las hijas cambiaban miradas de resignación al topar con mi exuberante juventud.

—Pues nosotros —dijo la tía— vamos modestamente a las Tejuelas, cerca de Curaco. Allá se descansa de veras. ¿Y usted adónde va?

—¿Yo? A ninguna parte —dijo el caballero—. Me quedo aquí. Creo que esos descansos en el campo son una pura ilusión. El aburrimiento se masca en las aldeas y los fundos, debajo de los árboles, y cada mañana nos levantamos ansiosos por comprar los diarios de Santiago.

—¿Cómo puede decir eso? El Sur es una maravilla.

—Para ver pasto me voy a Apoquindo. Además, con la propaganda al turismo, esos hoteleros gazuzos esperan a un argentino, y si no llega, como es lo más probable, se desquitan en nuestros huesos.

—Pues a mí me sienta muy bien. Ya le he dicho a ésta —dijo, señalando a la menor de mis primas— que prepare el almofré para ir metiendo colchones y almohadas.

—El almofrej —corrigió el caballero, respetuosamente—. El almofrej. ¿Tienen ustedes todavía el almofrej?

—De mis abuelos.

Esta palabra me hizo aguzar el oído, porque mi padre también usaba ese utensilio.

—¿Está usted seguro de que se dice almofrej?

—Segurísimo. Es palabra árabe, como el ojalá, como almohada, como alférez y tantísimas otras.

Mi tía se dio por vencida, y esta inesperada lección de idioma echó en la sobremesa un manto de dignidad y distinción. Una vez terminado el café, hizo un signo a sus hijas para que se retirasen y a mí me detuvo, quedando solas las dos con el caballero. Comenzaba a desarrollarse el verdadero motivo de la invitación.

—Deseaba hablarte —me dijo— a propósito de esa donación —pausa larga—. Desde luego: ¿es donación o traspaso?

—No sé exactamente —le respondí con temor, lamentando que quisieran entrometerse en mis asuntos para sacar su piltrafa.

El caballero entró a ayudar a mi tía, diciendo:

—Las donaciones son muy diferentes de los traspasos y tienen sus puntos delicados en nuestra ley. ¿Acaso esa dama era soltera?

—Soltera, y reconoció una deuda a mi padre. Los papeles están en regla.

—Sería muy conveniente revisarlos —arguyó mi tía.

—En todo caso, los bonos son al portador y haré de ellos lo que me dé la gana.

—¡Qué niña eres, Teresa! Para empezar, no debes hablar a nadie de este asunto. No sería muy decoroso para la memoria de tu padre.

—¡Ah, no tía! Yo no soy una niña y no permito esas palabras. El decoro de mi padre está por encima de todo. No veo en qué pudiera sufrir el decoro del papá, a quien sus parientes ricos abandonaron cuando estaba enfermo y pobre.

—Nadie lo abandonó. Has de saber que él era huraño... No lo negarás.

—Era orgulloso, sin vanidad. Cuando se vio pobre a nadie recurrió.

—A nadie indicó su domicilio.

—Si lo hubiera indicado, peor fuera.

—Hijita. Creí que se te podía hablar como a una mujer. Has recibido una donación que proviene de... negocios... poco lícitos.

—No acepto. La señora Ismenia tuvo pensión de artistas, y este negocio me parece tan lícito como la compraventa, los remates o los cambios de gobierno. Además: no comprendo que el haber yo recibido una fortuna haga sufrir al decoro de la familia; según ustedes, nuestro estado honorable y decoroso es el de ser pobres como ratas.

—¡Dios mío! ¿De dónde sacas esas teorías?

A todo esto, el caballero, "preparado y de gran figura", jugaba con sus dedos en las rodillas.

—Ya sabes que a ella la llamaban la Pecho de Mármol...

—Sí, sí, lo sé. Como a don fulano lo llaman el Buen Ladrón y a la señora Cepeda Madame Recamiércoles...

—¡Jesús!

—Es preciso poner los puntos sobre las íes. Todo el mundo tiene apodos en Santiago, y que a la señora Ismenia la llamaran la Pecho de Mármol no quiere decir nada.

—Entre quién sabe qué gentes.

—Entre lo mejor. ¿Acaso no sé?

—Hijita. Si te hablo es por tu bien.

—Prefiero no hablar de eso.

—¿Admitirás una última palabra?

—Siempre que no oiga nada despectivo para mi padre ni para mi madre adoptiva.

—¡Oh! —exclamó, poniéndose de pie—. Tanto peor para usted, Teresa— el tuteo había terminado, y también me puse de pie.

El caballero no hallaba qué cara poner. Se trataba seguramente del abogado de la familia, a quien pensaban iniciar en el lindo negocio de brujulearme.

—Hemos terminado— dijo mi tía en tono teatral, dándome a entender que partiera.

Salí, dando un terrible portazo. Estoy segura de que mi persona le ha proporcionado tema para varios meses. Por lo menos, eso tendrá que agradecerme, aunque asegure que soy una condenada y haga rociar con agua bendita las sillas que ocupé. Los parientes son obligaciones y fiscalizaciones; el espíritu de familia comienza cuando se creen tener algo que sacarnos. Entiendo que han pretendido hacer servicios a algún amigo y abogado de la casa, incrustándomelo de tutor. Sería gracioso que, habiéndome librado de la tiranía de

la pobreza, me entregara así, liada de pies y manos como un corderillo que llevan al matadero, a la tiranía de los parientes, de sus imposiciones y de sus amigos.

Fui al asilo de mi bienhechora. Una monjita salió a abrir la puerta y me quedó mirando con cautela; cuando recordó que yo era Iturrigorriaga y que había estado allá con mi prima, sonrió y me dejó pasar. La prima Carnera es un pasaporte entre la gente beata. Vive entre curas y monjas. Si tuviera la dote requerida habría entrado ya en un claustro para monjas aristocráticas que hay en San Bernardo. Si todavía no es esposa del Señor, ello se debe a que no ha conseguido la dote.

La monjita que me abrió la puerta me condujo por el pasadizo hasta un ancho patio, donde se ven palmeras, limoneros y naranjos, que dan al claustro el aire de un agradable y tranquilo latifundio. La pieza de la señora Ismenia se encuentra en ese claustro y estaba abierta. Al verme, dejó su labor de tejido, se puso de pie y sus ojos se iluminaron. Yo me turbo ante ella, por cuanto comprendo que ve en mí a su amante, esto es al fantasma de mi papá. Todo en su pieza recuerda a mi padre, desde la palmatoria, que era la suya. El luto no le va mal. Se ve más serena y hermosa; ya no se pronuncian los bolsillos de sus ojos hasta hacerlos desagradables, como antes ocurría. Tardó en desprenderse de mi taller, y me indicó una silla, sin dejar de mirarme. Me preguntó por mi vida y por mis nuevas ocupaciones. Le conté todo, y en primer lugar la visita a la tía Carmela.

—No esperes nada de ahí —me dijo, sonriendo con indulgencia.

Bajé la vista. Eran las cuatro y media. No se escuchaba más ruido que el de cascos de caballos o el rodar de automóviles en la amplia avenida. Ella me miraba amorosamente, buscando la risa, el tic, un gesto cualquiera que le recordara a mi padre. El calor fuerte nos adormecía en un sopor agradable de vegetales. A las cinco pidió el té, que una muchacha le llevó, con dos tazas. La plata me ha puesto azogue en las venas; no estaba divertida en absoluto, ni siquiera confortable, pero sí posesionada de un sentimiento del deber para con ella y mi padre. A veces creo que el espíritu del viejito está presidiendo todo esto.

—Lo que sí me va a traer, mijita —me dijo, después de un rato—, son las camisas y ropas de su papá. Quiero tenerlas conmigo.

Le dije que no tardaría en llevárselas, y volviendo mi mirada curiosa por la mesa y las paredes, comprendí que esa habitación se convertiría poco a poco en un museo del papá. Sería la ciudadela o santuario de un amor muerto.

Ya estaban ahí su sable de La Placilla, su casco de bombero y una media docena de retratos por fotografías antediluvianos, como Garreaud y Spencer. ¿Vendrán a decirme que un hombre capaz de ser amado en esta forma fue indecoroso?

Cuando me despedía de ella, no dejó de hacerme advertencias sobre el dinero:

—Ni tutores ni abogados. Viva y diviértase. Vaya a veranear, pero no toque nunca el capital. La vida es

breve: es preciso coger pronto sus rosas y exprimirlas, guardando sus perfumes para la vejez.

Al decir así, cogió uno de los retratos del papá y lo besó cual si anhelara desteñirlo. Después me impuso del negocio del fundo de San Rosendo. Iba a quedar vacante en marzo, y era menester alquilarlo o trabajarlo. Naturalmente lo mejor sería realquilarlo. Las órdenes estaban dadas. Se trataba de un fundo pequeño y de escaso rendimiento, dotado de casas confortables.

Está visto: voy a desquitarme de mis penurias. Es preciso arrancar de mi cuerpo la costra de las pobreza. Reservé departamento en el Gran Hotel. Bien merezco regias vacaciones después de tanto penar: Pasé la Pascua sin tomar un cola de mico, sola y encerrada; pasé el Año Nuevo oyendo los cohetes desde la cama. Le mandé a la señora Ismenia la ropa blanca del papá para que duerma con ella, o se haga calzones. Jamás he conocido una mujer más romántica; parece la dama de las camelias.

He sabido por los diarios que Gastón está en Viña del Mar. Allá lo veré. Llevo una cantidad de trajes, de sombreros y de zapatos de todos colores; por fin me entregaron los vestidos de noche: lamé oro y lamé plata. Es preciso vivir alguna vez; después se muere una, como la mayoría de las chilenas sin haber vivido, como no sea a través del cine. Tengo prisa por conocer el misterio de la vida y aseguro que no me embarga el menor escrúpulo a causa de mi duelo reciente. Además, segura estoy de que mi padre me aprobaría; él se educó en Inglaterra, y recuerdo que le oí contar la siguiente historia: Una noche se encontró en el Music Hall con su amigo íntimo, el señor Weston, cuya esposa habían ido

a enterrar ambos en la mañana. El señor Weston, lejos de confundirse, le dijo: "Tan triste ha sido para mí la muerte de mi adorada Mabel, que he venido a buscar el olvido en el whisky y el baile". ¡He aquí una manera práctica y recta de contemplar la vida! Yo llegaré a Viña sin dar explicaciones a nadie: voy porque lo creo conveniente; quiero comer al borde del mar, respirar yodo y dar mi pequeña cuota al Casino. Ardo en deseos de sacar el secreto a la ruleta. Nada de eso conozco; nunca pasé más al sur de San Bernardo, ni más al este de El Golf. En San Bernardo montaba a caballo. Todo eso quedó en el archivo de los recuerdos. Compré una maleta-armario, un neceser, maletitas de mano y saco para ropa sucia, con iniciales barnizadas.

Está todo dispuesto. Partiremos mañana en la tarde, en el expreso; digo "partiremos" por cuanto me llevo a la Rubilinda. ¡Pobre Rubi! Está sofocada, no sabe qué hacerse. Antes de partir he cumplido un deber sentimental y penoso: fui a despedirme de la señora Rubilar, a quien no encontré..., y de la cartonera. La pobre quedó mirándome un rato largo, sin hablar; estaba sentada en su silla, envuelta en el olor a goma y a cola barata; no dejó de manipular sus cestos, sus marquitos y cajas, que está pegando para entregar mañana. ¡Pobres mujeres populares! Le pregunté si se acordaba de la noche en que llegué precipitada y deshecha a abrazarla; aquella noche de mi tragedia. Me dijo que sí. La abracé después de hacerle un regalito, rogándole que vigilara nuestra puerta. Igual cosa hemos pedido al carabinero, aunque la verdad es que, por mí, se podrían llevar todo, menos las camas. Me despedí de la cartonera, de esa rosa marchita de conventillo, que morirá sin escuchar los fascinantes ruidos del mar, mezclados con los aletazos del viento, cargado de carbón y sal, de Valparaíso.

Tampoco escuchará jamás el ruido de las fichas de Escudero. Me dijo que había hecho una manda a Mesa Bell para que le integrara al marido. ¡Pobres obreras chilenas! He visto en el barrio lo que jamás creí posible ver: mujeres astrosas hurgando en los tarros de basuras un alimento repulsivo.

¡ GASTÓN, GASTÓN, VENIR TE SIENTO ! . . .

Esta noche me dije: "Es preciso tomar posesión de Viña, y para ello lo primero es ir al Casino. Cuento con los billetes, un vestido lamé argent de escotes triangulares hasta la cintura, y un pasaporte. Es todo lo que falta".

Calculé sagazmente, y "por libro", mi entrada en la sala de juego. Desde la puerta, y antes de que el mozo la abriera, escuché el ruido seco de las fichas, igual a un entrechocar de canillas humanas, aunque los poetas pretendan otras cosas. Serían las once de la noche. ¿Era aquello el vestíbulo de la muerte o la antesala de la gloria? No lo sé; en todo caso, el frío de las emociones me onduló por la espalda. Sin embargo, al penetrar en la famosa sala de juego, experimenté una desilusión; el ruido de canillas producido por las fichas se acordaba perfectamente con esa sala grande y blanca, sin adornos, como una clínica, donde las mesas de juego parecen mesas de operaciones. La gente que jugaba, en su mayoría hombres y viejas del tiempo de Mabel Norman y de Perla White, era ordinaria, sin asomos de picardía, todo lo contrario de la gente que yo esperaba ver, de acuerdo con las películas, donde salen espías, falsos condes napolitanos, princesas rusas y ladrones de frac. Los únicos elegantes en esa sala tétrica, sin cortinajes, ni alegría, ni vista al mar, eran los crupieres argentinos. Después he oído que se trata de la sala de juego más fea y triste del mundo.

En ese instante me reconoció una chiquilla. Había estado en el colegio conmigo, contrajo matrimonio con un comerciante y habitaba en Valparaíso. Corrió hacia mí y me abrazó fuertemente.

—No podía reconocerte. ¡Estás regia! ¡Te has casado?

—No, Laly. ¡Qué ocurrencia!

Me tomó del brazo y se emocionó hasta las lágrimas, diciéndome que estaba divina; yo le dije a ella parecidos cumplimientos, pero nada sinceros, ni ella los creyó siquiera. Estaba triste, gorda, ojerosa, de un color malsano.

—No te cases, Teruca, es una calamidad —me dijo al oído—. Consérvate así, eres una reina. Mira cómo todos te admiran.

En efecto, eché una ojeada a la sala y noté que hombres y mujeres me miraban con embeleso, haciendo preguntas en voz baja: Laly iba orgullosa de mostrarse conmigo. Algunos conocidos de Santiago se quedaban mirándome de hito en hito, como si tardaran en identificar mi esqueleto. Debo de haber parecido una sirena, aun cuando sin afeites y al saltar de la cama parezco simplemente trucha gordita, de estanque.

—¡Pero qué joyas! ¡Qué vestido! ¿Te ha caído la lotería?

—Sí, Laly. Me han pasado las cosas más raras. Hace dos meses creó que estoy soñando.

—¿Y tu papá?

—El pobrecito. Acudió a la cita con la tierra.

Laly me miró abriendo más sus ojos abotagados. ¡Y tan bonita que era antes de casarse!

—¿Eres feliz en tu matrimonio?

—No, y te lo repito: no te cases. Así te envidiará todo el mundo. Los hombres correrán detrás de ti. Las ricas no deben casarse y así su vida es un flirt sin fin. Ya ves a la marquesa Bariatianky: un día es un pintor célebre; otro día es un luchador romano. Nadie la critica; al contrario, la envidian. ¡Mírala!

En ese instante entraba la Bariatianky envuelta en perfumes violentos, fumando en una larga boquilla de ámbar y brillantes; el collar enorme le llegaba hasta las rodillas; iba rodeada de tenientes aviadores, de cabros preciosos de diversas categorías.

—¿Está aquí tu esposo?

—Sí. Está jugando —dijo Laly—. Así son todos los hombres actualmente: confían en las caídas del Gobierno y en los saltos de la bolita. Mira: el matrimonio actual es peor que la poligamia turca, porque el turco tiene a todas sus mujeres en la misma casa; en cambio, el monógamo tiene a la querida en un palacete y deja para la legítima los malos humores y la miseria.

—¡Qué desengañada estás, pobre Laly!

Me tomó del brazo fuertemente y exclamó:

—¡Tienes todavía ese cuerpecito moreno de plasticina! Tú me has traído consuelo. Eres de esas amigas que quitan los nervios. ¿Conoces a alguien en Viña?

—Sí: al diplomático Gastón X y a la señora Rubilar. ¿Los has visto?

—¡Claro! Son la crema del veraneo; deben estar en el cabaret.

Al decir esto un viento frío se me coló por el cuerpo. ¡Gastón, Gastón, venir te siento! Se aproximaba el gran instante, cuando la Princesa Esplendorosa sacara de su misterio al Príncipe Ecurridizo. No podía ser más oportuna la ocasión: los hombres me miraban, dándome la clave de mi potencia fascinante, con esas miradas que avisan, donde se ve que establecen comunicación de la central telefónica con los Países Bajos. En ese momento nos aproximábamos a la mesa de juego, donde se escuchó un quejido de niña herida. Laly me dijo:

—Es la pobre Chichola que perdió un pase.

—¡Cero! —cantó el implacable crupier.

Comenzaba a producirse el frufrú caliente de las aglomeraciones mundanas, donde el Guerlan y el Coty se mezclan con las transpiraciones, produciendo un fuerte olor a repollo con engrudo.

*

Penetré en el cabaret enteramente sola para desarrollar mi plan aparte de trabas, después de despedirme de la pobre Laly, avecilla disecada por el marido. Cuando el mozo separó la cortina di una mirada dominadora a la concurrencia; puse el pie derecho de punta al suelo con el talón en el aire; la mano derecha en la cadera, la

izquierda en la mejilla. Medio minuto en esta posición bastó para que la sala entera convergiera hacia mí.

Era algo aéreo. No habiendo figura central a quien saludar, dirigí mis pasos a la mesa donde estaban la señora Rubilar, Gastón y una niña rubia adorable, de carne blanca transparente y un traje color humo. También estaba con ellos un joven alto, esbelto, despreocupado, todo lleno de elegante desdén. Los jóvenes se pusieron de pie y solamente ellas me pasaron sus albas manos desde sus asientos.

—¡Qué milagro es éste! —exclamó la señora Rubilar, poniéndose ligeramente sonrosada—. Está usted divina, cada día más joven.

Me dieron asiento y después de pedir el patriótico rotting pude observar a Gastón a mis anchas. Frío, glacial como otras veces, no dejaba de echar miradas discretas a mi indumentaria. Por mucha que fuera mi emoción, y por muy grande el interés que tuviera por verle, hube de dedicarme al otro joven, pues la señora Rubilar acababa de presentarnos. Le miré un instante, fingiendo la mayor concentración de recuerdos, y le dije:

—Yo lo he visto a usted en alguna parte, y no puedo olvidarlo. No sé dónde, pero su figura no me es extranjera.

Noté que Gastón sonreía algo irónico. La orquesta terminaba de tocar La Cucaracha, que aún no he aprendido por mal de mis pecados. Pero en terminando ésa, otra orquesta sería rompió el tango. Habían apagado las luces. Gastón se puso de pie, pidiéndome el talle. Era el momento deseado. Al llegar con él al otro

extremo de la sala, paró bruscamente de bailar, y yo le dije:

—Pocas veces he encontrado un partenaire que se avenga más con mi temperamento...

—No siga —me interrumpió Gastón, poniendo una cara cómica y seria a la vez—. No siga: el joven que nos acompaña en la mesa es el autor de *El arte de ser encantadora*... Por eso, yo quería ponerla en guardia.

El chasco era grande, pero evité el ponerme colorada como tomate, y le dije:

—¡Mire, Gastón! Cada vez que estoy con usted me pasan cosas tremendas. No sé qué será. ¡Usted es un hombre cruel!

—¿Por qué dice eso?

—Todo lo que me ocurre cuando lo aproximo es de una crueldad o de un ridículo extraordinario.

—No, Teresita, con usted nada resulta ridículo.

—Sin embargo...

—Vamos a sentarnos —me dijo, mirándome con cierto aire de conmiseración que me hirió.

—No. He venido a Viña del Mar por usted y exijo que esta noche, esta sola noche de mi vida, la dedique a mí. Deseo hablarle a solas y muy seriamente.

—¡Qué niña es usted, Teresa!

Al decir esto Gastón no podía dejar de resbalar sus miradas por mi rostro, mi vestido, mis alhajas y zapatos. Seguramente estaba desconcertado, como todo el mundo que me conoció antes.

*

—He sabido que usted quedó fuera de la diplomacia

—Así es —suspiró tristemente—. Dentro de poco partiré a mi tierra, y no me desagrada; allá están mi madre y mis hermanas. Aunque llegue en calidad de cesante, siempre volver a la tierra es agradable.

—No quiero que se marche. Quédese aquí. ¿No adivina cuáles son mis sentimientos respecto a usted? Desde el día que hablamos en el paseo no he dejado de llevarlo en mi pensamiento.

Saltó al oír esto, como si disimulara un pinchazo; luego bajó la vista y dijo:

—Más tarde, cuando tenga más años, se reirá por haber cometido esta locura, por haberse expresado así.

—¿Es locura dejar explayarse el corazón? Lo que sí hay de cierto es que usted es un hombre de hielo, indiferente.

—Es agradable saber que alguien cree todavía en mí para enamorado; sin embargo, no puede ser. Como dijo usted con razón, soy un hombre de hielo; he vivido demasiado y no me sentiría capaz de comprometer o de engañar a una criatura ansiosa de mimos y caricias. Yo

no sirvo ya para eso; soy una cáscara vacía. Abandone la ilusión de creerme un amante y algún día me lo agradecerá. Si nos casáramos correríamos más tarde un grande y constante riesgo.

—¿Cuál? —pregunté .

Siguió un silencio mortal, y al cabo me dijo, mirando a lo lejos:

—Usted se encontraría con su ideal, con su verdadero ideal, que llega siempre tarde, y seríamos desgraciados. Yo soy viejo restaurado, y llegará el día en que toda simulación será inútil; usted sentirá en otro lado la simpatía misteriosa de lo joven hacia lo joven, y entonces mi imagen se esfumará.

—Nunca sentí esa atracción. Es decir, no he experimentado amor por lo joven ni por lo maduro, sino por usted.

Mi voz al decir esto tuvo un tono extraño, que yo misma no me había escuchado jamás, y vi que Gastón doblaba la cabeza, semejando al atlante agobiado que carga al pobre mundo en sus espaldas.

—Usted me abre una puerta de delicias inesperadas y en la cual ya no podré entrar.

—¿No poder? —interrogué, incapacitada para entender.

—Nunca.

Sentí una lágrima formándose en mis ojos; mi expresión debe de haber revelado el desencanto y la angustia; una

sensación de naufragio, que algunas noches me noté en el espejo. Hubiera dicho que me rechazaba, sintiéndose al mismo tiempo humillado, invadido de vergüenza. Mi natural humorismo se ahogaba otra vez en la fatalidad, y, no obstante mi desastre, la gente bailaba. Habíamos salido a la terraza impulsados por nuestros pensamientos. Las estrellas brillaban en el cielo diáfano; un viento del mar barría el bochorno del día; se escuchaban cantares del lado de la playa; un noctambulismo agradable embalsamaba la atmósfera, en tanto las palabras de ese hombre-quimera destruían una a una mis ilusiones.

—Mi vida es negativa, Teresa. Los viajes, el nomadismo de la diplomacia, estragan el gusto. Soy un viejo lleno de manías; no sé ahuyentar los vicios; soy noctámbulo; en casa tengo trazas de tirano; lo que usted cree ver de mí es solamente la máscara.

—Lo que usted quiere es desilusionarme para no comprometerse. ¿Por qué me hizo concebir esperanzas? Sea como fuere, con todas sus manías y vicios, yo viviría a su lado, iría con usted a donde le agrada; a mí también me atraen los viajes, los vagabundeos. Con usted a cualquier parte, hasta el abismo. ¿Es verdad que tiene casa? Creí que paraba siempre en hoteles.

—Sí. Además de todo, tengo casa, y un viejo collage, una compañera maniática como yo, que se quedó engarzada a mi vida igual a una hierba del camino. Esa es la verdad. No piense en mí, Teresita; soy calamitoso.

Dijo esto último negligentemente. Creyó que ya estaba hecho el daño, sin pensar en lo certero de esa última

puñalada, y ocurrió lo de siempre cuando el daño es demasiado grande y decisivo: quedé fría, vacía, capaz de todo, hasta de reír. Las balas no se sienten ni se notan hasta cuando corre la sangre.

—¿Está aquí esa compañera?

—Aquí mismo, en la sala de juego, y me espera —sacó el reloj y añadió—: En este instante me aguarda; vamos a hacer un juego decisivo; el juego del porvenir.

—¡El juego!

Estaba ardiendo; las plantas de mis pies eran brasas. Me despedí de él. Nos apretamos las manos fuertemente, como si no fuéramos a vernos en toda la eternidad: él siempre avergonzado, humillado; yo, fría como la muerte. El primer impulso fue salir, tomar aire, vagar y meterme en el hotel. Me refrené y dirigí mis pasos al cabaret. Él se había enseñoreado de mi vida y seguí cultivando su ser como una flor, antes de que yo hiciera en él ninguna impresión; todo había sido un delirio unilateral, una manía de tontilla inexperta. ¡Qué claro lo vi todo! Mi vestido lamé argent, dejando un reguero de pólvora, iba encendiendo alternativamente la admiración y la envidia, hasta que llegué a la mesa de la señora Rubilar. Se abanicaba y todo su ser respiraba la bonanza de un ave maravillosa que se balanceara en la copa de un árbol mirando el panorama de su pertenencia; sus ojos brillaron; me apretó la mano. La amiguita, a su lado, se embelesaba mirando bailar La Cucaracha, última fantasía coreográfica que la crisis universal echa sobre los salones y cabarets.

—¿Estás lloriqueando? Eres la última romántica.

Sequé rápidamente esas lágrimas vergonzosas, y ella continuó:

—Todo te hace daño, criatura de Dios. ¿Te han arrancado otros pétalos?

—No me queda ni uno —respondí sonriendo.

—Más vale uno colorado que ciento amarillo; una operación a tiempo salva la vida. Los hombres del mundo juntos no valen media lágrima de mujer.

Vaciló un momento, y cuando vio que la sonrisa se grababa en mi cara, siguió:

—El primer amor es siempre como el tuyo; ni es amor. Te has encaprichado por aquello de exciting de inasible y de quimérico que hay en Gastón. A las chiquillas les atraen los abismos, los misterios; te ha producido curiosidad y deseo ese hombre tiránico y desdeñoso, que ni siquiera es eso, sino simplemente un escéptico, un vencido y acobardado, un tímido cuarentón.

—¿Cuarentón?

—Sí, hija. Treinta y cinco oro, que él confiesa, son cuarenta papel. Más vale que lo tomemos a la risa.

—Cuénteme cuanto sepa de él; apostaré a que su vida encierra un secreto apasionante.

—Lo conocí en Venecia hace diez años. Había perdido su patrimonio, y sabemos que en nuestras repúblicas la ruina de un hombre bien educado se gratifica con la

diplomacia; era primer secretario. En el carnaval se disfrazaba invariablemente de Don Diego de Mañara, todo de seda y de encaje, con su tizona toledana y su puñal, cuyo pomo ornado de piedras preciosas valía una fortuna. Ya entonces coleccionaba amores de muñecas inexpertas, como quien junta sellos. ¿No te enojas?

—Siga.

—Su espíritu está estragado, no solamente por una cultura exquisita y mortífera, sino por las costumbres perversas de las ciudades que habitó, donde un extranjero tiene cabida solamente en la hez. Desde su adolescencia se prodigó, derrochando la riqueza fisiológica y sentimental, además de las buenas tierras de cacao y de caucho que heredó de sus padres. En cuanto a lo que es ahora, no tienes más que mirarlo: el fantasma tembleque de Don Diego de Mañara. Esos ojos como ostras, esas canillas secas, esa nariz muerta.

—Los ojos son muy hermosos.

—Fueron. Ahora se sumergen en bolsillos de grasa. Con afeites y masajes consigue darse una lozanía efímera, incapaz de resistir la luz solar. Su hora es la del murciélago. Amar a un ser así es impropio de una niña normal.

—¿Acaso no es un hombre? —pregunté, ávida de saber más, y sin rencor.

—Hombre es, pero pervertido. El acto de desearlo se explicaría en una viciosa que amara las tumbas, los libros rusos, los faisanes podridos y el Gorgonzola que anda. No tomes a mal que te hable con tanta severidad.

—Al contrario. Me agrada oír cuanta cosa mala se susurra sobre él. Trato de extirpar esta pasión. Es mi primer amor y nació muerto.

—¡Débil criatura de Dios! Me recuerdas los versos de Leopardi: *Fratelli a un tempo stesso amore e morte ingenerò la sorte*.

—¡Amor y muerte! —exclamé extasiada.

—Eso es Gastón. Aproximarlo es agonizar. ¡Si vieras a su pobre querida, qué aire de estrujada tiene! El epílogo de los amores de Don Juan es siempre una cocinera gorda, cuya paciencia remienda los estragos pasados.

—¿Es chilena?

—¡Quiá! Es una cuarentona de países balcánicos. ordinaria; parece el saldo apolillado de los harenes de Abdul Hamid.

En ese momento la orquesta rompió con la carioca, y salió a la pista, casi sola, como un número sensacional del cabaret, la marquesa Bariatianky, de cuyos pechos robustos casi colgaba el bailarín, un niño conmovedor, un teniente de caballería. La marquesa tenía a lo menos tres veces quince años; rozagante, refaccionada como las casonas coloniales, se empecinaba en aparentar las explosiones y los arrumacos felinos de las colegialas. Acto seguido todos los pies ágiles de la sala salieron al parquet, y el baile se generalizó en un solo ritmo de caderas y de espaldas.

Las carreras famosas del día siguiente: el premio Ficalnassoburiziá, de cien mil pesos, donados por ese fabricante de somieres de acero, atrajo al balneario, ya revuelto de por sí, una curiosa concurrencia en cuyo vórtice un frenólogo hubiera podido apreciar todas las variedades craneanas del universo, desde el perfil bárbaro del alacalufe hasta la frente pensadora del germano. Un muchacho, embutido en su frac nuevo, sonriente y algo achispado, fue a invitarme al baile, a lo cual no accedí, por cierto. Me interesaba más que todo la charla de la señora Rubilar. Pedí champagne, lo cual resulta ahora rastacuero; sin embargo, mi ánimo estaba lejos de pensar en vanidades; lo esencial era azuzar a mis nervios para realizar íntegro el programa alocado que se me presentaba.

—No bebas demasiado, mañana te sentirás mal, y mañana es otro día.

—El amor se me ha presentado tan amargo, que voy a endulzarlo un poco. Este champagne Valdivieso es azúcar. Siga hablando de Gastón.

—¿Qué más puedo decirte, hijita? Es un perfecto inútil como el espadín de su uniforme. Si quieres tratarlo a fondo, tendrás que apresurarte, por cuanto sus días en Chile están contados.

La señora Rubilar no era capaz de comprender las impresiones disparejas y crueles que sus palabras me producían: el asiento era un hormiguero que me subía por los brazos. Apuré dos copas.

—He oído que Gastón regresa a su tierra.

—Naturalmente. Está cesante, y aun me ha dicho que muy pobre. Si juega es por eso; le quedan dos o tres billetes y pretende sacar de la ruleta los diez que necesita.

—¿De mil?

—Cierto. Reservó pasajes en el Santa Clara. En este momento está inclinado en el tapete.

Fingí serenidad, aunque no pude pensar en otra cosa que en ir a mirarlo. Pagué al mozo, dejando buena propina, y me dirigí a la clínica del juego. La sala se había llenado en ese largo intervalo; un caballero me ofreció su lugar. Estaba desbancado. Laly, fatigada como una flor falta de agua, vino a saludarme otra vez, y comenzó a hacerme el análisis de los jugadores. En medio del vulgo grisáceo se advertían uno que otro smoking y algunos fracs de buen corte, además de los descotes y alhajas femeninos. Mis miradas no descubrían todavía el puesto de Gastón, ni osaba indagar dónde se encontraba. Ondulando su cuerpo de bayadera se acercó una chiquilla bonita hasta dar envidia; saludó a Laly y se retiró antes de que me la presentara.

—Es Gloria Brojna Castogellatto —me dijo—. Ahora los apellidos de sociedad son raros y nuevos. La aristocracia colonial santiaguina decayó y es reemplazada rápidamente por estas personas más prácticas y más hermosas. La provincia de Valparaíso es el crisol donde Chile se renueva.

En ese instante se levantaba de su asiento de jugador un hombre obeso; abotagado, dirigiéndose a la puerta.

—¡Desgraciado! —exclamó Laly—. Perdió un millón en Patiños, y pretendió desquitarse en la ruleta. El general Estigarribia, vencedor en el Chaco, es el culpable de su desastre.

El ansia de dinero dominaba en esa sala cambiando los rostros de hombres y mujeres. Se contaban casos de damas desesperadas, cuyas manos sin control, en el colmo de la tristeza de perder, se estiraban hacia las pilas de fichas ansiando recuperarse por medio del robo. Acaloradas disputas sonaban de cuando en vez, así fueran chasquidos de disparos. Hombres de reputación social tomaban de pronto actitudes equívocas, se increpaban como diputados. El ruido de las fichas, la música de los violines a la sordina, mezclado con un sordo rumor de mar, y las voces de los crupieres argentinos, cultivaban una vida irreal, que solamente a la salida del Casino se desvanece, haciendo despertar brutalmente.

Fue en un estado de ánimo influido por la ruleta cuando divisé a Gastón. Su rostro estaba demudado, exangüe; sus manos febriles manipulaban un montoncillo de fichas. Veinte años le habían caído encima, y lo más triste de todo era una impresión inconcebible para mí, de miedo, que vagaba por sus rasgos duros. La careta mundana no cubría su faz. Sufrí bastante. Ese era el Gastón que la señora Rubilar me explicara.

—Ese hombre ha perdido mucho. Es nervioso para jugar, parece enfermo —me dijo Laly, comprendiendo que yo observaba el juego de Gastón.

—¿Lo conoces? —pregunté, haciéndome la indiferente.

—Es un diplomático. La que está detrás, la gorda, es su querida.

Examiné rápidamente a esa mujer sin coquetería, vestida de calle. Representaba unos cuarenta años; cuando Gastón perdía un pase, empuñaba las manos y le hablaba de mal humor, al oído. Seguramente jugaban a la desesperada, pretendiendo sacar del tapete el dinero para el pasaje.

—¿Pierden mucho? —pregunté a Laly.

—No sé. Siempre discuten. Ella lo domina y no lo deja jugar tranquilo.

Por la mente de Laly no pasaba ni de remota manera la idea de que sus palabras pudieran hacerme daño: era una amiga que tuvo fama de graciosa en el colegio, y ni los cuidados de casada ni las infidelidades del marido consiguieron acallar del todo ese fondo festivo; de vez en cuando salían de su boca expresiones divertidas que en esa ocasión yo recogía con gusto y como un paliativo a mis penas. Así, cuando el crupier cantó el cero, que es casi siempre el número favorable al empresarlo, me dijo:

—¡Ay! ¡Me tiritita el anca!

Poco a poco me fui habituando al juego, hasta el punto de enterarme algo de su mecanismo, sin que Gastón me advirtiera en medio de esa concurrencia apretada. Algunos mozos me ofrecían asientos. Súbitamente, no sé si influida por esa atmósfera o por el champagne que bebí en el cabaret, se enseñoreó de mí una idea. Muy

pronto le di curso; me despedí y salí rápidamente de esa temperatura viciada.

El aire de la calle, lejos de apaciguarme, hizo cundir esa idea temeraria. La luna vagaba por un cielo sin nubes; llamé un automóvil y me hice conducir al hotel por las calles soñolientas. Solamente el Club, en la plaza, y el Casino, tenían vida a esa hora. El hotel estaba silencioso, y apenas alguna pareja de enamorados aprovechaba la hora para charlar en el patio. Entré en mi pieza; me miré en el espejo y no pude creer que ésa sería la misma Teresa de Santiago, en la calle Romero. Una decisión sombría, venida de los abismos del alma, brillaba en mis ojos. La Rubilinda roncaba de espaldas produciendo un ruido silbante; la miré un rato y se me ocurrió que su ronquido seseado decía: Cero, cero, cero... ¡Bah, tontería! Tomé del baúl-armario la suma de tres mil pesos, el precio de un mes de veraneo, y eché a correr al auto que me esperaba.

No faltaba mucho para que la partida terminara. El juego había alcanzado la máxima temperatura. Un empleado no tardó en ofrecirme asiento; la gente me miraba, por cuanto mi toaleta era extraordinaria, y mis joyas, aunque anticuadas, revelaban aristocracia. El asiento que me dieron quedaba en un extremo, cercano al de Gastón, cuyas fichas disminuían rápidamente. Su rostro cansado, extenuado y lleno de arrugas, se fijó en el mío, cuando pedí dos mil pesos en fichas de cien. Su mujer le dijo algo al oído, mirándome, pude ver cómo él la ordenó callar con un gesto autoritario. Lo que ocurrió fue rápido, fulgurante. Lo sabe todo el gran mundo de Viña y de Santiago. Lo atribuyen a mi inocencia en el juego, pues, a pesar de mi corta experiencia, se hizo notorio que me arriesgaba en el tapete por primera vez. Jugué el

máximo al cero, coronando. Se dio tres veces seguidas. Los crupieres, el público, Gastón y su mujer me miraban entre risueños y consternados. Se formó un tumulto a mis espaldas; frente a mí había el más enorme montón de dinero que vi en mi vida. Jugué otros pases más, acertando unos y perdiendo los menores. El público desbancado corría de todas partes a mirarme; damas desconocidas me hacían señas, me daban consejos, como si a ellas les hubiera servido de algo su viciosa experiencia. Repartí una cuantas fichas, que nadie rehusó; di quinientos pesos a la casa, que fueron coreados y agradecidos por el cuerpo de crupieres, y me puse de pie entre dos servidores que el empresario puso a mi disposición.

En la caja me preguntaron:

—¿Quiere de diez o de cinco mil?

—De diez mil —respondí.

No pensaba retirarme todavía; mi plan no estaba realizado sino en su prólogo. Fui a colocarme nuevamente frente a la mesa donde actuara con tanta suerte y vi que Gastón dejaba de jugar y me sonreía, con una risa cansada, triste y aun forzada. En cambio, su mujer me miraba fijamente, sin perderme un solo gesto, con una mezcla de despecho, de envidia y de admiración desagradable. Era, en efecto, una mujer ordinaria; se adivinaban sus burdos sentimientos en todos sus modales. El juego terminó muy pronto.

—La última bolita —dijo el crupier, y yo, por simple entretenimiento, volví a jugar al cero, al uno y al tres, cien pesos en cada uno de esos números. Otra vez se

dio el cero. Un joven, simpático y modestamente vestido, preguntó que quién era yo. Nadie sabía.

Mi presencia soliviantaba a los jóvenes y a los perdedores de ambos sexos, para quienes el ganador en el juego —sea como fuere— toma caracteres mitológicos. A mi alrededor se reunían para verme de cerca los pequeños empleados de tiendas y casas mayoristas del puerto, que acababan de perder su mes de sueldo. Se decían, asombrados, que yo parecía una niña. Afuera volverían al aire fresco donde se desvanece el opio de la ruleta y se integran los cuerpos a la realidad gris de la vida. Pedí champagne para todo el mundo en la terraza; bebí una sola copa y los dejé.

—Señorita, lleva usted mucho dinero; dos empleados del Casino la vigilan y la acompañarán a su domicilio —me dijo el jefe de la sala.

—No vale la pena —respondí—. Voy a pedir a ese caballero que me acompañe.

No tardó Gastón en levantarse y saludarme, como si no me hubiera visto desde mucho tiempo atrás, y, en efecto, parecía que hubiera pasado una eternidad entre el instante en que conversamos en el cabaret y ese momento. Su mujer quedó un poco más atrás, muy intrigada y llena de esperanzas, sin perdersenos de vista.

—¿Me hará el favor de acompañarme hasta el hotel?

—Ciertamente —respondió .

—Pero antes me va a presentar a su amiga; no se alarme. Deseo hablar con ella a solas.

Estaba desconcertado. Comenzó por negarse, y al fin accedió, seguro de que toda resistencia sería estéril contra una Iturrigorriaga caprichosa. Me presentó a su compañera, a la cual me llevé hasta un rincón de la terraza, donde él no podía vernos, y le dije:

—Señora, aunque no la conocía, sé que es usted la compañera de Gastón. Sé, además, que ustedes han perdido una suma importante que les hará gran falta.

—Es verdad, señorita. Hemos jugado con una guigne increíble.

Quiso comenzar a explayarse en una cantidad de detalles técnicos de jugadas y doblonas, lo cual no le permití, cortándola en seco. Entonces, poniendo en sus manos un billete de diez mil, le susurré en voz baja:

—Acepte eso, y no juegue más. Nada diga a Gastón hasta mañana. Buen viaje.

La mujer apretaba el dinero en sus manos ávidas murmurando efusivos agradecimientos, cuando yo partí corriendo a reunirme con Gastón. Nos fuimos al hotel paso a paso. En una calle solitaria, perfumada a jardines mojados, me tomó la cabeza dándome un gran beso. Yo sabía bien que era el último y, libre ya de todo orgullo, me puse a llorar. En la puerta de mi domicilio le interrogué:

—¿Se embarca en el Santa Clara?

Una sombra pasó por sus ojos y me respondió:

—Creo que no podré.

—Sí podrá.

Apreté su mano y partí a mi habitación. Me derrumbé en la cama sin desnudarme, tapando mi cara con la almohada. Cantaban los gallos.

*

Hoy es domingo de carreras. Desperté tarde con algo de fiebre; tomé bromo seltz y me sentí aliviada. Conté el dinero ganado; me di un baño muy caliente y pedí a la Rubilinda que me sacara el vestido de crêpe negro y un sombrero diminuto. Me hice como pude el peinado tieso de las hijas del diplomático chino, y salí a la calle. Decir que la gente me saboreaba y cuchicheaba a mi paso sería poco.

¡Qué bonito es Viña! Hasta su nombre de caja de perfumes; hasta su iglesia chiquita, que parece chalet o bar americano. Fui a misa de doce. En el hotel los mozos saben ya cómo las gasto y quién soy; me dieron la mesa del centro. Mi entrada en el comedor fue una explosión; hay familias, hay chiquillas memas a la caza crónica de hombres; hay mamás vigilantes con caras de perros dogos; hay niños bien y políticos estólicos y guatones. Niñas que ayer no más comían en el refectorio de los Sagrados Corazones piden coptel y fuman Richmond boquilla de oro. Fui a las carreras, donde encontré a la señora Rubilar; estaba estupenda. En la noche comí con ella y fuimos al teatro. Me dice que he intrigado a todo el mundo; algunas personas me creen millonaria; a la salida del teatro el público nos hizo calle. Gastón espera su barco en Valparaíso; me

escribió una carta larga, literaria, sin pasión; está muy agradecido y avergonzado. Mañana parte. La señora Rubilar me ha dicho que podremos ver al Santa Clara pasando por el mar hacia el norte, frente a la piscina del Recreo.

La piscina veraniega da la mayor idea de cambio y de vacaciones. La señora Rubilar posee caseta propia y sombrilla, bajo la cual su empleada espera órdenes. Ella es generalmente suave ordenando o discurriendo; no sabe de los excesos sanguíneos que llevan a discusiones. En su mesita había vermut y aceitunas. Muchachas y muchachos en traje de baño daban a esas arenas doradas un aspecto de gusanera humana. ¡Qué de niños! Por poco aquello hubiera parecido un colegio en vacaciones. Solamente la marquesa Bariatianky seguida de su corte de adolescentes pálidos y delgados, o musculosos y rojizos, introducía la nota madura en la piscina. Poco después de las doce las arenas eran un trepidante muestrario de carne humana de todos los tonos, desde el rosbif hasta el oliváceo o demacrado. Cuando llegaron los diarios de Santiago, que ella leyó negligentemente, los niños comenzaban a retirarse.

—No estoy de acuerdo con esto —dijo la señora Rubilar, posando el diario junto a su cuerpo transparente.

Como la interrogara con la mirada, me mostró un artículo donde las autoridades eclesiásticas prevenían contra los baños públicos, "que son frecuentemente causa de perversión y de inmoralidad".

—No creo en eso. La carne desnuda incita a la continencia —dijo sin demostrar asomos de ironía—. Las mujeres jóvenes pase, pero ésas, ya fundentes, inspiran

lástima. En cuanto a los hombres que se nos acercan mostrando sus miembros velludos, sus callos y juanetes, no se puede dar nada más inspirador de castidad. Muchas veces la vista de un callo en el hombre amado deshace la más arraigada pasión amorosa.

Soltó la risa al decir así, mostrando a un joven canijo cuyos pies recordaban las pinzas de una jaiba.

El mar era una pincelada azul y reverberante; en las rocas de color metálico, cubiertas de algas rojizas opalescentes, quebraban las olas entre gemas y humos de agua.

—¡Teresa! Ahí asoma el Santa Clara.

Un antiguo vendaval se me entró por el cuerpo. El barco pasó cabeceando lentamente. En él se iba el fantasma adorable del amor. Eso fue: un fantasma, y así quedará sepultado en el abismo del alma.

Vivimos una época de cine, de fantasía, de irrealidad. Nunca tanto como ahora tuvo razón el poeta: "la vida es sueño". Al mismo tiempo me sentí orgullosa.

El barco desapareció, doblando las rocas hacia el norte. Viña del Mar para mí había muerto. Permanecemos largo rato silenciosas. El amor es un estado de ánimo, una esperanza que vuela, y pretender aprisionarlo en leyes es pura quimera; la realidad cotidiana lo deshace.

RAMÓN ORTEGA URRUTIS

Al llegar a Santiago me invadió el presentimiento de que mi vida iba a tomar por fin un rumbo de serenidad y definición. Después de todo, mi frívola curiosidad por conocer los balnearios y ruletas no fue estéril. Llegaba cargada de nueva experiencia y de una suma nada despreciable de dinero, la que aumentaba mi inesperada fortuna. Encontré en el pasadizo que sigue a la puerta de calle una carta de la señora Ismenia, a quien fui a visitar, y a quien conté, con algunas reservas, mis andanzas. Estaba más decaída que de costumbre; se quejaba de dolores en el costado derecho; sus digestiones eran penosas. El asunto del fundo la preocupaba en extremo. Me hubiera acompañado a visitarlo y a imponerme de sus negocios si no estuviera tan achacosa. Creí comprender que los arrendatarios no eran modelos de honradez, que los inquilinos reclamaban por falta de pago, y, en fin, que la situación estaba muy lejos de ser brillante. Como el contrato de arriendo terminaba el 1 de marzo, convenía adelantarse a esa fecha, marchando allá para hacerse cargo de las cosas, exigiendo el inventario y la entrega. En caso de partir me conminó a prevenir por telegrama a un amigo suyo residente en Quilaco, por Santa Bárbara, el que me acompañaría. Hacer esto último no era facultativo, sino absolutamente indispensable para evitarme incidentes o disgustos. En llegando a casa después de la entrevista puse el telegrama indicado y recibí la respuesta señalándome el día en que debíamos encontrarnos en la estación de General Cruz.

Santiago está desierto, tedioso; hoy he comprado libros ingleses, de Dickens y de Barrie; razón tenía la señora

Rubilar al decirme que Inglaterra es por excelencia el país de la fantasía. No me extrañaría que Las Mil y Una Noches hayan sido escritas por algún Tommy Atkins radicado en Arabia. En el día leo; en la mañana voy a visitar a la señora Ismenia. He mandado refaccionar la casa de la calle Camilo; la haré mía y de la Rubilinda; la pobre vieja me dijo que no podría acompañarme al campo. Tiene horror a los carros de Valparaíso y a la elegancia importada de Viña del Mar. Cuando le pedí que me acompañara al campo hizo una mueca de taimada y respondió:

—Ya me está llamando la tierra.

La dejaré en la calle Camilo con la cuidadora. Cuando regrese me trasladaré allá con todos mis trastos. En esa casona, bajo el pequeño emparrado y en los cuartos encalados, donde vaga un sombrío frescor, reposaré de mis pasadas agitaciones en una vida regalada de siestas largas y de buena mesa.

Por fin tomé el tren para el Sur. Al llegar a la estación de General Cruz, donde debía encontrarme con el enviado de la señora Ismenia, tuve la desagradable sorpresa de ver que nadie me esperaba. El pequeño andén presentaba un aspecto bastante desordenado. Fui directamente a ver al jefe de estación y me encontré con un hombre aterrado que telegrafiaba al retén de carabineros. Le pregunté que si conocía al señor Pantoja, que es el nombre de la persona que debía acompañarme al fundo; me dijo que sí, pero nadie lo había visto.

—Señorita —me dijo—, la situación es muy mala. Tenemos huelga parcial en los ferrocarriles y

levantamiento de colonos en toda la región. Desde que ocurrieron los sucesos de Lonquimay los campesinos andan sublevados.

Ya había notado que las caras de los hombres que ambulaban por la estación no eran nada tranquilizadoras. En el momento de conversar con el asustado jefe algunos borrachos se asomaron por la ventanilla, haciéndome morisquetas desvergonzadas. A eso me conducía un viaje largo y pesado. La muchedumbre en la estación comenzaba a rugir, recordándome las asonadas electorales. Algunas mujeres famélicas, desgrefñadas, azuzaban a los hombres, hablando de reivindicaciones y de ultrajes.

—¿Qué puedo hacer? —pregunté al pobre jefe de estación.

En el mismo momento, de la casa de ese pobre funcionario salió una mujer, su esposa, acompañada de la hijita de cortos años. Sus caras alteradas por el terror me quitaron de golpe los pocos ánimos que me restaban.

—¡Señorita! Métase en el tren, o venga a mi casa. No se quede ahí; en el carro de equipaje van dos carabineros. Métase en él, antes que sea tarde.

Diciendo así la pobre mujer me mostraba con la mano uno de los carros que estaban delante, cerca de la locomotora. Me dirigí hacia allá, corriendo, y alcancé a subir, ayudada por uno de los carabineros, cuando el tren se ponía en marcha. Mostré mi boleto y me indicaron un asiento encima de unos cajones de vino.

Iban dentro, fuera de los carabineros, dos empleados del tren, sin armas. Todos miraban hacia el campo.

—Son los hombres del Cuyano —dijo uno de los empleados.

Al salir del andén, que hasta entonces había tapado la campiña, vimos a una turba de campesinos armados de horquetas, echonas, chocos y chuzos, que seguían al tren, cebándose a pedradas con los carros de pasajeros. Otros galopaban a caballo, acercándose a la máquina.

—No dispare —dijo el carabinero—. No pierda tiros.

El otro, que apuntaba, obedeció. En el mismo instante sonaron cuatro o cinco chasquidos y se sintieron las balas de los huelguistas rebotando en las planchas del convoy. En pocos minutos los dejábamos atrás, y se vio el campo, silencioso y amodorrado bajo el sol. Hacía bastante calor en ese vagón, por estar cerca de la máquina. Me preguntaron que adónde iba, y dudaron de que pudiera llegar más allá de Monte Águila, cuyo lavadero de oro había sido saqueado. Los huelguistas seguían hacia el Sur y ocupaban San Rosendo. El telégrafo estaba cortado; sin embargo, ya conocían los sucesos en Santiago, y el general Arriagada venía, en camiones, con trescientos hombres.

La impresión que esos sucesos me produjeron fue demasiado intensa para que pensara en mi maleta. Lo único serio eran mi vida y mi porvenir. Minutos antes de llegar a Monte Águila, el tren se detuvo, la línea había sido cortada; del lado del pueblo se elevaba una columna de humo negro, alta y vertical, en el aire quieto. Quedé sola, rodeada de hombres desconocidos, en

descampado. Me encomendé a la Virgen, en tanto los carabineros saltaban del tren, dirigiéndose a la población, después de echar una mirada a los rieles levantados. Dos mujeres con canastas, y algunos chiquillos, corrieron desatentados por la línea, hacia la población.

Pasé unos minutos sola en mi rincón, aleteando como pajarillo; el tren estaba vacío, caldeado. A lo lejos divisé una nube de polvo, por encima de las murallas de álamos. Surgieron dos hombres de a caballo, corriendo como demonios. Creí llegada mi última hora. Se acercaron hasta el tren. Uno de ellos se desmontó y comenzó a inspeccionar los vagones, uno por uno, mientras el otro continuaba montado. No parecían gente mala, sino huasos o hacendados; el uno patrón y el otro capataz o asistente. Me asomé, arriesgando el todo por el todo, y vi que uno de ellos me miraba fijamente, exclamando:

-¡Bendito sea Dios! Al fin la encuentro. ¡Baje en el acto!

-¿Quién es usted? ¿El caballero que me recomendó la señora Ismenia?

-¡Baje! Yo soy Ramón Ortega, el que iba en el tren a Valparaíso, en segunda. Usted bajó en Viña del Mar. ¿Se acuerda?

-¿Y cómo?

-Baje en el acto, señorita. ¡Baje!

Su voz era imperiosa y al mismo tiempo gentil, llena de respeto. Era el mismo hombre -ahora lo recordaba, en

sus arreos de campo-, era el mismo hombre del diente de oro que bajó mis maletas en Viña del Mar. No me hice repetir su orden. Se había adelantado a los caballos y me sostenía el estribo para que montara. Su voz, sus modales, eran irresistibles.

-¿Sabe montar?

-Debo recordar algo.

-Monte al anca y agárrese de mí. Después veremos.

Había tanta nobleza y seguridad en sus palabras, que vencí todo escrúpulo y, sentada en el anca de su hermoso caballo, me agarré de su cintura y comenzó el galope. De vez en cuando se volvía para preguntarme si estaba cómoda. El asistente o inquilino galopaba detrás, para no echarnos tierra. Al cuarto de hora de galope nos encontramos en el imponente descampado. No se veía un alma. El sendero, muy estrecho, me hizo creer que estaría tomando por un atajo. Dejamos atrás potreros de engorda y campos de labranza, hasta llegar a una especie de aserradero o galpón, incendiado; se veían carretas trozadoras y fleteras convertidas en escombros; motores destrozados, fierros retorcidos.

-¡Canallas! ¡Pillara a ese famoso Cuyano! En fin, por donde han pasado no volverán a pasar. Son como la manga de langostas -exclamó.

-¿Para dónde irán ahora?

—A los pueblos y las estaciones. No tenga cuidado, agárrese bien. Después le daré un caballo.

Hablaba así, simplemente, como una rutina, sin imaginar lo que por mi alma pasaba. Por primera vez estaba dominada por la fuerza física humana; por primera vez sentía al hombre.

Pasamos un puente rústico. Mi caballero, deseando entretenerme, iba diciendo los nombres de los sitios y de las posesiones; era el río Cholguán, de aguas claras y quietas. Luego de pasar el puente, al paso, me advirtió que iba a seguir al galope; yo sentía palpar su corazón con mi mano izquierda; iba molida y anhelante, dejándome al destino. Era incapaz de ninguna iniciativa. El terreno, hasta entonces, había sido más o menos llano; de pronto, comenzamos a subir una pendiente, por un camino estrecho, y al doblar a la derecha apareció una casita de madera sin pintar, rústica, rodeada de viejos árboles. Un perro ladró. El caballero me invitó a bajarme, después de llamar a su mozo, para que me atendiera, y gritó:

—¡Flor! ¿No está ño Flor?

—¡Enfermo! —dijo una muchacha, apareciendo.

—¿Y la señora?

—Alentá.

Me preguntó si quería fortalecerme con un vaso de leche de cabra. Le dije que sí. Tomé un gran vaso y comí pan y queso. Los hombres bebieron un poco de aguardiente. La mujer no cesaba de mirarme de alto abajo; era una morenita seca, apergaminada y envejecida, no obstante su juventud; iba descalza, igual que su hija. No cesaba de hacer preguntas al señor Ortega sobre la huelga y los

saqueos, diciendo constantemente: "Pordiosito". Yo había metido la cartera en mi seno; la saqué para arreglarme algo, y al darme vuelta vi en el espejito el rostro de don Ramón Ortega. Miraba mis espaldas embelesado. ¿Qué me querría ese hombre y adónde me llevaría? No pude menos que soltar la risa; él no salió de su seriedad.

—¿Ha visto en su vida una aventura más singular?

—¡Señorita Teresa! yendo conmigo, no le pasará nada.

—¿Cómo supo mi nombre?

—Me lo dijo usted misma, ya no se recuerda, al llegar a Viña del Mar, donde usted iba para ver el mar por primera vez—añadió con cierta sorna.

—En fin, ¿cómo supo usted que yo venía al Sur?

—Conozco al amigo de la señora Ismenia. El ramal que él debía tomar para encontrarla, de Pemuco a General Cruz, fue cortado; entonces, yo salí a matabalho y con noche para encontrarla en Monte Águila. Eso es todo.

—Gracias —le dije, emocionada, pasándole la mano, que él guardó entre las suyas un buen rato.

—Ahora —me dijo— no hay tiempo que perder. Vamos a seguir hasta la hacienda, para esperar allá la llegada de las fuerzas de Santiago. Usted se va a poner unos pantalones y esas botas antes de seguir adelante.

No pude reprimir un movimiento de extrañeza

—Es indispensable. Esos sublevados andan haciendo fechorías; son miles. La señora la llevará adentro, para que se arregle. En ese bulto hay unos pantalones; los dobla en la parte de abajo y se los pone. Mañana me lo agradecerá. También se va a sacar ese sombrero, que la señora le va a guardar, y se va a poner éste.

Todo lo había previsto; el pantalón estaba arreglado y la gorra era pequeña y me venía perfectamente, dándome un aire de muchacho. Una vez disfrazada de esta manera, me hizo montar en el caballo de su inquilino, y partimos, después de despedirnos de la buena mujer, de su hija y del pobre mozo, que, por mi culpa, quedaba de a pie. Antes de retirarse, el señor Ortega les dijo:

—Mañana en la tarde les mandaré caballos para que salgan de aquí. ¡Buena suerte! ¿Sabe galopar montada así? —añadió luego, dirigiéndose a mí—. El caballo es manso. Vamos a galopar duro y parejo, y solamente me va a decir alto cuando ya no pueda más.

—¿Hay mucho peligro?

—Algo.

Cuando ese hombre decía "algo", el peligro que nos acechaba por todos lados debía ser enorme. Hice acopio de mis mayores energías; no se dijera que una Iturrigorriaga iba a fallar. Después de un galope durante el cual perdí el sentido del tiempo, por campos de toda descripción, no sentía los pies en las estriberas chilenas; mis ojos se ponían duros; la voz me salía como un hilo próximo a cortarse. Oscurecía; brillaron algunas estrellas.

—Cuando no pueda más, diga. Todo está previsto —me repetía él a cada instante, observando las mudanzas de mi cara.

—Sigamos —murmuré, desfallecida.

La noche había caído sobre el campo, llena de ruidos misteriosos; sonó algo como un tiro muy lejos.

—¿Será grave eso?

—No tema. Yendo conmigo, ni que se abra la tierra le pasará nada.

A pesar de mis esfuerzos, no pude seguir más de media hora. No me di por vencida de una vez, sino, fingiendo una sonrisa, pregunté, con la voz velada, la lengua seca y trabada:

—¿Es indispensable seguir mucho más allá? ¿Dónde está la casa?

—Pare el caballo. Le voy a hacer una casita por aquí; la noche está tibia.

Rehusé decir nada, aun cuando mi impresión se comprende fácilmente; el señor Ortega comenzó a extender una manta por el suelo; hizo una especie de almohada, no sé cómo, y me dijo:

—Yo estaré un poco más allá. Duerma con toda tranquilidad. No podemos encender fuego; si pudiera, le haría té. Ahí tiene un poco de carne fría, sardinas, pan y vino.

Una inmensa ternura desconocida me infló el corazón. Me tendí en el suelo, sin decir nada; no vi más que su sombra, alejándose suavemente; las estrellas estaban cerca, cerca, más cerca que nunca. Un gran olor a campo, a hierba, a naturaleza, me adormecía; ranas lejanas cantaban en los esteros, y al mismo tiempo otros ruidos de cascadas, de ramas quebradas, de roedores nocturnos y de los caballos, que pateaban buscando yerbas, formaban un concierto infinitamente más digno que el jazz-band.

—¡Señor Ramón! —le dije, emocionada—. ¿No se llama usted Ramón?

—¡Señorita! —gritó, apareciendo—. Creí que le pasaba algo. No tenga miedo. Estoy atento a todo.

—No. Miedo no. Deme su mano: Buenas noches, señor Ramón.

Lo sentí temblar, y se fue otra vez, en la oscuridad. Quedé profundamente dormida.

LA TIERRA ES MÍA

Yo estaba en el Municipal, en un palco, abanicándome, escuchando una ópera bien bonita... y me iba incorporando... y vi a don Ramón a mi lado, con una rama de pangué en la mano derecha. El campo zumbaba.

Yo no era capaz de decirle a él ni a nadie lo que por mí pasaba en aquel momento; había dormido mucho y despertaba en medio del campo y del silencio. Acababa de descubrir algo, y no era capaz todavía de expresar mi bienestar intenso. Acababa de encontrar un camino nuevo, una luz desconocida y dulce como una religión que comienza, pura y sin mancha humana.

—Le saqué un hormigón que le andaba por el pescuezo y le estoy espantando las abejas. Como tiene la cabeza perfumada, la buscan las abejas —me dijo, sin moverse del sitio donde seguramente me estuvo mirando dormir.

—¿Roncaba?

—Nada. Una respiración normal..., pero hablaba.

—¿Qué decía?

—Frasas entrecortadas —dijo riendo.

—¿Y ahora, qué vamos a hacer?

—Levántese y venga a mirar.

Me incorporé, arreglándome el pelo y mirándome en el espejo: me puse polvos, mientras él sujetaba los caballos a un árbol.

—¿Ve allá, esos cerros?

—Sí; y un volcán.

—El Antuco. Vamos a pasar al otro lado de esos cerros, y entonces podrá descansar sin peligro alguno.

—¿Hay peligro todavía?

—De día, más que de noche. Hay colonos sublevados. Gente mala y viciosa, que nos viene de afuera; ni uno solo es del Sur. Aquí, la gente es buena.

Hablando así, me llevó a un promontorio que había a unos metros de distancia. Comprendí que la carrera de la noche nos llevó a una armoniosa ascensión; no quise pensar en mis piernas, ni en mis manos y espalda, adoloridas, y miré a lo lejos. Se desplegaba ante mi vista el paisaje sureño, hecho de florestas, cascadas, árboles enormes, vegas virginales, y una sierra azulosa, más baja y cercana que la santiaguina. Próximos a nosotros se veían troncos arrasados y ennegrecidos por la roza; parecían genios infernales. Un pájaro hacía tac-tac, y este canto monótono se mezclaba con otros para mí desconocidos.

—¡Qué cantidad de cantos raros!

—Son los chucaos y los huíos. Aquí no hay canarios.

Rió con su risa sana, de chileno que ha tomado más ulpo que rotting-sour.

—¡Qué simpatía! —exclamé.

—Coma algo, porque vamos a salir ligerito, aprovechando el fresco de la mañana. Mientras no la vea bajo techo, no estaré tranquilo. Allá hay un estero para que se lave y refresque.

Después de hacer esto, subimos a los caballos, él ayudándome; yo contaba que el ajetreo me anestesiaría los miembros adoloridos. En efecto, al poco rato mis padecimientos se calmaron; la embriaguez de la mañana me situó en un estado de ánimo indescriptible. Nada sabía del tiempo que empleábamos; después de cruzar numerosos esteros, comenzamos a subir por un terreno pedregoso, desigual. Debíamos encontrarnos a muchos miles de metros de altura, porque los cerros de antes se veían abajo y el volcán más próximo. Las pendientes montañosas llegaron a su fin, y, una vez en la cumbre, divisamos un valle abajo, en la hondonada, donde se veían casitas y rebaños, lo cual recordaba los "nacimientos" pueriles de antaño.

—Aquí, todo lo que la vista abarca, hasta el pie de la cordillera, es mío —dijo don Ramón.

—¿Qué hora será?

Puso la mano contra el sol, levantó el dedo del corazón, y juzgando por la sombra que proyectaba en la palma, dedujo:

—Las diez y media. Hemos corrido desde las cinco. ¿Está cansada?

—Sigamos.

El mareo agradable de mis sentidos me presentaba el paisaje del Sur como un delirio: veía ríos negros, arroyos azules, esteros de laca, bordeados de helechos o de tupidas enredaderas, cuyos nombres ignoro. Bajábamos, no por pendientes erizadas, sino por un valle deslizado suavemente. Debía ser un conocedor perfecto del terreno.

—Ahí están las casas.

—¿Sus casas?

Mi ignorancia del terreno que pisaba era tan completa, que no hubiera podido decir si me llevaba a su fundo o al que a mí me tocó en la donación de doña Ismenia.

—¿Es el fundo de usted? —le pregunté, para aclarar.

—Mis tierras y las suyas, para lo que se le ofrezca. Aquí soy el amo.

En ese momento apareció un chiquillo descalzo, montado en pelo en un caballo enorme, de tungo poderoso y de tusa larga, como quisco; parecía un caballo primitivo y salvaje. Saludó sacándose el rústico sombrero, diciendo "su mercé ". Aseguró que no había novedad en el fundo.

—Anda a las casas. Diles que voy con una señorita; que preparen almuerzo. También dile a Sepúlveda que

ensille al Campañuza y al Estoico, y que se vaya a matabalho a traer a Segundo y a la Eduvigis con su hija, donde ño Flor.

El chiquillo, sin esperar más, echó su caballo, no por el camino que nosotros llevábamos, sino abajo, por el precipicio, donde rodaron piedras y volaron perdices y otros pájaros, asustados. En pocos minutos pareció un puntito diminuto en el campo dilatado de abajo, hasta que se perdió.

Una hora más tarde, llegábamos a la casa, que era blanca, de dos pisos, situada al fondo de una alameda, en una especie de bajo, rodeada de nogales y algunos pinos. Detrás de la casa, a la derecha, se veían troncos de raulí, de lingue y otros árboles, cerca de un aserradero.

—Así quería yo que llegara, señorita. Sin un rajuño —me dijo, ayudándome a bajar del caballo.

Después, cuando me vio de pie, algo tullida y desaliñada, como yo llegaba, se quedó mirándome, sin poder disimular el orgullo y la felicidad de haber llegado conmigo a su propia casa.

Al poco rato nos vimos rodeados de gente, sirvientes, inquilinos, pulperos y algunas personas de los alrededores. Se habían refugiado en las casas para hacer de ellas una fortaleza contra los revoltosos. Mi aspecto debe de haber sido muy cómico. Todos ellos no me apartaban la vista, mirándome como a un bicho raro. Al fin, don Ramón se abrió paso, diciendo bruscamente:

—¡Apártense!

Apareció con sus rasgos de carácter despótico, de los antiguos patrones, y no pude menos de agradecer sus finezas para conmigo, puesto que no eran su natural constante. Me llevó sola al comedor, y me preguntó si quería beber o comer algo, antes de que nos sentáramos a almorzar. Pedí agua solamente. En ese instante llegó una viejita, cuyas canas estaban cubiertas por un sombrero de paja, grande. La abrazó y me presentó, diciéndome que era su madre. La buena señora me miró largo rato, sin poder disimular su asombro, asegurando a su hijo que las sirvientas le habían dicho que "el patrón llegó con un jovencito muy simpático". Me tomaron por hombre. Solté la risa, pero duró poco, porque la señora se puso a contar detalles de la revuelta, con tanta emoción, que sus labios temblaban y sus ojos se humedecían. Un carabinero fue arrojado al Laja, cortado en dos por una mujer. Sus amigos, los Brunachi, pulperos, fueron bárbaramente mutilados y asesinados.

—Las peores fueron las mujeres. Entre ellas andaba una que conozco: La Pelona. ¡Cómo está el mundo!

Después de oír cosas tan terribles, comprendí mejor la obra de mi salvador, que entraba y salía, dando órdenes. La señora me llevó a un cuarto grande y bonito, muy bien empapelado, donde había toda clase de comodidades, y hasta un baño colindante. Una sirvienta me llevó el vestido que don Ramón había envuelto en un papel. Estaba planchado a la ligera. Hubiera querido dormir, pero el hambre y el deber de mostrarme en mi carácter me hicieron bajar al comedor. Los mismos que me vieron llegar vestida de muchacho se quedaron

absortos del cambio; llegaba lavada, arreglada, peinada y en las ropas que me correspondían.

—Está mucho más alta —me dijo la señora, indicándome la silla de honor. Por lo demás, la muchacha descalza que servía el comedor, y la cocinera, que aguaitaba a hurtadillas, estaban absortas, como heridas por el rayo, al ver que el jovencito chute, llegado hacía una hora, se había metamorfoseado en señorita.

La viejita me mimó como si fuera su hija pródiga. De buena me libré, al decir de ella. Monte Águila sucumbió y era un montón de escombros.

A poco llegó don Ramón. Es una lástima que le agrade quitarse el traje de huaso. ¡Qué segura me siento a su lado!

—¿Por qué se sacó su ropa de montar? Está tan bien con ella.

Se sonrojó un poco. No éramos, en el vasto comedor, sino los tres: él, su madre y yo, lo cual me pareció algo así como una atención y respeto a mí. La señora, que era Urrutia, radicada en el Sur desde cuatro generaciones, conocía al dedillo mi genealogía; estaba orgullosa al punto de que sus ojos se reían solos. Éramos remotos parientes.

El comedor era claro; una ventana grande, de tres cuerpos, daba al huerto; en el centro de la muralla, una chimenea sencilla evocaba las veladas invernales. La mesa no tenía nada de moderno en su arreglo; los manjares estaban servidos, todos a la vez, en grandes

fuentes. Un verdadero banquete, como no he visto otro. Salmones, perdices, capones, pavo, ensaladas. Pasándome el salmón, me dijo la señora:

—Lo traen los indios, de un lago de la cordillera. Dicen que son los mejores del mundo, y aun, hace poco, vinieron dos banqueros de Nueva York, directamente a Pucón, para pescarlos.

Una vez terminado el almuerzo opíparo, pedí licencia para descansar, insinuando que no me despertaran, y esta insinuación fue bien entendida, pues desperté a media noche. En el velador vi un jarro de leche, pan y un trozo de pechuga de pavo.

Tres días después

La radio está en el saloncito. Una voz de fantasma va diciendo los hechos de las ciudades. A las doce de hoy anunció: "El general Arriagada llegó a Monte Águila. La línea ha sido reparada. Cientos de revoltosos se rinden a las fuerzas del Gobierno. El cabecilla, llamado Cuyano, fue muerto a tiros, en circunstancias que burlaba a sus guardias, tratando de huir".

Mañana, un coche esta vez, me llevará en dos etapas hasta San Rosendo. Don Ramón estaba muy triste.

—Usted llegó aquí en malas condiciones, pero si viniera otra vez...—me dijo, tristemente.

—Sí, vendré muchas veces. Tantas como usted quiera. Llegué aquí en magníficas condiciones.

Para mis adentros, pensaba: "Después de tantas aventuras, he descubierto algo que vale más que una isla o un continente: he descubierto un hombre".

EPÍLOGO

Los diarios de Santiago publican mi retrato, y debajo: "Señorita Teresa Iturrigorriaga, que el domingo próximo contraerá matrimonio con el señor Ramón Ortega Urrutia".

Tales cosas debían ocurrirme a mí, y es un triunfo de numerosas consecuencias providenciales, y aun es en sí mismo el resultado de una cadena de sucesos, al parecer azarosos, y en verdad regidos por Dios. "Sólo Alá es grande y Cristo su profeta", diré, mezclando Las Mil y Una Noches con mi credo. Si no se hubiera arruinado mi padre, yo no habría vivido en la calle Romero, y, de no vivir en la calle Romero, no hubiera conocido la bondad de los pobres, ni tampoco hubiera trocado el coche-salón del expreso a la ruleta, por el modesto asiento de segunda, donde tuve la dicha de descubrir a Ramón, todo un hombre. Soy muy feliz.